

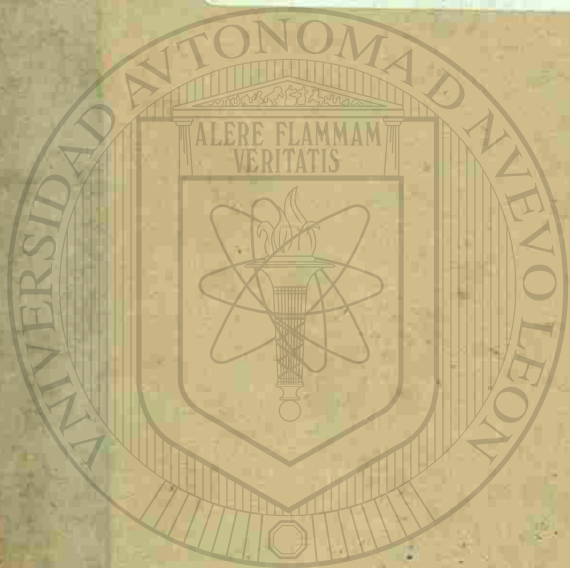
CIÓ



PC2519
S78
v.2



1020026933

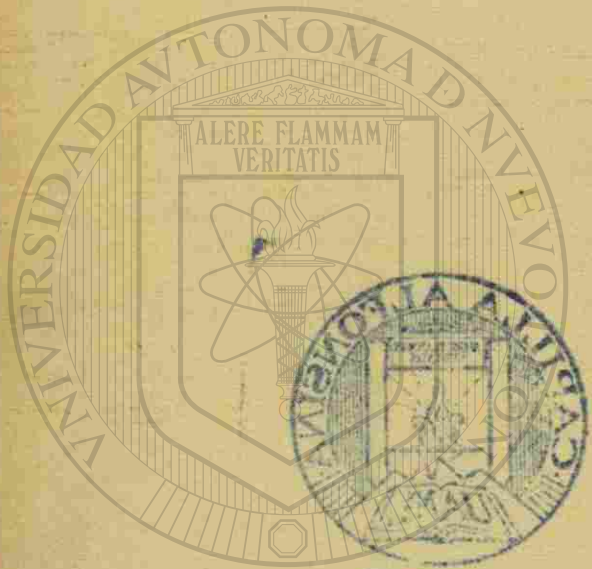


FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

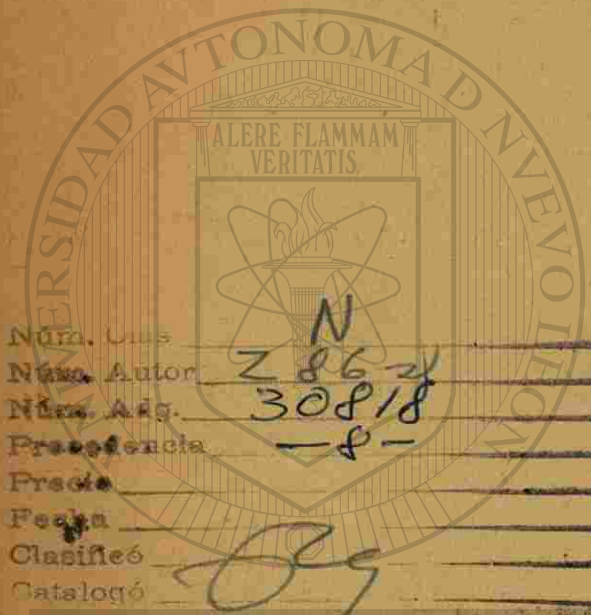
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SU EXCELENCIA EUGENIO ROUGÓN

UANL

®



Núm. Obs. _____
 Núm. Autor 2862
 Núm. Adg. 30818
 Precedencia -P-
 Precio _____
 Fecha _____
 Clasificó Ag
 Catalogó _____

EMILIO ZOLA

Su Excelencia

Eugenio Rougón

Traducción de

EMILIO M.^a MARTINEZ

Tomo II

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 No. 1625 MONTERREY, MEXICO
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
 GASSO HERMANOS, Editores

SANTA TERESA, 6

101184

BARCELONA

30818

843

Z.



2519

S78

v. 2

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONCINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL

Imp. Gassó Hermanos — Barcelona

Su Excelencia Eugenio Rougón

IX

Una mañana de marzo, en el ministerio del Interior, hallábase Rougón en su gabinete, muy atareado con la redacción de una circular confidencial que los prefectos habían de recibir al día siguiente. Deteniase de vez en cuando, respiraba con fuerza y apretaba la pluma contra el papel.

—Julio, deme usted un sinónimo á la palabra «autoridad». ¡Lengua más estúpida que la nuestra!... No hay línea en que no haya de repetir semejante vocablo.

—Pues, poder, gobierno, imperio—contestó el joven sonriendo.

El señor Julio d'Escorailles, á quien había tomado por secretario, abría la correspondencia en un ángulo del bufete. Con todo cuidado, y con ayuda de un cortaplumas, abría los sobres, se enteraba del contenido de las cartas con sola una mirada, y las clasificaba. Delante de la chimenea, en donde ardía un buen fuego, el coronel, el señor Kahn y el se-

Su Exc. Eugenio Rougón.—Tomo II

1

ñor Béjuin, se encontraban sentados. Los tres, cómodamente repantigados, calentaban las suelas del calzado, sin decir esta boca es mía. Estaban como en su propia casa. El señor Kahn leía un periódico. Los otros dos, beatíficamente tumbados, daban vueltas á sus pulgares y contemplaban las llamas.

Rougón se levantó, llenó de agua un vaso que había sobre una consola y se lo bebió de un solo trago.

—No sé qué es lo que comí ayer—murmuró.—Tengo una sed rabiosa y me bebería todo el Sena esta mañana.

Y no volvió á sentarse en seguida, sino que dió la vuelta al gabinete, como para descoyuntar su corpulenta humanidad. Su paso conmovía sordamente el entarimado, oculto bajo la espesa alfombra. Fué á descorrer los cortinajes de terciopelo verde, para recibir mayor claridad, y después, en mitad de la vasta estancia, que ostentaba un lujo triste y descolorido de palacio amueblado, estiró los brazos y cruzó las manos por detrás del cuello, gozoso y como transportado de alegría ante el olor administrativo; el olor de poderío satisfecho que respiraba allí. A pesar suyo asaltábale la risa, reía solo, halagados sus hijares, con risa cada vez más potente en que resonaba su triunfo. El coronel y aquellos señores, al oír tan ruidosa jubilación, volvieron la cabeza y le dirigieron un silencioso movimiento de aprobación.

—¡Ah! sea como sea, es buena señal—dijo Rougón con toda sencillez.

Al volver á ocupar su asiento ante el enorme bufete de palisandro, Merle entró en el salón. El ujier vestía con toda corrección, llevaba frac ne-

gro y corbata blanca; hallábase recientemente afeitado, y su rostro aparecía digno.

—Perdone vucencia—dijo en voz baja,—pero se encuentra ahí el prefecto del Soma...

—¡Lléveselo el diablo! Estoy trabajando—contestó con aspereza Rougón.—Es fuerte cosa que no pueda disponer ni de un instante para mí.

Merle, sin desconcertarse, prosiguió:

—El señor prefecto asegura que Su Excelencia le espera. Se encuentran asimismo ahí los prefectos del Nièvre, del Cher y del Jura.

—Pues, bien, que esperen ¡ya están acostumbrados!—dijo Rougón en voz muy alta.

El ujier se retiró. El señor d'Escorailles se había sonreído. Los otros tres, que seguían calentándose, se repantigaron más á su sabor y muy satisfechos también por la contestación del ministro. Este se sintió halagado por su buen éxito.

—En verdad que hace un mes que no salgo de prefectos... Ha sido preciso que les mande venir á todos de una vez. Lindo desfile por cierto; los hay de lo más estúpido... A lo menos son obedientes; mas empiezo á estar hasta por encima de la coronilla... Por lo demás, esta mañana estoy para ellos.

Y volvió á su circular. En el tibio ambiente de la habitación tan sólo se oía el rasguear de su pluma de ganso y el ligero roce de los sobres abiertos por el señor d'Escorailles. El señor Kahn había tomado otro periódico; el coronel y el señor Béjuin medio dormitaban.

En el exterior, Francia, entregada á la pereza, guardaba el mayor silencio. El emperador, al llamar á Rougón al poder, proponíase hacer ejemplares. Constábale que su puño era de hierro; hábale

dicho, al día siguiente del atentado, impelido por la cólera de hombre salvado de tan gran peligro: «¡Nada de moderación! es preciso que se le tema á usted». Y acababa de armarle con aquella terrible ley de seguridad, que autorizaba el destierro á Argelia, ó la expulsión fuera del imperio, de todo individuo condenado por cualquier acto político. Aunque mano alguna francesa hubiese tomado parte en el crimen de la calle de Le Peletier, los republicanos iban á ser perseguidos y deportados; era como el escobazo sacudido á los diez mil sospechosos que quedaron olvidados el 2 de diciembre. Hablábbase de un movimiento preparado por el partido revolucionario; habíanse aprehendido, según se decía, armas y papeles. Desde mediados de marzo trescientos ochenta desterrados habían sido embarcados en Tolón, y ahora, cada ocho días, partía una expedición. El país se ponía á temblar, ante el terror que surgía, como humareda de tempestad, del gabinete de terciopelo verde, en donde Rougón se reía solo, estirando los brazos.

Jamás el grande hombre había disfrutado como entonces de tamañas satisfacciones. Manteníase perfectamente bien, y hasta engruesaba; con el poder habíale vuelto la salud. Cuando andaba hundía la alfombra á fuerza de taconazos, como para que se oyese la pesadez de su planta por todos los ámbitos de la nación. Cifraba su anhelo en no poner su vaso vacío sobre una consola, en no tirar una pluma, en no hacer el menor movimiento, sin que se produjera una sacudida en el país. Divertíale el haberse constituido en una especie de espantajo, el forjar el rayo, en medio del arrobamiento de sus amigos, el acogotar á todo un pueblo con sus

macizos puños de advenedizo burgués. En una de sus circulares había escrito: «A los buenos les toca tranquilizarse; tan sólo los malvados tendrán que temblar». Y desempeñaba su papel de Dios, condenando á unos y salvando á otros, con mano celosa. Un inmenso orgullo le embargaba, la idolatría de su fuerza y de su inteligencia, se trocaban en ordenado culto. Adjudicábase á sí mismo placeres de sobrehumano goce.

Entre la emergencia de hombres del segundo imperio, Rougón blasonaba, mucho tiempo hacía, de opiniones autoritarias. Su nombre representaba represión á todo trance, negación de todas las libertades, gobierno absoluto. Así, pues, nadie se llamaba á engaño al verle en el ministerio. No obstante, á sus amigos íntimos les manifestaba su verdadero sentir; eran las suyas, necesidades más que opiniones, tenía el poder por sobrado deseable, demasiado necesario á sus apetitos de dominio, para no aceptarlo, fuere cual fuere la condición con que se presentase. Gobernar, poner su pie sobre la cerviz de la multitud, allí residía su ambición inmediata; lo demás ofrecía sencillamente particularidades secundarias, con las cuales se avendría siempre. Su pasión única era la de ser superior. En aquella ocasión, solamente las circunstancias con que volvía á encargarse de los negocios, duplicaban para él la satisfacción del triunfo; por parte del emperador disfrutaba de omnímoda libertad de acción; así era, que ponía en práctica su antiguo anhelo de mandar á los hombres á latigazos, como si se tratase de un rebaño. Nada le ensanchaba tanto el corazón como el sentir que se le detestaba. Cuando sabía que á sus espaldas se le aplicaba el nombre de tirano, son-

reíase y contestaba con estas profundas palabras:

—Si caigo un día del lado de la libertad, dirán que me he vuelto lo de adentro afuera.

Pero la mayor de las voluptuosidades para Rougón la constituía el triunfar frente á frente, en presencia de los suyos, de sus íntimos y paniaguados. Olvidábanse de Francia, de los empleados postrados á sus pies, del enjambre de pretendientes que sitiaban su puerta, para vivir mecido en la diaria admiración de los diez á quince amigos que á la continua le rodeaban. A toda hora abríanle su gabinete, dejábanle reinar allí á sus anchas, sentábanse en los sillones y hasta se adosaban á su bufete, considerándose muy feliz con encontrarlos á toda hora, como quien dice, entre sus piernas, lo mismo que animales fieles. El ministro no era tan sólo él, éranlo todos, á quienes se tomaría por dependencias de su propia persona. Con la victoria, realizábase un trabajo de zapa, los lazos que les unían robustecíanse más y más, afanábase por consagrarles celosa amistad, empleando todo su conato en no hallarse solo, y sintiendo dilatársele el pecho con las ambiciones de todos y cada uno. Olvidaba sus secretos desprecios de antaño, llegando ahora hasta encontrarles inteligentísimos, muy fuertes, y, en una palabra, formados á su imagen y semejanza.

Quería sobre todo que se le respetase, respetándolo él á ellos, y defendía con tesón, como habría defendido los diez dedos de sus manos. Sus disputas y reyertas considerábalas como suyas. Hasta llegaba á imaginarse que les debía sabe Dios cuánto, sonriéndose al evocar en su memoria su activa y constante propaganda. Careciendo de necesidades propias, proporcionaba á la banda ricas pre-

sas, disfrutaba al colmarla de favores, de la satisfacción personal de dar también mayor esplendor en torno suyo, al brillo de su fortuna.

En el vasto gabinete reinaba un discreto silencio. El señor d'Escorailles, después de haber examinado el sobrescrito de una de las cartas que abría, la entregó á Rougón, sin abrirla.

—Una carta de mi padre—dijo.

El marqués, con humildad servil, daba gracias al ministro por haber admitido á Julio en su despacho. Rougón leyó despacio las dos carillas de bonito carácter de letra. Dobló la carta y se la metió en el bolsillo. Acto seguido, y antes de volver á su tarea, preguntó:

—¿No ha escrito Du Poizat?

—Sí, señor—contestó el secretario buscando una carta entre las demás.—Empieza á conocer en su prefectura el terreno que pisa. Dice que los Deux-Sèvres, y en particular la ciudad de Niort, necesitan ser gobernados por mano férrea.

Rougón recorría la carta con la vista; y cuando hubo terminado:

—Es indudable—dijo,—que obtendrá los plenos poderes que solicita... No le dé usted contestación, pues es inútil. Mi circular le viene como anillo al dedo.

Volvió á tomar la pluma y buscó las últimas frases. Du Poizat había pretendido ser prefecto de Niort, en su país natal; y el ministro, cada vez que se requería una resolución grave, se preocupaba mucho, sobre todo de los Deux-Sèvres, pues gobernaba á la nación con arreglo á los consejos y á las necesidades de su antiguo compañero de miseria. Daba fin á su carta confidencial á los prefectos,

cuando al señor Kahn de súbito se le subió la cólera al campanario.

—¡Pero esto es abominable!—exclamó.

Y dando golpes con la mano al periódico que leía y dirigiéndose á Rougón:

—¿Ha leído usted esto?... Hay á la cabeza un artículo que tiende á excitar las más aviesas pasiones. Escuche V. esta frase: «La mano que castiga debe estar exenta de pecado, pues si la justicia llega á equivocarse, los lazos sociales se desligan». ¿Comprende usted?... ¿Pues y en la gacetilla? Aquí encuentro la historia de una condesa raptada por el hijo de un tratante en granos. No deberían dejarse publicar semejantes anécdotas, pues así se destruye el respeto del pueblo por las clases alcurniadas.

El señor d'Escorailles intervino.

—Sí, sí, ya me ha sido indicado ese número—dijo. Usted debe ver que he señalado los pasajes con lápiz rojo... ¡Un periódico que, á pesar de todo, es de los nuestros! Todos los días me veo en la precisión de espurgarlo línea por línea. ¡Ah! el mejor de esos malsines no vale un ardite; ¡habría que cortarles á todos la cabeza!

Y agregó más por lo bajo, mordiéndose los labios:

—He mandado llamar al director, y le estoy esperando.

El coronel había tomado el periódico de manos del señor Kahn. Indignóse también y lo pasó al señor Béjuin, quien, por no ser menos, pareció disgustadísimo. Rougón, con los codos apoyados en la mesa, se mostraba pensativo, con los párpados á medio entornar.

—A propósito—dijo volviéndose hacia su secretario,—ese potre Huguenin murió ayer. Aquí tenemos

un destino de inspector vacante, y habrá que nombrar á álguien.

Y, como les tres amigos de delante de la chimenea levantasen súbitamente la cabeza, prosiguió:

—¡Oh! es un destino sin importancia. Seis mil francos. Verdad es que maldita la cosa que tiene que hacer.

Iba á continuar, pero fué interrumpido; habíase abierto la puerta de un gabinete inmediato.

—Entre usted, entre usted, señor Bouchard—exclamó.—Iba á mandar que le llamaran á usted.

El señor Bouchard, jefe de división de ocho días á aquella parte, era portador de un trabajo referente á los alcaldes y á los prefectos que aspiraban á obtener cruces de caballero y de oficial de la Legión de Honor. Rougón tenía veinticinco cruces que distribuir entre los que más lo merecieran. Tomó el trabajo, examinó la lista de los nombres y hojeó los expedientes de cada uno. Durante este intervalo, el jefe de división, acercándose á la chimenea, daba apretones de manos á aquellos señores. Púsose de espaldas y se levantó los faldones de la levita, para presentar sus nalgas á la llama.

—¡Maldita lluvia!—refunfuñó.—La primavera será tardía este año.

—Una lluvia de padre y muy señor mío—agregó el coronel.—Presiento un ataque; ¡como que he sentido punzadas en el pie izquierdo toda la santa noche!

Tras de breve silencio:

—¿Y la señora?—preguntó el señor Kahn.

—Gracias, está muy bien—contestó el señor Bouchard.—Me figuro que debe de venir esta mañana. Siguió un nuevo silencio. Rougón seguía hojean-

do los papeles. Al llegar á un nombre se detuvo:

—Isidoro Gaudibert... ¿No es éste por ventura uno que ha hecho versos?

—Sí, por cierto—contestó el señor Bouchard.—Es alcalde de Barbeville desde 1852. Para cada suceso fausto, como el matrimonio del emperador, el alumbramiento de la emperatriz, el bautizo del príncipe imperial, ha dedicado á Sus Majestades odas de inspiración y de buen gusto.

El ministro hacía un despectivo mohín. Pero el coronel afirmaba que había leído las odas; á él le parecían superiores, de lo que se ve poco. Especialmente citaba una en que comparaba al emperador con un fuego de artificio. Y, sin transición alguna, á media voz, y para satisfacción personal sin duda, todos aquellos señores pusieron á elevar al emperador á los mismísimos cuernos de la luna. A la sazón, toda la banda era bonapartista á macha martillo. Ambos primos, el coronel y el señor Bouchard, ya reconciliados y que no se tiraban á la cabeza los príncipes de Orleans y el conde de Chambord, luchaban ahora por quién de ellos haría el elogio del soberano en mejores términos.

—¡Ah! no jese nunca!—exclamó de repente Rougón.—Ese Jusselin es hechura de de Marsy. No tengo necesidad alguna de recompensar á los amigos de mi antecesor.

Y con un trazo de pluma, que rasgó el papel, borró el nombre.

—No hay más sino que—repuso,—hay que dar con alguien... Se trata de una cruz de oficial.

Aquellos señores, no sé movían. El señor d'Escorailles, no obstante ser muy joven, había recibido la cruz de caballero ocho días antes. Los señores

Kahn y Bouchard eran oficiales; el coronel acababa, por último, de ser nombrado comendador.

—Veamos; hemos dicho una cruz de oficial—repetía Rougón hojeando de nuevo los expedientes.

Mas se interrumpió, como asaltado por idea súbita.

—¿No es usted por casualidad alcalde en alguna parte, señor Béjuin?—le preguntó.

El señor Béjuin se contentó con inclinar la cabeza dos veces seguidas. El señor Kahn fué quien contestó por él.

—Ya lo creo; es alcalde de Saint-Florent, la pequeña comarca en donde radica su cristalería.

—Pues entonces, ¡miel sobre hojuelas!—dijo el ministro, alborozado de que se presentase aquella ocasión de impulsar á uno de sus paniaguados.—Precisamente no es más que caballero... Señor Béjuin, nunca se le ocurre á usted pedirme nada; mas por eso no he de pensar menos en usted.

El señor Béjuin se sonrió y dió las gracias. Era cierto que en su vida pedía nada; mas se hallaba siempre allí, sin chistar, modesto, esperando las migajas, y, como hay Dios, que lo recogía todo.

—León Béjuin, ¿no es eso? en lugar de Pedro Francisco Jusselin—dijo Rougón afectando el cambio de nombre.

—Béjuin y Jusselin son consonantes,—hizo notar el coronel.

Aquella observación pareció una broma muy delicada y la rieron mucho. Por último, el señor Bouchard se llevó los documentos firmados, Rougón se había puesto en pie; sentía cierta molestia en las piernas, decía, los días de lluvia le atormentaban. Entretanto la mañana iba avanzando y las oficinas

zumbaban á lo lejos; veíanse pasos rápidos atravesar las habitaciones inmediatas; había puertas que se abrían, otras que se cerraban; mientras que, acá y allá, oíanse cuchicheos, ahogados por los tapices. Muchos empleados llegaron todavía para presentar documentos á la firma del ministro. Era un ir y venir sin tregua ni reposo, la máquina administrativa acosada, con extraordinario gasto de papeles llevados de oficina en oficina. Y, en medio de aquella agitación, tras de la puerta, en la antesala, oíanse el no turbado silencio de las veintitantas personas que se amodorraban bajo las miradas de Merle, en espera de que Su Excelencia se dignase recibirlas. Rougón, como poseído por fiebre de actividad, luchaba entre todo el mundo, dando órdenes en voz queda en un rincón de su gabinete, estallando bruscamente en palabras violentas contra algún jefe de servicio, alijerando el trabajo, resolviendo los asuntos en una sola palabra; enorme, insolente, con el cuello hinchado, y con el rostro como reventando de vida.

Merle entró, con su tranquila dignidad, que los sofiones no eran parte á alterar.

—El señor prefecto del Soma...—empezó á decir.

—¡Otra vez!—interrumpió furiosamente Rougón. El ujier se inclinó y esperó á poder hablar.

—El señor prefecto del Soma me ha rogado que preguntase á Su Excelencia si podrá recibirle esta mañana. En caso contrario, Su Excelencia tendrá la bondad de señalarle hora para mañana.

—Le recibiré esta mañana... Que tenga un poco de paciencia ¡qué diantre!

La puerta del gabinete había quedado abierta, y se distinguía la antesala, vasta pieza, en cuyo

centro se veía una gran mesa y un cordón de sillones de terciopelo rojo adosados á las paredes. Todos los sillones estaban ocupados; hasta había dos señoras que se mantenían en pie, delante de la mesa. Las cabezas se volvían discretamente y las miradas se convertían al gabinete del ministro, suplicantes, ansiosas de penetrar en él. Cerca de la puerta, el prefecto de Soma, hombre pequeñín y paliducho, hablaba con sus colegas del Jurá y del Cher. Y como hiciese un movimiento para levantarse, creyendo sin duda que por fin iba á ser admitido, Rougón repuso, dirigiéndose á Merle:

—Dentro de diez minutos, entiéndalo usted... No puedo absolutamente recibir á nadie en este instante.

Mas hallábase hablando aún, cuando vió al señor Beulin d'Ochère, atravesar la antesala. Salió vivamente á su encuentro, y lo atrajo con un apretón de manos á su gabinete, exclamando:

—Vaya, entre usted, querido amigo. ¿Acaba usted de llegar, no es eso? ¿No ha tenido usted que esperar, eh? ¿Qué hay de nuevo?

La puerta se volvió á cerrar en el consternado silencio de los que aguardaban en la antesala. Rougón y el señor Beulin d'Orchère tuvieron una conversación en voz baja, delante de una de las ventanas; el magistrado, nombrado recientemente presidente primero de los Tribunales de París, ambicionaba el puesto de guardasellos; mas el emperador, sondeado acerca de él, se había mostrado impenetrable.

—Bien, bien—dijo el ministro alzando la voz.—El informe es excelente. Obraré en consecuencia, se lo prometo á usted.

Acababa de hacerle salir por sus habitaciones, cuando se presentó Merle anunciando:

—El señor La Rouquette.

—No, no; estoy ocupado; me aburre,—dijo Rougón haciendo un energético ademán para que el ujier cerrase la puerta.

El señor La Rouquette oyó perfectamente; mas no por eso dejó de colarse en el gabinete, sonriente y tendiéndole la mano:

—¿Cómo está Vucencia? Mi hermana es quien me envía. Ayer parecía usted bastante fatigado, en las Tullerías... Ya sabe usted que se debe de representar un proverbio en las habitaciones de la emperatriz, el lunes próximo. Mi hermana desempeñará un papel. Los trajes los ha dibujado Combelot. No faltará usted, supongo.

Y allí permaneció un cuarto de hora largo de talle, flexible, y cariñoso, camelando á Rougón, á quien tan pronto llamaba «Vucencia» como «querido maestro». Salíó con varias anécdotas referentes á los teatrillos, recomendó á una bailarina y pidió una recomendación para el director de la fábrica de tabacos, á fin de obtener buenos cigarros. Y acabó por echar, en broma en broma, terribles pestes contra el señor de Marsy.

—Sea como sea, resulta agradable—dijo Rougón cuando el joven diputado volvió la espalda.—Voy á meter la cara en la palangana; las mejillas me echan fuego.

Desapareció un instante tras de una antepuerta, y se oyó un gran chapuceo en el agua; soplabá y aspiraba fuertemente. En esto el señor de Escorailles, habiendo terminado de clasificar la correspondencia, acababa de sacar del bolsillo una dimi-

nuta lima con puño de concha, con la cual se raspaba las uñas con todo primor. El señor Béjuin y el coronel miraban el artesonado, tan repantigados en sus sillones, que cualquiera diría que no habían de dejarlos en toda una eternidad. Hubo un momento en que el señor Kahn se puso á revolver el montón de periódicos que se hallaban junto á él, sobre una mesa; miró los títulos y los echó á un lado. Por último, se levantó.

—¿Se va usted?—preguntó Rougón, que volvió á presentarse, secándose el rostro con una toalla.

—Sí—contestó el señor Kahn;—he leído los periódicos y me voy.

Pero Rougón le dijo que se esperara. Llévóle á su vez á parte y le anunció que, á no dudarlo, la semana entrante se dirigiría á los Deux Sèvres, para la inauguración de los trabajos para la vía férrea de Niort á Angers. Muchos eran los motivos que le impulsaban á hacer aquel viaje. El señor Kahn se manifestó embelesado. Había obtenido por último la concesión, desde los primeros días de marzo. Ahora se trataba tan sólo de impeler el negocio, no ocultándosele toda la solemnidad que la presencia del ministro otorgaría á la representación, de cuyos detalles se estaba ya ocupando.

—Así pues, quedamos conformes; cuento con usted para el primer barreno,—dijo al ausentarse.

Rougón había vuelto á sentarse á su bufete. Consultaba una lista de nombres. Tras de la puerta, en la antesala, los que esperaban iban en constante aumento.

—Apenas me queda un cuarto de hora—dijo para sí.—En fin, recibiré á los que pueda.

Llamó y dijo á Merle:

—Haga usted entrar al señor prefecto del Soma.

Mas repuso en seguida, con los ojos fijos en la lista:

—¡Espere usted!... Por ventura el señor y la señora Charbonnel, ¿estarían ahí? Déjeles entrar.

Oyose la voz del ujier, que llamaba: «¡Señor y señora Charbonnel!» Y los dos burgueses de Plasans se presentaron, seguidos por las miradas de espanto de toda la antesala. El señor Charbonnel iba de frac, frac de cola cuadrada con cuello de terciopelo; la señora de Charbonnel llevaba un traje de seda color de pulga, y sombrero con cintas amarillas. Hacía dos horas que esperaban revestidos de santa paciencia.

—Deberían ustedes haberme hecho entrar su tarjeta—dijo Rougón.—Merle les conoce á ustedes.

Después, sin dejarles balbucear frases, en que las palabras: «Vuecencia» se ofrecían á todo pasto, exclamó alegremente:

—¡Victoria! El Consejo de Estado ha dado su sentencia, Hemos vencido á nuestro terrible obispo.

La emoción de la anciana señora fué tan grande, que tuvo que sentarse. El marido se apoyó en el respaldo de un sillón.

Esta buena noticia la supo ayer por la noche—prosiguió el ministro.—Como tenía empeño en hacérsela saber á ustedes en persona, les mandé rogar que viniesen esta mañana... ¡Eh! no es mala ganga ¡quinientos mil francos!

Y les bromeaba, satisfechísimo al ver sus semblantes desconcertados. La señora de Charbonnel pudo por último preguntar con voz ahogada y tímida:

—Pero, de veras, ¿ha terminado el asunto? ¿No se volverá á las andadas?

—No, no, queden ustedes tranquilos. La herencia es muy de ustedes.

Y aquí dió algunos detalles. El Consejo de Estado no había autorizado á las hermanas de la Sagrada Familia para que aceptasen el legado, basándose en la existencia de herederos naturales, y anulando el testamento, que no parecía revestir todos los caracteres de autenticidad apetecibles. Monseñor Rochart estaba hecho una furia. Rougón, que le había encontrado el día anterior en casa de su colega el ministro de Instrucción pública, refase todavía de sus miradas furibundas. Su triunfo sobre el prelado le ponía más contento que unas castañuelas.

—Ya ven ustedes que no se me ha tragado; ¡soy demasiado grueso!... ¡Oh! pero no ha concluído todo entre nosotros; de sobra lo he conocido en el color de sus ojos. Es hombre que no olvida así como así. Pero ésto á mí tan sólo incumbe.

Los Charbonnel se deshacían dando las gracias á fuerza de reverencias. Dijeron que se ausentarían aquella noche misma. Ahora se sentían pasto de viva inquietud: la casa de su primo Chevassu, en Faverolles, se hallaba guardada por una vieja criada, muy devota y consagrada en cuerpo y alma á las hermanas de la Sagrada Familia; tal vez, al enterarse del resultado del pleito, irían á desvalijarles la casa. Aquellas religiosas debían ser capaces de todo.

—Sí, váyanse ustedes esta noche—repuso el ministro.—Si algo allí claudicara, escribanme ustedes.

Les acompañó para despedirles. Cuando se abrió

la puerta, se fijó en la admiración que se pintaba en aquellos rostros de la antesala; el prefecto del Soma cambiaba una sonrisa con sus colegas del Jurá y del Cher; las dos damas, sentadas junto á la mesa, hicieron con los labios un ligero mohín de desprecio. Entonces Rougón levantó la voz con aspereza:

—Quedamos en que me escribirán ustedes... Ya saben en cuánta estimación les tengo... Y cuando lleguen á Plassans digan á mi madre que mi salud nada dejar que desear.

Atravesó la antesala y les acompañó hasta la otra puerta, para que infundieran respeto á toda aquella gente, sin avergonzarse de ellos, pues sentía gran orgullo en haber salido de su insignificante ciudad y en poder ahora colocarlos tan alto como le placía. Y los pretendientes, los funcionarios, inclinados á su paso, saludaban al vestido de seda color de pulga y al frac de cuadrada cola de Charbonnel.

Cuando volvió al gabinete encontró al coronel en pie.

—Hasta la noche—dijo.—Empieza á hacer demasiado calor aquí.

Y se inclinó para susurrarle algunas palabras al oído. Tratábase de su hijo Augusto, que iba á retirar del colegio, desesperando ya de verle conseguir el bachillerato en toda su vida. Rougón había prometido colocarle en su ministerio, á pesar de que á todos los empleados se exigía el título de bachiller.

—Pues bien, estamos conformes, tráigamelo usted—le contestó.—Pasaré por encima de las formalidades. Me valdré de cualquier pretexto... Y

ganará algo en seguida, ya que tiene usted empeño en ello.

El señor Béjuin se quedó solo delante de la chimenea. Arrastró el sillón y se instaló en el centro, sin que pareciese darse cuenta de que la habitación se hallaba ya sin un alma. Siempre se quedaba el último, prolongando aún más su estancia cuando los demás ya se habían ido, con la esperanza de que se le ofreciera cualquier empleillo olvidado.

Merle recibió de nuevo orden de que introdujera al prefecto del Soma. Pero, en vez de dirigirse á la puerta, se acercó al bufete, diciendo con amable sonrisa:

—Si Vucencia se digna permitirlo, voy á descargarme en seguida de un encargo sin importancia.

Rougón puso ambos codos sobre la carpeta, para prestar atención.

—Se trata de esa pobre madama Correur... He estado en su casa esta mañana. Se encuentra en la cama, con un divieso que le ha salido en salva sea la parte, fenomenal, más gordo que la mitad del puño. No es nada peligroso, pero le hace mucho padecer, porque tiene el cutis muy delicado...

—Bueno, ¿y qué?—preguntó el ministro.

—Por mi parte, hasta he ayudado á la criada para volverla. Pero yo tengo mi ocupación... El caso es que se siente muy inquieta, y habría querido venir á ver á Vucencia para las contestaciones que está esperando. Ya me iba, cuando me volvió á llamar para decirme que sería yo muy amable si pudiese esta noche llevarle las contestaciones, después de mi trabajo... ¿Sería Vucencia tan amable?..

El ministro se volvió tranquilamente:

—Señor d'Escorailles, deme usted el legajo que está allí, en aquel armario.

Era el legajo de madama Correur, un enorme envoltorio gris que reventaba de papeles. Encerrábanse en él cartas, proyectos, peticiones de todo carácter de letra y de todas las ortografías; solicitudes para estancos, para papel sellado, demandas de socorros, de subvenciones, de pensiones, de abonos. Todas las hojas volantes llevaban al margen la apostilla de madama Correur, cinco ó seis líneas seguidas de una formidable firma maculina.

Rougón hojeaba el legajo y miraba, al pie de las cartas, las breves notas escritas de su puño con lápiz rojo.

—La pensión de madame Jalaguiet está fijada en mil ochocientos francos. Madama Leturc tiene su estanco... Los abastos de madama Chardon son aceptados... Nada todavía por lo que toca á madama Testanière... ¡Ah! también le dirá usted que he logrado lo de la señorita Herminia Billecoq. He hablado de ella, y hay señoras que proporcionarán el dote necesario, para que pueda casarse con el oficial que ha abusado de su candor.

—Doy miles de gracias á Vucencia,—dijo Merle inclinándose.

Y salía, cuando una linda cabeza rubia, con sombrero color de rosa, apareció en la puerta.

—¿Puedo entrar?—preguntó con argentina voz.

Y la señora de Bouchard, sin esperar respuesta, entró en el gabinete. No habiendo visto al ujier en la antesala, echó adelante como Pedro por su casa, Rougón, que la llamaba «mi querida niña», hízola sentar, después de haber conservado un instante entre las suyas sus enguantadas manitas.

—¿Se trata de algo serio?—preguntó.

—Sí, sí, muy serio,—contestó con boca de risa.

Entonces recomendó á Merle que no permitiese la entrada á nadie. El Sr. d'Escorailles, que había terminado el arreglo de sus uñas, habíase acercado para saludar á la señora de Bouchard. Hízole ésta señal para que se inclinara, y le habló en voz queda y muy de prisa. El joven asentía moviendo la cabeza. Y fué á tomar su sombrero, diciendo á Rougón:

—Me voy á almorzar, no veo nada que valga la pena... No hay más que esa plaza de inspector. Sería preciso nombrar á alguien.

El ministro quedábase perplejo y movía la cabeza.

—Sí, no hay que dudarle; habría que nombrar á alguien. Ya me ha sido propuesta una caterva de personas. Me contraría tener que nombrar á gente á quien no conozco.

Y miraba en torno suyo, hasta en los rincones de la habitación, como para dar con lo que buscaba. De repente sus ojos se fijaron en el señor Béjuin, repantigado delante de la chimenea, silencioso y en el mejor de los mundos posibles.

—¡Señor Béjuin!—llamó.

Este movió beatíficamente los ojos, sin moverse.

—¿Quiere usted ser inspector? Me explicaré: se trata de un destino de seis mil francos, en que maldito lo que hay que hacer, y que es del todo compatible con sus funciones de diputado.

El señor Béjuin movió á un lado y otro la cabeza. Sí, sí, ¡vaya si aceptaba! Y cuando quedaron acordes, aun permaneció allí un par de minutos resoplando de satisfacción. Pero comprendió sin duda que nada más tendría que recoger aquella mañana, y así fué

que se retiró poquito á poco, arrastrando los pies, detrás del señor d'Escorailles.

—Ya estamos solos... Veamos, ¿qué es lo que ocurre, niña mía?—preguntó Rougón á la linda señora de Bouchard.

Había acercado un sillón y se había sentado delante de ella, en medio del gabinete. Entonces reclinó en su traje: llevábalo de cachemira de la India, color de rosa pálido, de desmesurada amplitud, que la cubría como un peinador. Sin proponérselo resultaba vestida con la mayor elegancia. En sus brazos y en el seno, la suave tela parecía vivir; mientras que en la flexibilidad de la falda, amplios pliegues marcaban la redondez de sus muslos. Adivinábase una desnudez muy bien entendida, una calculada seducción, hasta en el talle, fijado un poquito alto, á fin de dejar desembarazadas las caderas. Y ni el ribete de la enagua se dejaba ver; parecía como si no llevase ropa blanca, y sin embargo, resultaba deliciosamente trajeada.

—Vamos á ver, ¿qué es lo que hay?—repitió Rougón.

La joven se sonreía, mas no se decidía aún á hablar. Echábase atrás, con los cabellos rizados sobre el sombrero color de rosa, exhibiendo la húmeda blancura de sus dientes, entre sus abiertos labios. En toda su carita traslucíase un zalamero abandono, una actitud de súplica ardiente y sumisa.

—Se trata de algo que tengo que pedir á usted—dijo por último entre dientes.

Luego agregó con viveza:

—Empiece usted por decir que me lo concederá. Mas él no prometió nada: ante todo quería saber.

Desconfiaba de las señoras. Y como la joven se inclinase hasta muy cerquita de Rougón, éste le preguntó:

—De algo muy gordo debe de tratarse, cuando no se atreve usted á hablar. Tendré que confesarla á usted, ¿verdad? Procedamos por orden. ¿Se trata de su marido de usted?

La joven contestó que no con la cabeza, sin dejar de sonreír.

—¡Diantre! ¿Del señor d'Escorailles tal vez? Hace un instante que ambos conspiraban ustedes en voz bajita.

La señora de Bouchard siguió diciendo que no. Hacía una ligera mueca, que significaba bien á las claras que había sido preciso despedir al señor d'Escorailles. Luego Rougón, mientras indagaba con cierta sorpresa, ella acercó todavía más el sillón, en tal guisa, que pareció quedarse entre sus piernas.

—Escuche usted... ¿No me reñirá, eh? ¿No me quiere usted un poquitín?... Se trata de un joven. Usted no le conoce; le diré su nombre tan luego como le haya usted concedido el empleo... ¡Oh! es un empleo sin importancia. No le costará á usted más que una palabra, y le quedaremos la mar de agradecidos.

—¿Uno de sus parientes, tal vez?—le preguntó de nuevo.

La joven dió un suspiro y le miró con ojos mortecinos, dejando deslizar las manos para que Rougón las estrechase en las suyas. Y le dijo en voz muy queda:

—No, un amigo... ¡Dios mío, cuán desgraciada soy!

Y se abandonaba y se entregaba á él al hacer

tal confesión. Era aquél un ataque en extremo voluptuoso, de arte superior, por todo lo alto calentado, para ahuyentar de él los menores escrúpulos. Hubo un instante en que hasta tuvo para sí que inventaba aquel cuento como por refinamiento de seducción, á fin de hacerse desear más aún, al desprenderse de los brazos de otro.

—Pero eso está muy mal hecho—exclamó Rougón.

Entonces, con movimiento rápido y familiar, la joven le llevó á la boca su desenguantada mano. Habíase echado por completo sobre él y sus ojos se cerraban en su desmayado rostro. Una de sus rodillas levantaba su suave enagua, que cubría apenas el finísimo tejido de una larga camisa de noche. Bajo la tela que partía del corpiño se transparentaban las emociones de su seno. Durante algunos segundos, parecióle á Rougón que la sentía desnuda en sus brazos; mas la cogió brutalmente por la cintura y la plantó en mitad del gabinete, incomodándose de veras, y blasfemando.

—¡Rayos y truenos! ¡Tenga usted juicio!

La joven, con los labios como la cera blancos, se quedó delante de él, con la vista fija en el suelo.

—Sí, está muy mal hecho; eso es indigno. El señor Bouchard es una excelente persona, la idolatra á usted y tiene en usted ciega confianza... No, como hay Dios, no seré yo quien le ayude á engañarle. Me niego, ¿lo oye usted? me niego absolutamente. Y le digo á usted lo que pienso, no ando mascullando las palabras, hermosa niña... Se puede ser indulgente; así, por ejemplo, pase...

Se detuvo, pues iba á soltar que le toleraría al señor d'Escorailles. Poco á poco se fué calmando,

y, una gran dignidad se apoderaba de su ánimo. Mandóla sentar, viéndola pasto de un ligero temblor; él se quedó en pie y le echó el gran sermón del siglo, sermón en debida forma, con las palabras más escogidas que se podían imaginar. Ofendía todas las leyes divinas y humanas; iba derecha á un abismo, deshonoraba el hogar doméstico y se preparaba una vejez de remordimientos; mas como creyese entrever una ligera sonrisa en las comisuras de sus labios, hasta pintóle el cuadro de aquella vejez, su belleza destruída, el corazón vacío para siempre, y el rubor de la frente cubierto por sus cabellos blancos. En seguida examinó su falta bajo el punto de vista de la sociedad; en esto sobre todo se mostró severísimo, pues si ella tenía en su abono la excusa de su naturaleza sensible, el mal ejemplo que daba había de quedar sin perdón; lo que le llevó como por la mano á tronar contra el descoco moderno, contra el abominable desenfreno de la época. Vino por último á parar en ocuparse de sí propio. El era el guardador de las leyes y no podía abusar de su poder para dar alas al vicio. Sin la virtud, un gobierno parecía de todo punto imposible. Y terminó desafiando á sus adversarios á que descubriesen en su administración un solo acto de nepotismo, un solo favor debido á la intriga.

La preciosa señora de Bouchard le escuchaba con la cabeza gacha, hecha un ovillo y mostrando su delicado cuello bajo el adorno de su sombrero color de rosa. Cuando Rougón se hubo desahogado y aliviado, la joven se levantó y se dirigió á la puerta, sin decir oste ni moste. Mas al salir, con la mano puesta en el pomo, alzó la cabeza y se volvió á echar á reir, diciendo entre dientes: *

—Se llama Jorge Duchesne; es dependiente principal en el departamento de mi marido, y pretende ser subje...

—¡No, no!—exclamó Rougón.

Entonces la hermosa joven se fué, envolviéndole en una larga y despectiva mirada de mujer ofendida. Retardaba su andar, y arrastraba su cola con majestad, deseosa de dejar tras ella el sentimiento de no haberla poseído.

El ministro volvió á su gabinete en actitud de cansancio. Hizo una señal á Merle, quien le siguió. La puerta había quedado á medio abrir.

—El señor director del *Voto nacional*, á quien Vuecencia ha mandado llamar, acaba de presentarse—dijo el ujier en voz queda.

—¡Muy bien!—contestó Rougón;—pero antes he de recibir á los funcionarios que están ahí hace tanto tiempo.

En aquel instante un ayuda de cámara se presentó en la puerta que conducía á las habitaciones particulares. Anunció que el almuerzo estaba listo y que la señora de Delestang esperaba á Su Excelencia en el salón. El ministro se había adelantado en viveza.

—¡Diga usted que sirvan! ¡Tanto peor! Recibiré más tarde. Rabio de hambre.

Estiró el cuello para dirigir una mirada. La antesala seguía rebotando de gente. Ni un empleado, ni un dependiente, se había movido de su sitio. Los tres prefectos hablaban en su rincón; las dos damas de delante de la mesa, se apoyaban con las yemas de los dedos, un tanto cansadas; las mismas cabezas en los mismos sitios, permanecían inmóviles y mudas, á lo largo de las paredes, apoyadas en

los respaldos de terciopelo rojo. Entonces dejó el gabinete, dando orden á Merle para que retuviera al prefecto del Soma y al director del *Voto nacional*.

La señora de Rougón, algo enferma, había partido la víspera para el Mediodía, en donde había de pasar un mes; tenía un tío cerca de Pau. Delestang, encargado de una comisión muy importante relacionada con un asunto de agricultura, hallábase en Italia seis semanas hacía. Y así fué que el ministro, con quien Clorinda quería hablar largo y tendido, la había invitado á que fuese á comer al ministerio, cual si fuesen libres uno y otra.

Clorinda le esperaba armada de paciencia, hojando un tratado de derecho administrativo, que encontró sobre una mesa.

—Debe usted de tener ya el estómago en los talones—le dijo alegremente.—No me han dejado respirar en toda la mañana.

Ofrecióle el brazo y la condujo al comedor, inmensa estancia en que los dos cubiertos, puestos en una pequeña mesa delante de la ventana, se veían como perdidos. Dos apuestos ayudas de cámara les servían. Rougón y Clorinda, muy sobrios los dos, comieron de prisa; algunos rabanillos, una lonja de jamón fiambre, chuletas con puré y un poco de queso. El vino no lo tocaron. Rougón, por la mañana, tan sólo bebía agua. Apenas se cruzaron entre ellos diez palabras. Después, cuando ambos lacayos hubieron quitado la mesa y traído el café y los licores, la joven le dirigió un ligero movimiento de cejas, que él comprendió á las mil maravillas.

—Está bien—dijo,—pueden ustedes retirarse. Ya llamaré.

Los lacayos salieron Entonces, Clorinda se levanta

tó y dió unos golpecitos en la falda para que cayeran las migajas. Llevaba un vestido de seda negro, demasiado abultado, cargado de volantes y tan complicado, que parecía como empaquetada, sin que fuese fácil cosa apreciar en dónde se encontraban sus caderas y su seno.

—¡Qué sala!—exclamó dirigiéndose al fondo de la pieza.—El comedor de usted es un salón á propósito para bodas ó para convites en corporación.

Y volvió, agregando:

—De buena gana me fumaría un cigarrillo.

—¡Demontre! el mal está en que no hay tabaco. Yo no fumo nunca.

Mas ella guiñó los ojos y sacó del bolsillo una bolsita de seda colorada, bordada de oro. Con las yemas de sus afilados dedos lió un cigarrillo. Después, como no querían llamar, pusieronse á caza de cerillas por toda la habitación. Por fin, en el rincón de un aparador encontraron tres fósforos, que se llevó con todo cuidado. Y, con el cigarrillo en los labios, y arrellanada de nuevo en la silla, púsose á tomar el café á sorbitos, sin dejar de mirar á Rougón cara á cara, con una sonrisa.

—Bueno—dijo Rougón, quien también se sonreía,—estoy enteramente á sus órdenes. Usted tenía que hablarme; hablemos, pues.

Clorinda hizo un mohín de indiferencia.

—Sí. He recibido carta de mi marido. Se fastidia en Turín. Está muy contento por haber obtenido esta comisión, gracias á usted; solo que no quiere que se le olvide por allá. Mas ya hablaremos de esto después; no corre ninguna prisa.

Volvió á ponerse á fumar y á mirarle con su provocadora sonrisa. Rougón, poco á poco, se había

ido acostumbrando á verla, sin hacerse las preguntas que en el pasado, tan vivamente excitaban su curiosidad. Clorinda había acabado por hacerse á sus costumbres, aceptábale ahora como una figura de reconocido mérito, respetada por todo el mundo y cuyas extravagancias ya no le ocasionaban el menor sobresalto de sorpresa. Pero, en realidad de verdad, Rougón, continuaba no sabiendo con certeza nada acerca de ella, y la ignoraba tanto hoy como en los primeros días de haberla conocido. Aparecíasele bajo múltiples aspectos, pueril y á la vez de difícil comprensión, necia lo más á menudo, singularmente astuta á veces, bondadosa y malevola á un tiempo. Cuando le sorprendía la joven con un gesto, con una palabra cuya significación no sabía descifrar, encogíase de hombros cual hombre superior y decía que todas las mujeres estaban cortadas por el mismo patrón. Y con esto pretendía atestiguarle gran desprecio hacia las mujeres, lo que estimulaba la sonrisa de Clorinda, sonrisa tan juiciosa como cruel, que descubría sus hermosos dientes entre sus rojos labios.

—¿Por qué me mira usted así?—le preguntó por último Rougón, contrariado por la mirada de aquellos grandes ojos fijos en él.—¿Encuentra usted algo que le desagrada?

Un pensamiento oculto acababa de brillar en el fondo de los ojos de Clorinda, mientras que dos pliegues en las comisuras de sus labios comunicaban gran dureza á su boca. Mas en seguida recuperó su seductora sonrisa, y, despidiendo el humo del cigarrillo en tenues espirales, dijo:

—No, no, le encuentro á usted perfectamente,

Pensaba en una cosa, querido amigo. ¿Sabe usted que ha tenido una endemoniada suerte?

—¿Por qué?

—¿Qué duda tiene? Hé aquí que ha llegado usted al pináculo á que quería alcanzar. Todo el mundo le ha impulsado á usted, y hasta los mismos acontecimientos le han secundado.

Iba á contestarle cuando llamaron á la puerta. Clorinda, con instintivo movimiento, ocultó el cigarrillo detrás de la falda. Era un empleado, que quería comunicar á Su Excelencia un telegrama muy urgente. Rougón, malhumorado, leyó el telegrama, é indicó al empleado los términos en que había de redactarse la contestación. En seguida, cerró violentamente la puerta y volvió á sentarse.

—Sí, he tenido amigos muy devotos, y procuro no echarlos en olvido... Y tiene usted razón, he de dar gracias hasta á los acontecimientos. Los hombres á menudo nada pueden, cuando los hechos no les ayudan.

Y mientras emitía estas palabras con lentitud, la contemplaba, con sus pesados párpados caídos, medio ocultando la mirada con que la estaba estudiando. ¿Por qué le hablaba de su buena suerte? ¿Qué sabía ella con precisión acerca de los acontecimientos favorables á que aludía? ¿Si Du Poizat habría llegado á hablar?... Mas, al verla sonriente y pensativa, con el rostro como enternecido por un recuerdo sensual, presentía en ella otra preocupación. Con seguridad, Clorinda lo ignoraba todo. Hasta él mismo olvidaba, prefiriendo no hurgar demasiado en el fondo de su existencia que acababa por parecerle en extremo confusa, y hasta acababa por creer que

debía en realidad su elevada posición á la devoción de sus amigos.

—Yo no pretendía ser nada, se me ha impelido á pesar mío. Las cosas han resultado, al fin y al cabo, á pedir de boca. Si consigo hacer algún bien, me daré por satisfecho.

Y dió fin al café. Clorinda liaba un segundo cigarrillo.

—¿No hace usted memoria—dijo—de hace dos años, cuando al dejar usted el Consejo de Estado, hacíale yo preguntas queriendo saber el motivo que le impulsó á aquella calaverada? ¿Se hacía usted el cazurro en aquel entonces! Pero ahora puede usted hablar. Veamos, aquí para entre los dos, ¿tenía usted un plan ya resuelto?

—Siempre se tiene un plan—contestó con disimulo.—Sentíame caer y preferí dar el salto por impulso propio.

—Y el plan de usted vino á realizarse; ¿se han realizado las cosas tal y como usted las había previsto?

Rougón, con un guiñar de ojos de amigacho, se puso á ver venir.

—No por cierto, bien lo sabe usted, las cosas no resultan siempre como se desea... ¡Con tal de que se llegue!...

Se interrumpió á sí mismo y le ofreció licores.

—¿Qué desea usted, curaçao ó chartreuse?

Aceptó una copita del último, mas al llevársela á los labios, llamaron otra vez á la puerta. La joven volvió á esconder el cigarrillo, con gesto de disgusto. El, enfurruñado, sin dejar la botella, se levantó. Aquella vez se trataba de una carta sellada

con lacre. Se enteró de ella con una ojeada y se la metió en un bolsillo de la levita, diciendo:

—¡Está bien! Que no se me vuelva á molestar, ¿estamos?

Clorinda, así que Rougón volvió á sentarse en frente de ella, humedeció los labios en el chartreuse, bebiendo á sorbitos, mirando por lo bajo, con los ojos relucientes. Sentíase de nuevo dominada por aquella ternura que le inundaba el rostro. Y dijo, muy bajito, con los codos apoyados en la mesa:

—No, caro amigo, usted no sabrá nunca lo mucho que se ha hecho por usted.

Rougón se acercó, poniendo á su vez ambos codos sobre la mesa y diciendo vivamente:

—¡Calle, es verdad! Va usted á contármelo todo. Ahora no hay que andarse con tapujos, ¿verdad que no? Dígame usted todo lo que han hecho ustedes.

La joven contestó que no con un movimiento de cabeza, llevándose el cigarrillo á los labios.

—¿Es la cosa tan horrible? ¿Teme V. tal vez que no me sea posible pagar mi deuda?... Espere usted, voy á ver de adivinar... ¿Ha escrito usted al Padre Santo? ¿ha remojado usted alguna reliquia en mi copa, sin que yo lo haya notado?

Pero Clorinda se atufó con aquella broma de mal género, y le amenazó con irse, si seguía por aquel camino.

—No se burle usted de la religión—le dijo.—Podría traerle á usted la desgracia.

Después, más sosegada, apartando con la mano el humo que parecía molestar á Rougón, continuó con acento particular:

—He visto á mucha gente y le he proporcionado á usted amigos.

Sentía una dañina necesidad de contárselo todo.

Quería que no ignorase de qué manera había trabajado para labrar su encumbramiento. Aquella confesión constituía por sí sola una primera satisfacción, para su rencor, por tanto tiempo y con tanta paciencia encubierto. Si él la hubiese instado, á buen seguro que le habría dado detalles preciosos. Aquella regresión á los tiempos que fueron, era lo que la ponía risueña, alocada un tanto y con el húmedo cutis ardoroso.

—Sí, sí—repetía,—hombres del todo hostiles á las ideas de usted, cuya conquista he tenido que hacer por usted; caro amigo.

Rougón se había puesto muy pálido. Había comprendido.

—¡Ah!—exclamó, sin decir nada más.

Trataba de rehuir el hablar de aquel asunto. Pero, con todo descaro, con toda tranquilidad, Clorinda fijaba en sus ojos su penetrante mirada y riendo á carcajadas. Entonces mudó de consejo y le preguntó:

—El señor de Marsy ¿no es eso?

La joven hizo un signo afirmativo, lanzando á su espalda una bocanada de humo.

—¿El caballero Rusconi?

De igual manera contestó que sí.

—El señor Lebeau, el señor de Salmeuve, el señor Guyot-Laplanche?

Y siempre respondía que sí. No obstante, al oír el nombre del señor de Plouguern, protestó.—Aquél en modo alguno.—Y dió fin á su copita de chartreuse, á sorbitos, con chasquidos de lengua y con semblante de triunfo.

Rougón se había levantado. Se dirigió al fondo de

la pieza, volvió, se puso tras ella y le dijo casi en la nuca:

—Entonces, ¿por qué no conmigo?

Clorinda se volvió bruscamente, por temor de que le besara los cabellos.

—¿Con usted? ¡pero si era inútil! ¿A qué venía con usted? ¡Qué necedad! Yo no tenía necesidad con usted de defender su propia causa.

Y, como Rougón la mirase, dominado por rabiosa ira, soltó una gran carcajada.

—¡Ah, inocente! ¡ni siquiera se puede bromear con él! ¡cree á pie juntillas cuanto se le dice!... Veamos, amigo mío, ¿me cree usted capaz de meterme en semejantes belenes? Y todavía por los bellos ojos de usted. Por otra parte, si yo hubiese cometido tales indecencias, ¿habría venido á contárselas usted? Con seguridad que no... ¡Vaya, vaya, que resulta usted divertido!

Rougón se quedó un instante como aturdido. Pero el tono irónico con que se desdecía, la hacía más provocante; y toda su persona, sus destempladas risas, las llamaradas de sus ojos, todo repetía muy alto sus afirmaciones, todo decía que sí. Y extendía los brazos para cogerla por la cintura, cuando llamaron por la tercera vez.

—Peor que peor—dijo—no suelto el cigarrillo.

Un ujier, falto casi de respiración, se presentó balbuceando que Su Excelencia el ministro de justicia solicitaba hablar á Su Excelencia; y miraba de reojo á aquella señora que fumaba.

—Diga usted que he salido—gritó Rougón.—No estoy para nadie, ¿lo oye usted?

Cuando el ujier se hubo retirado, andando hacia atrás y saludando, se puso hecho una furia y la em-

prendió á puñetazos con los muebles. Ya no se le dejaba ni respirar; todavía el día anterior se le había acorralado hasta su gabinete de tocado, en donde se hacía la barba. Clorinda, con toda decisión, se dirigió hacia la puerta.

—Espere usted—dijo.—No se nos molestará más.

Tomó la llave, la metió por dentro en la cerradura y le dió doble vuelta.

—Ahora ya pueden llamar,—dijo.

Y se volvió para liar el tercer cigarrillo, delante de la ventana. Rougón llegó á confiar en una hora de abandono. Acercóse y le dijo al oído.

—¡Clorinda!

Ella no se movió, y él repuso en voz aun más queda:

—Clorinda, ¿por qué no quieres?

Al oírse tutear no se alteró en lo más mínimo. Dijo que no con la cabeza, pero débilmente, como si hubiese querido prestarle alas, impulsarle más aún. Rougón no era osado á tocarla, dominado de repente por gran timidez; como el colegial á quien su primer lance amoroso paraliza, no se atrevía á pedir vénia. Sin embargo, concluyó por besarla bruscamente en el cuello, á raíz de los cabellos. Entonces la joven se volvió y le dijo con despreciativo tono:

—¡Cómo! ¿volveremos á las andadas, caro amigo? Yo estaba en que aquello le había pasado á usted... ¡Háse visto hombre más singular! ¡Venir á besar á las mujeres después de diez y ocho meses de reflexión!

Rougón, con la cabeza baja y abalanzándose á ella, hábale cogido una de sus manos, que se comía

á besos. Clorinda se la abandonaba; continuaba burlándose, sin tomarla por la tremenda.

—Con tal de que no me muerda usted los dedos... es cuanto le pido... ¡Ah! ¡no habría creído eso de usted! ¡Se había vuelto usted tan juicioso, cuando iba á verlo á la calle de Marbeuf! Y he aquí que de nuevo pierde usted la chayeta, porque le he contado porquerías que jamás me pasaron por la imaginación, á Dios gracias. Es usted de lo que no hay. Por lo que á mí se refiere, el fuego no arde en mí por tanto tiempo. Esto pertenece á la historia antigua. Usted no quiso de mí, ahora yo ya no quiero nada de usted.

—Escúcheme usted; será cuanto usted quiera—murmuró el grande hombre.—Todo lo haré, lo daré todo.

Mas ella seguía diciendo que no, castigándole en sus ardores por sus antiguos desdenes y saboreando en todo y por todo su primera venganza. Había ansiado verle omnipotente para vengarse de él, é inferir por tal modo una afrenta á su fuerza de grande hombre.

—¡Nunca, nunca! —repetía una y otra vez.—Qué ¿no se acuerda usted?... ¡Jamás!

Entonces Rougón se arrastró vergonzosamente á sus pies. Háblele cogido las faldas entre sus brazos y le besaba las rodillas al través de la seda. No era aquél el traje blando y flexible de la señora de Bouchard, sino un lío de tela de espesor irritante, y que, sin embargo, le embriagaba con su aroma. Encogiéndose de hombros, Clorinda le abandonaba sus sayas, y él se enardecía cada vez más, bajaba las manos y buscaba los pies, al borde del volante.

—Cuidado con lo que hace usted—le decía con apacible acento.

Y como Su Excelencia hundiese las manos, púsole sobre la frente la punta encendida del cigarrillo. El grande hombre retrocedió lanzando un grito, y quiso nuevamente arrojarse sobre ella. Pero Clorinda había ya tomado el cordón de la campanilla adosado á la pared, junto á la chimenea. Gritó:

—Llamo y digo que es usted quien me ha encerrado.

Rougón dió vuelta sobre sí mismo, llevándose los puños á las sienes y con el cuerpo agitado con gran estremecimiento. Durante unos segundos permaneció inmóvil, con el temor de oír estallarle la cabeza. Irguióse para calmarse de súbito, zumbándole los oídos y con los ojos cerrados por rojas llamaradas.

—Soy un animal—murmuró.—¡Qué estupidez!

Clorinda se reía en actitud victoriosa y echándolas de moralista. Hacía mal—decía—en despreciar á las mujeres; con el tiempo se persuadiría de que las hay que valen mucho. Y acto seguido volvió á recobrar su aspecto de buena muchacha.

—No nos hemos incomodado, ¿eh?... Mire usted, eso no me lo pida usted jamás. No lo quiero, no es de mi agrado.

Rougón se paseaba, corrido de verdad. Clorinda dejó el cordón de la campanilla, y fué á sentarse á la mesa, en donde se preparó un vaso de agua azucarada.

—Como le dije á usted, ayer recibí una carta de mi marido—repuso con todo sosiego.—Tantos asuntos se me han amontonado esta mañana, que tal vez le habría faltado á mi palabra para el almuerzo, si

30818

no hubiese deseado enseñársela á usted. Aquí la tiene usted... Le recuerda sus promesas.

Tomó la carta y la leyó, andandó de aquí para allá; después la echó sobre la mesa, delante de ella, haciendo un gesto de fastidio.

—¿Qué le parece á usted?—le preguntó.

Mas él no contestó en seguida. Arqueó la espalda y se puso á bostezar ligeramente.

—Es un necio—acabó por decir.

Clorinda se sintió muy ofendida. Hacía algún tiempo que no toleraba que se pudiese poner en tela de juicio la capacidad de su marido. Bajó un instante la cabeza y reprimió los ligeros movimientos de rebeldía con que sus manos se agitaban. Poco á poco iba desprendiéndose de su sumisión de colegiala, y no parecía sino que tomaba á Rougón fuerza bastante para convertirse en adversario temible.

—Si enseñásemos esta carta, resultaría hombre al agua—dijo el ministro, impulsado á vengarse en el marido de la resistencia de la mujer.—¡Ah! mi buen hombre no es fácil de colocar.

—Usted exagera, querido amigo—repuso la joven tras de corto silencio.—En aquellos tiempos usted juraba que tenía un hermoso porvenir. Posee excelentes cualidades y es de gran solidez... Vaya, no son siempre los hombres de verdadero valor los que van más lejos.

Rougón proseguía su paseo, y se encogía de hombros.

—En interés de usted está el que entre en el ministerio. Contaría usted con un amigo. Si es cierto que el ministro de Agricultura y de Comercio se retira por motivos de salud, según se dice, la ocasión es magnífica. Mi marido es competente, y su

misión en Italia le designa para la elección del emperador... Usted sabe que el emperador le aprecia mucho; se entienden á las mil maravillas y sustentan las mismas ideas. Una palabra de usted lo allanaría todo.

El ministro dió dos ó tres vueltas más sin responder. Después, deteniéndose ante ella:

—Así lo deseo, después de todo. Los hay mucho más asnos que él... Pero si lo hago es tan sólo por usted, porque deseo desarmarla. ¡Ah! Usted no debe ser buena. ¿Me equivoco? La tengo á usted por muy rencorosa.

Lo tomaba á broma. Clorinda volvió á echarse á reír, repitiendo:

—Sí, sí, rencorosísima... Guardo memoria.

Después, al despedirse, la retuvo un instante á la puerta. Dos veces se estrecharon fuertemente las manos, sin agregar una sílaba.

En cuanto Rougón se vió sólo, volvióse al gabinete. La gran habitación se hallaba vacía. Sentóse al bufete, con los codos apoyados en el borde de la carpeta, respirando fuerte, en el silencio que allí reinaba. Bajábasele los párpados, y una irresistible somnolencia le tuvo amodorrado obra de diez minutos. Luego se sobresaltó y estiró los brazos. Tocó el timbre y Merle se presentó.

—El señor prefecto del Soma continúa esperando, ¿no es así?... Dígale que pase.

El prefecto del Soma entró pálido, sonriente é irguiendo su corta estatura. Saludó al ministro con irreprochable corrección. Rougón, un tanto entorpecido, le rogó que se sentara.

—He aquí, señor prefecto, por qué le he mandado venir. Ciertas instrucciones deben ser dadas de viva

voz... Usted no ignora que el partido revolucionario levanta la cabeza. Hemos estado amenazados de una espantosa catástrofe. El país pide, en fin, que se le tranquilice, que se ejerza sobre él la enérgica protección del gobierno. Por su parte, Su Majestad el emperador está decidido á hacer escarmientos, ya que, hasta la hora presente, se ha abusado en gran manera de su bondad...

Hablaba con lentitud, retrepado en el fondo de su butaca, jugando con un gran sello con puño de ágata. El prefecto aprobaba cada frase con un vivo movimiento de cabeza.

—El departamento de usted es uno de los peores. La gangrena republicana...

—Hago los mayores esfuerzos...—quiso decir el prefecto.

—No me interrumpa usted... Es menester, pues, que la represión sea ruidosa; y para entenderme con usted acerca de este punto, es para lo que he deseado verle... Nos hemos estado ocupando de un trabajo, hemos formado una lista...

Y buscando entre sus papeles, tomó un legajo que se puso á hojear.

—Ha habido que repartir entre toda Francia el número de arrestos que se han tenido por necesarios. El número para cada departamento es proporcionado al golpe que se trata de dar... Penétrese usted bien de nuestras intenciones. De este modo al Alto-Marne, en donde los republicanos figuran en ínfima minoría, corresponden tan sólo tres detenciones. Al del Meuse, por el contrario, le tocan quince. En cuanto al departamento de usted, el del Soma, ¿no es esto? Decimos el Soma...

Y daba vuelta á las hojas, entornando los pesados

párpados. Por último, levantó la cabeza, y miró al funcionario cara á cara.

—Señor prefecto—le dijo,—son doce las prisiones que tiene usted que hacer.

El pálido hombrecillo se inclinó repitiendo:

—Doce prisiones... He comprendido perfectamente á Su Excelencia.

Pero se quedó perplejo, acometido de un ligero temblor que no quería demostrar. Después de unos minutos de conversación, como el ministro le despediese levantándose, se atrevió á preguntar:

—¿No podría Su Excelencia designarme las personas?...

—¡Oh! ¡prenda usted á quien mejor le parezca!... A mí no me es posible ocuparme de estos detalles. Sería el colmo... Parta usted esta noche, y proceda usted á las detenciones desde mañana mismo... ¡Ah! á pesar de todo aconsejo á usted que la empresa con la gente de viso. No faltan allí abogados, comerciantes, farmacéuticos, que se ocupan de política. Enciérreme usted á toda esa gente; el efecto será mayor.

El prefecto se pasaba la mano por la frente, con gesto de ansiedad, revolviendo ya su memoria, en busca de abogados, de comerciantes, de farmacéuticos. Y seguía moviendo la cabeza, expresando su aprobación. Pero Rougón no se dió sin duda por satisfecho de su actitud vacilante.

—No le ocultaré á usted—repuso,—que Su Majestad, en los momentos actuales, está descontentísimo del personal administrativo. Podría realizarse antes de mucho un gran movimiento prefectoral. Nos hacen falta hombres adictísimos en las graves circunstancias que atravesamos,

Esto produjo el efecto de un latigazo.

—Su Excelencia—exclamó el prefecto—puede contar conmigo. Ya he dado con mis hombres; hay un farmacéutico en Perona, un fabricante de paños y otro de papel en Doullens; en cuanto á abogados, no faltan; son una verdadera peste... ¡Oh! aseguro á Su Excelencia que encontraré los doce... Me tengo por un antiguo servidor del imperio.

Habló también de salvar al país y se marchó, inclinándose hasta los pies. El ministro, detrás de él, balanceaba su enorme humanidad, con semblante de duda; los hombres pequeños no le merecían confianza. Sin volverse á sentar, borró el departamento del Soma de la lista con un trozo de lápiz rojo. Más de las dos terceras partes de los departamentos se encontraban ya tachados. El gabinete conservaba el ahogado silencio de sus tapiernas verdes corroídas por el polvo, y por el graso olor con que la gordura de Rougón parecía llenarle.

Cuando volvió á llamar á Merle, se irritó de mala manera al ver que la antesala estaba siempre de bote en bote. Hasta le pareció ver á las dos damas que estaban junto á la mesa.

—Le dije á usted que despidera á todo bicho viviente—gritó.—Tengo que salir y no puedo recibir á nadie.

—El señor director del *Voto nacional* está ahí,—murmuró el ujier.

Rougón lo había olvidado. Cruzó las manos tras de la espalda y dió orden de que se le introdujera. Era hombre que frisaba en los cuarenta, vestido con toda afectación y de semblante ordinario.

—¡Ah! estamos bien, caballero—dijo el minis-

tro con áspero acento.—Es imposible que las cosas continuen en el estado en que están; ¡se lo prevengo á usted!

Y, sin dejar de pasear arriba y abajo, puso á la prensa de vuelta y media. Lo desorganizaba todo, todo lo desmoralizaba é impelía á toda clase de desórdenes. Antes que por los periodistas, estaba por los bandidos que asesinan en los caminos reales; se cura de una puñalada, mas no así del veneno que suelta una pluma; y aun dió con otras comparaciones todavía más sorprendentes. Poco á poco se iba enardecendo, maltratábase á sí mismo, se agitaba furioso y emitía la voz con fragor de trueno. El director, que se había quedado en pie, agachaba la cabeza bajo aquel huracán, con el semblante humilde y consternado. Concluyó por decir:

—Si Vucencia se dignase explicarme... no se me alcanza bien por qué...

—¿Cómo por qué?—exclamó Rougón exasperado.

Y precipitándose hacia el bufete desdobló el periódico y señaló columnas por completo tildadas con lápiz rojo.

—No hay aquí ni siquiera diez líneas que no sean reprensibles. En vuestro artículo de fondo parece que ponéis en duda la infalibilidad del gobierno en punto á represión. En este articulillo, en la segunda página, parece que aluden ustedes á mi persona, hablando de los advenedizos cuyo triunfo es insolente. En sus gacetas se deslizan sucias y escandalosas historias, estúpidos ataques contra las clases elevadas.

El director, aterrado, juntaba las manos y trataba de inquirir siquiera una palabra.

—Juro á Vucencia... Estoy desesperado al ver

que Vuecencia haya podido suponer, ni por un solo instante... Yo, que abrigo por Vuecencia tan viva admiración...

Pero Rougón no le escuchaba.

—Y lo peor, caballero, es que nadie ignora los lazos que á usted unen á la administración. ¿Cómo los demás periódicos pueden respetarnos si los que nosotros pagamos no nos respetan? Desde por la mañana, todos mis amigos no hacen más que denunciarme tales abominaciones.

Entonces el director puso también el grito en el cielo. Aquellos artículos él no los había leído. A todos los redactores iba á ponerlos de patitas en la calle. Si Su Excelencia lo deseaba, todas las mañanas le enviaría una prueba del número. Rougón, alijerado ya de un peso, se negó; no tenía tiempo para ocuparse de ello. Y encaminaba al director hacia la puerta, cuando pensó otra cosa.

—Me olvidaba—dijo.—El folletín es de lo más asqueroso... Aquella mujer de buena educación, que engaña á su marido, es un detestable argumento contra la buena educación. No debe dejarse decir que una mujer de elevada clase pueda cometer una falta.

—El folletín tiene gran éxito—dijo en voz queda el director, volviendo á inquietarse.—Yo lo he leído y me ha parecido muy interesante.

—¡Ah! con que usted lo ha leído... Y bien, esa desgraciada ¿acaba al menos por sentir remordimientos?

El director se llevó la mano á la frente, aturdido, tratando de recordar.

—¿Remordimientos? No, estoy en que no.

Rougón había abierto la puerta, y la cerró tras él, gritando:

—¡Es de todo punto indispensable que sienta remordimientos!... ¡Exija usted al autor que la haga tener remordimientos!

con guante blanco y con aspecto ceremonioso y contristado. Era el primer adjunto. Acababa de ser avisado por su criada. Decía una y otra vez que el señor alcalde quedaría desesperado; el señor alcalde que no esperaba á Su Excelencia sino al día siguiente, se encontraba en su hacienda de los Varades, á diez kilómetros de allí. Tras del adjunto desfilaron todavía seis caballeros; enormes pies, gruesas manos, anchas caras macizas; el prefecto lo presentaba como miembros distinguidos de la Sociedad de estadística. Por último, el provisor del liceo llevó á su señora, deliciosa rubia de veintiocho abriles, parisina cuyos tocados tenían revolucionado á Niort. Se lamentaba amargamente á Rougón de la provincia.

Entretanto, el señor Kahn, que había comido con el ministro y el prefecto, veíase acosado con preguntas acerca de la solemnidad del día siguiente. Habíanse de dirigir á una legua de la ciudad, al arrabal llamado de los Molinos, ante la entrada de un túnel proyectado para la vía férrea de Niort á Angers; y allí Su Excelencia el ministro del Interior, pegaría fuego personalmente á la primera mina. Aquello pareció sublime. Rougón se hacía el bonachón; quería tan sólo honrar la tan laboriosa empresa de un antiguo amigo. Por lo demás, él se tenía por hijo adoptivo del departamento de los Deux-Sèvres, que en pasados tiempos le había enviado á la Asamblea legislativa. En rigor de verdad, el objeto de su viaje, con gran empeño aconsejado por Du Poizat, no era otro que el de exhibirle en todo su poderío á sus antiguos electores, á fin de asegurar por completo su candidatura para el caso

Rougón había escrito á Du Poizat y al señor Kahn para que se le evitase la molestia de una recepción oficial á su entrada en Niort. Llegó un sábado por la tarde, allá á las siete, y se dirigió directamente á la prefectura, con la idea de descansar hasta al día siguiente al medio día; sentíase muy ajetreado. Pero después de la comida presentáronse algunas personas, pues la noticia de la presencia del ministro había ya corrido por la ciudad. Abrióse la puerta de un saloncito, inmediato al comedor, y se organizó un poquito de velada. Rougón, en pie entre las dos ventanas, se vió en la dura necesidad de ahogar sus bostezos y de contestar amablemente á las enhorabuenas de bienvenida.

Un diputado del departamento, aquel padre de la patria que había heredado la candidatura oficial del señor Kahn, se presentó el primero, azorado, de levita y pantalón de color; ofrecía sus excusas y explicaba que volvía á pie de una de sus granjas, pero que, fuere del modo que fuere, había querido saludar sin perder un instante á Su Excelencia. Después un hombre grueso y pequeño hizo su aparición, cinchado en un traje negro bastante estrecho

de que un día se propusiese entrar en el Cuerpo legislativo.

Por las ventanas del saloncito veíase la ciudad oscura y dormida. Nadie más se presentaba ya; habíase sabido demasiado tarde la llegada del ministro. Aquello constituía un triunfo para las celosas personas que se encontraban allí. No hablaban de dejar su puesto y se henchían con la satisfacción de ser los primeros en poseer á Su Excelencia en íntima reunión. El adjunto repetía más alto y con voz enferma, tras de la cual se traslucía, no obstante, gran jubilación:

—¡Santo Dios! ¡Qué contrariado va á sentirse el señor alcalde!... Pues ¡y el señor presidente! ¡y el señor procurador imperial!... Pues ¡y todos esos señores!...

A las nueve, sin embargo, púdose creer que la ciudad se encontraba en la antesala. Oyóse un imponente rumor de pasos. A seguida un criado entró á decir que el señor comisario central deseaba ofrecer sus respetos á Su Excelencia. Quien entró fué Gilquin, Gilquin arrogante, de frac, con guantes color de paja y botinas de cabrito. Du Poizat le había dado entrada en su departamento. Gilquin, muy en su puesto, tan sólo conservaba de sus antiguos hábitos un balanceo un tanto atrevido de hombros y la manía de no separarse jamás de su sombrero; llevábalo apoyado en la cadera, ligeramente ladeado, en la estudiada actitud de alguna estampa de sastre, que debió de cautivarle. Inclínose ante Rougón, mascullando con exagerada humildad:

—Ofrézcome á la buena memoria de Su Excelencia, con quien he tenido el honor de encontrarme muchas veces en París.

Rougón se sonrió, y estuvieron hablando unos instantes. Gilquin pasó en seguida al comedor, en donde acababan de servir el té. Allí encontró al señor Kahn, en disposición de examinar, en un extremo de la mesa, la lista de las invitaciones para el día siguiente. En el saloncito hablábase á la sazón de las grandezas del reino; Du Poizat, en pie, al lado de Rougón, ponía en las nubes el imperio, y ambos cambiaban sus cortesías, como si se felicitasen por una obra personal, á la faz de los Niortenses, que estaban con tanta boca abierta, poseídos de respetuosa admiración.

—¡No se dan poca prisa esos farsantes!—murmuró Gilquin, que contemplaba la escena por la puerta abierta de par en par.

Y, mientras echaba ron en el té, dió con el codo al señor Kahn. Du Poizat, delgaducho y colorado, con sus blancos dientes mal avenidos y su rostro de niño calenturiento, iluminado por el triunfo, hacía reír de satisfacción á Gilquin, quien le encontraba «muy distinguido».

—¿Eh? ¿No le vió usted llegar al departamento?—prosiguió en voz queda.—Yo venía con él. Pisaba fuerte con ademán de perdonavidas. Vaya, debía abrigar ruda saña contra la gente de aquí. Desde que se halla en la prefectura, se deleita vengándose de su infancia. Y los burgueses que le conocieron pobre diablo en aquellos tiempos, no se muestran hoy muy ansiosos de dirigirle sonrisas cuando pasa; ¡se lo aseguro á usted!... ¡Oh! es un prefecto todo en una pieza, un hombre dedicado por completo á su obligación. No se parece mucho á ese Langlade, á quien hemos reemplazado, muchacho afortunadísimo en amores, rubito como una jovencita... Hasta en las

repisas del gabinete hemos encontrado fotografías de damas con escandalosos escotes.

Gilquin se calló por un instante. Creyó percatarse de que, desde un rincón del saloncito, la mujer del provisor no le quitaba ojo. Entonces, queriendo hacer patentes las gracias de su persona, adoptó una actitud irresistible para seguir diciendo á Kahn:

—¿No le han contado á usted la entrevista de Du Poizat con su padre? ¡Oh! ¡ha sido la aventura más chusca del mundo!... Ya sabe usted que el viejo es un antiguo alguacil que ha reunido una buena suma prestando á tanto por semana y que ahora vive encerrado como un lobo en el fondo de una casuca en ruinas, con escopetas cargadas en el vestíbulo... Pues bien, Du Poizat, á quien veinte veces ha vaticinado la horca, soñaba, desde mucho tiempo hacía, en hundirle. Esto entraba por gran parte en su anhelo de ser prefecto aquí... Así, pues, una mañana, mi Du Poizat se echó encima su más hermoso uniforme, y, con el pretexto de girar una visita, fué á llamar á la puerta del viejo. Estuvieron parlamentando un buen cuarto de hora, y por último el padre se determinó á abrir. Es un viejecillo de color lívido, que contempló con tanta boca abierta los bordados del uniforme. ¿Y sabe usted con la que salió á la segunda frase, cuando supó que su hijo era prefecto? «Mira, Leopoldo, haz por manera que no vuelvan á cobrarme las contribuciones». En resumidas cuentas, el usurero no experimentó ni emoción ni sorpresa... Cuando Du Poizat volvió á su casa se mordía los labios de coraje y tenía la cara blanca como la cera. La tranquilidad de su padre le sacaba de quicio. Y el viejo es ni más ni menos que un sujeto sobre cuyas espaldas no se subirá jamás.

El señor Kahn movía discretamente la cabeza. Habíase metido en el bolsillo la lista de las invitaciones, y tomaba á su vez una taza de café, dirigiendo miradas al salón vecino.

—Rougón se duerme en pie. Esos mentecatos habrían de dejar que se fuera á meter en la cama. Preciso es que cuente con todas sus grandes aptitudes para mañana.

—No le había vuelto á ver—repuso Gilquin.—Se ha puesto más grueso.

Luego, bajó aún más la voz y repitió:

—¡Son de lo que no hay esos mozos!... Habían armado no sé qué entuchada en el momento del gran golpe. Por mi parte, yo se lo tenía prevenido. Al día siguiente, ¡cataplún! Sucedió lo que había de suceder. Rougón sostiene que fué á la prefectura, en donde nadie quiso creerle. En fin, eso es cosa suya, y no hay para qué hablar más... Ese bestia de Du Poizat me convidó á un famoso almuerzo en un café de los bulevares. ¡Oh, qué día! La velada tuvimos que pasarla en el teatro; no guardo de todo ello gran memoria, porque dormí dos días á pierna suelta.

Sin duda encontraba Kahn comprometedoras las confidencias de Gilquin, así fué que dejó el comedor. Entonces, Gilquin, habiéndose quedado solo, llegó á persuadirse de que la mujer del provisor le miraba con interés. Volvió, pues, al salón, y, apresurándose á ponerse á su lado, acabó por llevarle té, pastelillos y *bríoches*. Hallábase en realidad bien trajeado; tenía sus apariencias de hombre de alto copete, pero mal educado, lo que, no obstante, parecía enternecer poco á poco á la apetitosa rubia.

Entretanto, el diputado hacía patente la necesidad de una nueva iglesia en Niort, el adjunto pedía un

puente, el provisor hablaba de ensanchar el edificio del liceo, mientras que los seis miembros de la Sociedad de estadística, sin decir esta boca es mía, asentían á todo con la cabeza.

—Ya veremos mañana, señores—contestaba Rougón con los párpados medio caídos.—Aquí estoy para enterarme de vuestras necesidades y dar cumplimiento á vuestras demandas, si son justas.

Dieron las diez, cuando un doméstico se acercó á decir algo al prefecto, quien se inclinó en seguida al oído del ministro. Este se apresuró á salir de la habitación. Madama Correur le esperaba en una pieza inmediata; hallábase con una muchacha alta y flacucha, de rostro insignificante y sin animación y salpicado de rubicundas pecas.

—¡Cómo! ¡Usted en Niort!—exclamó Rougón.

—Tan sólo desde esta tarde—dijo madama Correur.—Nos hemos apeado ahí en frente, plaza de la Prefectura, hotel de París.

Y refirió que llegaba de Coulonges, en donde había pasado dos días. Y luego, interrumpiéndose para presentar á la joven zanquilarga:

—La señorita Herminia Villecoq, que ha tenido la bondad de acompañarme.

Herminia Villecoq hizo una ceremoniosa cortesía. Madama Correur prosiguió:

—No he hablado á usted de este viaje, porque tal vez me habría usted reñido; pero era cosa superior á mí, quería ver á mi hermano... En cuanto supe el viaje de usted á Niort, me apresuré á venir. Estábamos en acecho y le vimos entrar en la prefectura; sólo que hemos creído preferible presentarnos muy tarde. Son lenguas tan viperinas las de estas ciudades pequeñas...

Rougón asintió con la cabeza. Madama Correur,

en efecto, gruesa, llena de pintura y vestida de amarillo, parecía comprometedora en una ciudad de provincia.

—¿Y ha visto usted á su hermano?—le preguntó.

—Sí, sí,—murmuró con los dientes apretados,—lo he visto. La señora de Martineau no se ha atrevido á echarme á la calle. Había tomado la pata y estaba quemando azúcar. ¡Pobre hermano mío! Bien sabía yo que estaba enfermo, mas esto no quita que me haya llevado el gran susto al verle tan en los huesos. Me ha prometido no desheredarme, porque esto estaría en pugna con sus principios. El testamento está otorgado, y la herencia debe repartirse entre la señora de Martineau y mi persona. ¿No es eso, Herminia?

—La herencia debe ser repartida—afirmó la joven.—Lo dijo así que entró usted y lo repitió cuando le señaló á usted la puerta. ¡Oh! no hay que ponerlo en duda; lo ví con estos ojos.

Entretanto Rougón empujaba á ambas mujeres, diciendo:

—Bien, me alegro infinito. Ahora se sentirá usted más tranquila. Ya se sabe, los disgustos de familia acaban siempre por arreglarse... Vaya, buenas noches; me voy á acostar.

Pero madama Correur le contuvo. Había sacado el pañuelo del bolsillo y se enjugaba los ojos, pasado de repentino ataque de desesperación.

—¡El pobre Martineau!... ¡Ha sido tan bueno, me ha perdonado con tanta espontaneidad!... Si usted supiese, amigo mío... Por él es por quien he acudido aquí, para interceder en favor suyo...

Las lágrimas le cortaron la palabra. Sollozaba á más no poder, y Rougón, asombrado, no acertaba á comprender, y miraba á las dos mujeres. La seño-

rita Herminia Villecoq también lloraba, aunque con más discreción; era la mar de sensible, y su sensibilidad era por demás contagiosa. Ella fué la primera en balbucear:

—El señor Martineau se ha comprometido en la política.

Entonces madama Correur se puso á hablar con expedita lengua.

—Ya se acordará usted—le dijo,—que un día le expuse á usted mis temores. Dábame el corazón que Martineau se hacía republicano. En las últimas elecciones se había exaltado y había hecho una encarnizada propaganda en favor del candidato de oposición. Yo sabía detalles que no quiero expresar. En fin, todo tenía que dar mal resultado. En cuanto llegué á Coulonges, en el León de oro, en donde tomamos una habitación, interrogué al servicio y llegué á saber muchos más detalles. Martineau ha cometido un sin fin de necedades, y á nadie le hubiera parecido extraño en la comarca, si se hubiese sabido contener. Se espera de un instante á otro que se lo lleven los gendarmes... ¡Figúrese usted qué trastorno para mí! Y me he acordado de usted, amigo mío...

De nuevo su voz quedó ahogada por los sollozos. Rougón procuraba tranquilizarla. Hablaría del asunto á Du Poizat, quien detendría las diligencias, si se hubiesen empezado. Y hasta dejó escapar estas palabras:

—Soy el amo, váyase usted á dormir tranquila.

Madama Correur movió á un lado y otro la cabeza, restregándose los secos ojos con el pañuelo. Y acabó por continuar diciendo á media voz:

—No, no, usted no lo sabe todo. La cosa es más grave de lo que usted se figura... Sepa usted que lleva

á la señora de Martineau á misa y él se queda á la puerta, haciendo como que jamás pone los pies en la iglesia, lo que constituye un motivo de escándalo uno y otro domingo. Frecuenta mucho la amistad de un antiguo abogado, retirado allí, un individuo del 48, con el que se le oye hablar horas y horas, de cosas terribles. Hanse visto á menudo hombres de mala catadura deslizarse durante la noche en su jardín, sin duda para tomar santo y seña.

A cada detalle Rougón se encogía de hombros; pero la señorita Herminia Villecoq agregaba vivamente:

—¿Y las cartas que recibe de todas las naciones con sellos rojos?... el cartero es quien nos lo ha dicho. Se negaba á hablar y estaba blanco como el papel. Tuvimos que darle veinte sueldos... ¿Y el último viaje de Martineau hace un mes?... Estuvo ocho días ausente sin que nadie de aquí pueda saber hasta la fecha á dónde ha ido. La dueña del Lion d'or nos ha asegurado que ni siquiera llevaba maleta.

—Herminia, por favor—dijo madama Correur con semblante de inquietud.—Aunque Martineau se ha metido en un berengenal, no nos toca á nosotros empeorar su situación.

Entonces Rougón escuchaba, fijándose, una tras otra, en las dos mujeres. Púsose muy serio.

—Si está comprometido hasta ese punto...

Creyó ver encenderse una viva llama en los azorados ojos de madama Correur. Y prosiguió diciendo:

—Haré cuanto esté de mi mano, mas no prometo nada.

—¡Ah! ¡está perdido, y bien perdido!—exclamó madama Correur.—Lo veo bien, sí, señor... No queremos decir nada. Si lo dijésemos todo...

Se interrumpió para morder el pañuelo.

—¡Yo que no le había visto desde hace veinticinco años! Y lo encuentro para no volverle á ver quizás!... ¡Ha sido tan bueno, tan bueno!...

Herminia movió ligeramente los hombros, y hacía señas á Rougón para darle á entender que había que perdonar la desesperación de una hermana, pero que el viejo notario era el peor de los granujas.

—Yo en lugar de usted—repuso,—lo diría todo. Preferible sería.

Entonces, madama Correur pareció resolverse á hacer un gran esfuerzo; y bajó aún más la voz.

—Ya hará usted memoria de los *Te Deum* que se cantaron en todas partes, cuando el emperador quedó tan milagrosamente salvado, delante de la Opera. Pues bien, el día en que se cantó en Coulonges, un vecino preguntó á Martineau si no iba á la iglesia, y aquel desventurado preguntó á su vez: «¿Para qué ir á la iglesia? Yo me río del emperador.»

—«¡Me río del emperador!»—repitió la señorita Herminia con acento de consternación.

—¿Comprende usted ahora mis temores?—prosiguió diciendo la antigua dueña de hotel.—Ya se lo he dicho á usted, si llegasen á echarle mano, nadie en el país lo llegaría á extrañar.

Al pronunciar esta frase, miraba á Rougón de hito en hito. El grande hombre no habló en seguida. Parecía interrogar por última vez á aquel grueso y flácido rostro, en el que unos pálidos ojos pestañeaban bajo los rubios y ralos pelos de las cejas. Detúvose por un instante contemplando aquel cuello rollizo y blanco, y, por último, abrió los brazos, exclamando:

—Nada puedo, se lo aseguro á usted. Yo no soy el amo.

Y alegó sus motivos. Sentía sus escrúpulos, decía, al intervenir en aquella clase de asuntos. Si la justicia tomaba cartas, las cosas habrían de seguir su curso. Habría preferido no conocer á madama Correur, porque la amistad que le profesaba iba á atarle las manos; había jurado no prestar nunca ciertos favores á sus amigos. En fin, procuraría informarse, y trataba de consolarla, como si su hermano estuviese ya en viaje para alguna colonia. La dama bajaba la cabeza, y le acometían ciertos hipoes que zarandeaban el enorme envoltorio de cabellos rubios con que recargaba el cogote. A pesar de todo, se tranquilizaba; y al despedirse, empujó á Herminia por delante de ella, diciendo:

—La señorita Herminia Villecoq... Ya se la tengo á usted presentada, según creo. Esta es la señorita á quien hemos conseguido dotar. El oficial, su seductor, no ha podido todavía casarse con ella, á causa de las formalidades, que empiezan y no acaban... Dé usted las gracias á Su Excelencia, niña mía.

La grandullona dió las gracias poniéndose como un pimiento, con la carita de una inocente ante la cual se ha dejado escapar alguna palabreja de color subido. Madama Correur la dejó salir delante; después, estrechando con fuerza la mano de Rougón é inclinándose hacia él, agregó:

—Cuento con usted, Eugenio.

Cuando el ministro volvió al saloncito, le encontró sin un alma. Du Poizat había conseguido despedir al diputado, al primer adjunto y á los seis miembros de la Sociedad de estadística. Hasta el señor Kahn se había largado, no sin haber pedido cita para el día siguiente, á las diez. No quedaban en el comedor más que la esposa del provisor y el

intrépido Gilquin, que embaulaba pastelillo tras pastelillo, habla que te habla de París; Gilquin dirigía tiernísimas miradas, hablaba de las corridas, del Salón de pintura, de una primera representación en la Comedia francesa, con la desenvoltura del hombre para quien todas las sociedades le eran conocidas y tratadas. Entretanto, el provisor daba en voz baja al prefecto noticias concernientes á un profesor de colegio, sospechado de republicanismo. Eran las once. Levantáronse y saludaron á Su Excelencia. Retirábase Gilquin con el provisor y su mujer, á quien ofrecía el brazo, cuando Rougón le detuvo, diciéndole:

—Una palabra, señor comisario central, se lo suplico á usted.

Así que estuvieron solos, dirigióse á la vez al comisario y al prefecto:

—¿Qué es lo que hay tocante al asunto Martineau?... ¿Está, en realidad, ese hombre tan comprometido?

Gilquin se sonrió ladinamente. Du Poizat proporcionó algunos detalles.

—En verdad que no pensaba en él. Ha sido denunciado, y he recibido cartas... Es seguro que se ocupa de política; pero son ya cuatro las detenciones que se han realizado en el departamento. Yo habría preferido, para llegar al número de cinco que usted me había fijado, poner á la sombra á un profesor de cuarta clase que lee á sus discípulos libros revolucionarios.

—Han llegado á mi noticia hechos muy graves—dijo severamente Rougón.—Las lágrimas de su hermana no deben ser parte para salvar á ese Martineau, si en realidad es tan peligroso. Enciérrase aquí una cuestión de salvación pública.

Y volviéndose hacia Gilquin:

—¿Qué piensa usted acerca de esto?—le preguntó.

—Yo procedería mañana mismo al arresto—contestó.—Estoy perfectamente enterado del asunto; he visto á madama Correur en el hotel de París, en donde cómo, por regla general.

Du Poizat no hizo ninguna objeción. Sacó una carterita del bolsillo, borró un nombre para escribir otro encima, mientras recomendaba al comisario central que no dejase de vigilar, de todos modos, al profesor de cuarta. Rougón acompañó á Gilquin hasta la puerta. Allí continuó:

—Ese Martineau está un poco enfermo, según creo. Vaya usted en persona á Coulonges. Muéstrese usted bondadoso en lo posible.

Pero Gilquin se irguió como ofendido. Echó en olvido todo respeto y tuteó á Su Excelencia.

—Qué, ¿me tomas por un indecente espía?—exclamó.—Que Du Poizat te refiera la historia de ese boticario, á quien prendí en la cama anteayer. Tenía acostada con él á la mujer de un alguacil. Nadie ha sabido una palabra... Yo obro siempre como hombre de mundo.

Rougón durmió nueve horas con profundo sueño. Cuando al día siguiente, sobre las nueve y media, abrió los ojos, mandó llamar á Du Poizat, quien llegó con el cigarro en la boca, muy alegre y satisfecho. Estuvieron hablando y bromeando como en otro tiempo, cuando vivían en casa de la señora Melania Correur, y cuando iban á despertarse, por las mañanas dándose golpes en las desnudas posaderas. En tanto que se iba lavando y acicalando Su Excelencia, pidió al ministro detalles sobre el país, sobre las historias de los empleados, sobre las

necesidades de unos y las vanidades de los demás. Quería proveerse para cada uno de una frase galante y cariñosa.

—No tema usted, yo le apuntaré,—dijo Du Poizat riendo.

Y, en breves frases, le puso al corriente, informándole acerca de los personajes que á él se acercaban. A veces Rougón hacía que le repitiese un hecho para fijarlo mejor en la memoria. A las diez llegó el Sr. Kahn, almorzaron los tres, poniéndose de acuerdo acerca de los últimos detalles de la solemnidad. El prefecto pronunciaría un discurso, y otro el Sr. Kahn. Rougón sería el último en tomar la palabra. Pero vendría á las mil maravillas el provocar un cuarto discurso. Por un instante pensaron en el alcalde, sólo que Du Poizat lo disputaba por sobrado zoquete, y por lo tanto, aconsejó que se eligiera al ingeniero jefe de puentes y calzadas, quien parecía naturalmente indicado, mas cuyo espíritu de acerada crítica era temido por Kahn. Este, por último, al levantarse de la mesa, se llevó al ministro á parte para indicarle los puntos sobre los cuales sería oportuno verle insistir en su perorata.

La cita era para las diez y media, en la prefectura. El alcalde y el primer adjunto se presentaron á una; el alcalde balbuceaba; estaba desesperado por no haberse encontrado en Niort, el día anterior; mientras que el primer adjunto parecía darse lustre preguntando á Su Excelencia si había pasado buena noche y si se hallaba repuesto del cansancio. A continuación se presentaron el presidente del tribunal civil, el procurador imperial y sus dos substitutos, el ingeniero jefe de puentes y calzadas, á los cuales siguieron, uno tras otro, el administra-

dor de contribuciones y el registrador de hipotecas. Muchos de aquellos caballeros se habían presentado con sus señoras. La esposa del provisor, la linda rubia, con traje azul celeste del más seductor efecto, causó verdadera emoción; rogó á Su Excelencia que dispensase á su marido, postrado en el liceo por un ataque de gota, que le había acometido la víspera al volver á casa. En esto otros personajes iban llegando: el coronel del 78.º de línea, acuatelado en Niort, el presidente del tribunal de comercio, los dos jueces de paz de la ciudad, el conservador de aguas y bosques, acompañado de sus tres señoritas, consejeros municipales, delegados de la Cámara consultiva de artes y oficios, de la Sociedad de estadística, y del Consejo de los Prohombres.

La recepción tenía lugar en el gran salón de la prefectura. Du Poizat era el encargado de hacer las presentaciones. El ministro sonreía, con flexibilidad de espinazo, y acogía á todas las personas como si se tratase de antiguos conocidos. Habló al procurador imperial, con gran elogio, de una requisitoria, pronunciada últimamente por él en una cuestión de adulterio; al director de contribuciones directas le preguntó con conmovido acento, noticias de madama, encamada hacía dos meses; detuvo un instante al coronel del 78.º de línea, para hacerle saber que no ignoraba los brillantes estudios de su hijo en Saint-Cyr; habló de calzado con un consejero municipal que poseía grandes talleres de zapatería, y entabló, con el registrador de hipotecas, arqueólogo entusiasta, una discusión sobre cierta piedra druidica descubierta la semana anterior. Cuando titubeaba, en busca de la adecuada frase, el gran Du Poizat salía en su ayuda, con palabrita hábilmente apuntada. Por lo demás, conservaba una serenidad pasmosa.

Cuando el presidente del tribunal de comercio entró y se inclinó ante él, exclamó Rougón en tono afable:

—Se halla usted solo, señor presidente. Confío muy mucho en que traerá usted á madama al banquete de esta noche...

Detúvose al observar en torno suyo la cortedad y timidez que se retrataba en los rostros. Du Poizat le empujó ligeramente con el codo. Recordó entonces que el presidente del tribunal de comercio vivía separado de su mujer á consecuencia de ciertos sucesos escandalosos. Habíase equivocado, había creído hablar al otro presidente, al del tribunal civil. Aquello no turbó, sin embargo, ni poco ni mucho, su olímpica serenidad. Sonriendo siempre, sin tratar de remediar su torpeza, repuso con toda finura:

—Tengo una buena noticia que anunciar á usted, señor. Sé que mi colega el guarda sellos, le tiene á usted indicado para una condecoración. Es una indiscreción por parte mía: guárdeme usted el secreto.

El presidente del tribunal de comercio se puso colorado hasta las orejas: la alegría no le dejaba respirar. A su alrededor, todo el mundo se daba prisa para felicitarle; mientras que Rougón tomaba mentalmente nota de aquella cruz concedida tan á propósito, para no olvidarse de prevenirlo á su colega. A quien condecoraba era al marido engañado. Du Poizat salió con una sonrisa de admiración.

En esto ya había más de cincuenta personas en el gran salón. Seguíase esperando á otras; los rostros aparecían mudos y las miradas comprimidas.

—El tiempo se echa encima y se podría partir— dijo el ministro.

Pero el prefecto se inclinó, para significarle que

el diputado, el antiguo adversario del señor Kahn, no se hallaba todavía allí. Por fin, éste entró sudando la gota gorda; su reloj debía de haberse parado y no comprendía una palabra. Y luego, queriendo recordar á todos los presentes su visita de la víspera, empezó una frase:

—Como dije ayer á Su Excelencia...

Y echó á andar al lado de Rougón, anunciándole que al día siguiente daría la vuelta á París. Las vacaciones de Pascuas habían terminado el martes y las sesiones se habían reanudado. Pero había creído que debía permanecer unos días más en Niort para hacer los honores del departamento á Su Excelencia.

Todos los invitados se habían apeado en el patio de la prefectura, en donde una decena de coches, colocados á ambos lados de la escalinata, estaban esperando. El ministro, con el diputado, el prefecto y el alcalde, subió á una carretela que se puso á la cabeza. Los demás invitados se acomodaron lo más gerárquicamente que les fué posible; había otras dos carretelas, tres victorias y charabanes de seis y de ocho asientos. En la calle de la Prefectura el desfile se organizó. Arrancaron á trote ligero. Las cintas de los sombreros de las damas revoloteaban, mientras que sus faldas se desbordaban de las portezuelas. Los sombreros negros de los caballeros resplandecían al sol. Fué preciso atravesar toda una parte de la ciudad. A lo largo de las angostas calles, el desigual empedrado hacía saltar bruscamente los carruajes, que atravesaban con estruendo de ferretería. Y desde todas las ventanas, desde todas las puertas, los niortenses saludaban sin lanzar el menor grito, buscando á Su Excelencia, sorprendidísimos al ver la burguesa le-

vita del ministro, formando pareja con el traje bordado de oro del prefecto.

Al salir de la ciudad, los coches rodaron por un ancho paseo plantado de magníficos árboles. El tiempo era muy suave, un hermoso día de abril, con cielo claro y resplandeciente sol. El camino, recto y liso, se hundía por en medio de jardines cuajados de lilas y de albaricoqueros en flor. Después los campos se extendían en inmensos cultivos, cortados de trecho en trecho por macizos de árboles. En los coches se mantenían animadas conversaciones.

—Esta es una fábrica de hilados, ¿verdad?—dijo Rougón, á cuyo oído el prefecto se inclinaba.

Y dirigiéndose al alcalde, le señalaba el edificio de rojos ladrillos que se veía á la orilla del agua.

—¿Estoy en que esa fábrica es de la propiedad de usted?... Háseme hablado de su nuevo sistema de cardaje para las lanas. Procuraré aprovecharme del primer instante para visitar todas esas maravillas.

Pidió noticias sobre la pujanza motriz del río. A su modo de ver, los motores hidráulicos, en buenas condiciones, ofrecían enormes ventajas. Y dejó maravillado al alcalde por sus conocimientos técnicos. Los otros vehículos seguían en delicioso desorden. Oíanse las conversaciones, atestadas de números, en medio del tróte ensordecedor de los caballos. Una risa argentina hizo que se volvieran todas las cabezas; era la mujer del provisor, cuya sombrilla acababa de posarse volando sobre un montón de grava.

—Usted posee una granja por estos contornos—repuso Rougón sonriendo al diputado.—Allí veo, sobre aquella ladera, si no me equivoco... ¡Qué prados tan magníficos! Sé, además, que se dedica usted á

la cría de ganados, y que en los últimos concursos agrícolas obtuvo usted medallas por sus soberbios ejemplares de raza bovina.

Entonces la conversación se extendió sobre la ganadería. Los prados, inundados por el sol, presentaban una suavidad de terciopelo verde. Las flores abundaban que era un encanto é inmensos cortinajes de álamos transparentaban en el horizonte rayos de luz, rincones encantadores de paisaje.

Una vieja que conducía un asno, tuvo que parar al animal al borde del camino para dejar pasar la comitiva. El borrico se puso á rebuznar, asustado sin duda por aquella procesión de carruajes, cuyos charolados paños relucían en la campiña. Las damas con sus vistosos tocados y los caballeros calzados de guantes, mantuvieron su seriedad.

Se remontó á la izquierda una ligera cuesta; Después se volvió á bajar, habíase llegado. Era aquél un hueco entre las tierras, el callejón sin salida de un angosto valle, una especie de agujero estrechado entre tres colinas que formaban muralla. De la campiña circundante, alzando los ojos, tan sólo se veían, destacándose en el claro cielo, los agujereados esqueletos de dos molinos en ruinas. Allí, en el fondo, en medio de un bancal de hierbas, habíase levantado una tienda de campaña, de tela gris, ribeteada de ancho galón rojo, con trofeos de banderas en los cuatro lados. Un millar de curiosos, que habían llegado á pie, burgueses, señoras, labriegos del arrabal, se escalonaban á la derecha, del lado de la sombra, costeano el anfiteatro formado por una de las laderas. Delante de la tienda, un destacamento del 78.º de línea se encontraba bajo las armas, en frente de los bomberos de Niort, cuyo

perfecto orden era digno de alabanzas, mientras que á la orilla de la pradera, una banda de obreros, con blusas nuevas, se hallaba en espera, llevando á su frente ingenieros abrochados en sus levitas. En cuanto aparecieron los carruajes, la Sociedad filarmónica de la ciudad, Sociedad compuesta de instrumentistas aficionados, rompió á tocar la sinfonía de la *Dama blanca*.

—¡Viva Su Excelencia!—gritaron algunas voces, que quedaron sofocadas por el ruido de los instrumentos.

Rougón bajó del coche. Alzó los ojos y miró el agujero en cuyo fondo se encontraba, contrariado por aquella angostura del horizonte, por parecerle que empequeñecía la solemnidad. Y se mantuvo un instante en pie sobre la hierba, esperando que se le fuese á dar la bienvenida. Por último acudió el señor Kahn. Habíase escapado de la prefectura tan luego como terminó el almuerzo; acababa de examinar, tan sólo por prudencia, la mina á que Su Excelencia debía prender fuego. El fué quien acompañó al ministro hasta la tienda, á donde le siguieron los invitados. Hubo unos instantes de confusión. Rougón pedía que se le facilitaran detalles.

—¿Luego es en esta zanja en donde debe de abrirse el túnel?

—Así es—contestó el señor Kahn.—La primera mina está cavada en esa peña rojiza, en donde Vuecencia ve una bandera.

La ladera del fondo, empezada á abrir con el azadón, dejaba al desnudo la roca. Unos arbustos arrancados se veían entre los escombros. Habíase sembrado de flores el suelo de la zanja. El señor Kahn volvió á indicar con la mano el trazado de la vía férrea, marcada por una doble hilera de ja-

lones, provistos de trozos de papel blanco, por en medio de los senderos, de las hierbas y de los zarzales. Era aquél un ameno rincón de la naturaleza, cuya gracia había de desaparecer.

Las autoridades habían acabado por guarecerse bajo la tienda. Los curiosos, detrás, se inclinaban para ver por entre las telas. La Sociedad filarmónica daba fin á la sinfonía de la *Dama blanca*.

—Señor ministro—dijo de pronto una voz aguda que vibró en medio del silencio,—tengo viva satisfacción al ser el primero en dar las gracias á Vuecencia por haberse dignado aceptar la invitación que nos hemos permitido dirigirle. El departamento de los Deux-Sèvres guardará eterno recuerdo...

Era Du Poizat quien acababa de tomar la palabra. Hallábase á tres pasos de Rougón, y ambos estaban en pie; y, al llegar á ciertas cadencias de frase, inclinaban la cabeza el uno hacia el otro. Así habló un buen cuarto de hora, recordando al ministro la brillante manera con que había representado al departamento en la Asamblea legislativa; la ciudad de Niort había inscrito su nombre en sus anales, como el de un gran bienhechor, y ardía en deseos de testimoniárle su vivo agradecimiento en cuantas ocasiones se presentaran. Du Poizat se había encargado de la parte política y práctica. A veces su voz se perdía en el espacio, y entonces tan sólo se veían sus ademanes, reducidos á un movimiento regular de su brazo derecho; y el millar de curiosos escalonados en la ladera, se interesaban lo que no era decible por los bordados de su manga, cuyo oro resplandecía á la luz del sol.

En seguida el señor Kahn se adelantó hasta el centro de la tienda. Tenía voz estentórea, y en ciertas

ocasiones parecía que ladraba las palabras. El fondo del valle formaba el eco, que devolvía los finales de frase sobre los cuales se apoyaba con sobrada complacencia. Refirió sus incesantes esfuerzos, los estudios, los pasos y diligencias que había tenido que hacer durante cerca de cuatro años, para dotar al país de una nueva vía férrea. Ahora todas las prosperidades iban á llover sobre el departamento; los campos se verían fertilizados, las fábricas duplicarían su producción, la vida comercial penetraría hasta en los pueblos más humildes. Al oírle no parecía sino que los Deux-Sèvres se convertían, en sus poderosas manos, en un país de Jauja, con ríos de leche y miel, con bosques encantados, en donde esperaban al transeunte mesas cargadas de las mejores viandas. Luego, de golpe y porrazo, se descolgó con una modestia sin límites. Ninguna gratitud se le debía, no habría llevado á buen término tan vasto proyecto, á no ser por la decidida protección de la persona de quien tan orgulloso se sentía. Y, volviéndose hacia Rougón, llamóle «el ilustre ministro, el defensor de todas las ideas nobles y útiles». Al terminar, enalteció las ventajas económicas del negocio. En la Bolsa las acciones se arrebatában de las manos. ¡Dichosos los rentistas que habían podido colocar su dinero en una empresa, á la cual Su Excelencia el ministro del interior quería unir su nombre!

—¡Bien, muy bien!—murmuraron algunos invitados.

El alcalde y muchos representantes de la autoridad estrecharon la diestra del señor Kahn, quien fingía hallarse muy conmovido. En la parte de afuera se aplaudía á más no poder. La Sociedad filarmónica creyó de su deber emprenderla con un paso

redoblado, pero el primer adjunto se precipitó y mandó un bombero para que callase la música. Durante este tiempo, bajo la tienda de campaña, el ingeniero de puentes y calzadas, titubeaba y decía que no traía nada preparado; pero la insistencia del prefecto hizo que se decidiera. El señor Kahn, lleno de inquietud, susurró al oído de éste:

—Ha hecho usted mal; es peor que la sarna.

El ingeniero jefe era un hombre alto y delgado, que se jactaba de manejar la ironía. Hablaba muy despacio, torciendo un lado de la boca cuantas veces quería lanzar un epígrama. Empezó por anonadar al señor Kahn á copia de elogios. Después se abrieron paso las alusiones malignas. En pocas palabras juzgó el proyecto del camino de hierro, con aquel desdén que los ingenieros del gobierno emplean para los trabajos de los ingenieros civiles. Trajo á la memoria el contra-proyecto de la compañía del Oeste, que debía atravesar por Thuars, insistió, sin que pareciera malicia, sobre el ángulo del trazado del señor Kahn, que favorecía el servicio de los altos hornos de Bressuire. Todo ello sin brutalidad alguna, mezclado con palabras amables, é hiriendo á alfilerazos, sentidos tan sólo por los iniciados. Todavía fué más cruel al terminar. Pareció dolerse de que «el ilustre ministro», viniese á comprometer su reputación en un negocio cuyo lado financiero causaba inquietudes á todos los hombres de experiencia. Se necesitarían sumas fabulosas; y serían de todo punto necesarios el mayor desinterés y la honradez más acrisolada. Y dejó escapar esta última frase con la boca aun más torcida:

—Estas inquietudes son quiméricas; estamos del todo tranquilizados, viendo como vemos al frente de la empresa á un hombre cuya opulencia y cuya

indiscuible probidad mercantil son bien conocidas en el departamento.

Un murmullo de aprobación circuló entre los presentes. Tan sólo algunas personas miraban al señor Kahn, quien se esforzaba en sonreír, con los labios como la cera. Rougón había escuchado, medio entornados los ojos, como molestado por la excesiva claridad. Cuando volvió á abrirlos, su mirada se había ensombrecido. Al principio habíase propuesto hablar con gran concisión; mas ahora tenía que salir á la defensa de uno de los suyos. Dió tres pasos y se encontró al borde de la tienda; y allí, con ademán, cuya amplitud parecía dirigirse á toda la atenta Francia, comenzó:

—Permitidme, señores, que traspase esas colinas con el pensamiento, que abarque el imperio todo con una mirada y hacer extensiva por tal modo la solemnidad que aquí nos reúne para ensalzar y glorificar la fiesta del trabajo industrial y mercantil. En el preciso instante en que os hablo, del norte al mediodía, se abren canales, se construyen vías férreas, se horadan montañas, se alzan puentes...

Reinó un profundo silencio. En medio de sus frases, percibíanse las rumorosas frondas y la estruendosa voz de una esclusa, allá en lontananza. Los bomberos, que por su marcial apostura rivalizaban, bajo el ardiente sol, con los soldados, dirigían miradas oblicuas, para ver hablar al ministro, sin tener que volver el pescuezo. En la falda de las colinas, los espectadores habían acabado por ponerse á su comodidad; las señoras se habían sentado, después de extender sus pañuelos en el suelo; dos caballeros, á quienes alcanzaba el sol, acababan de abrir los quitasoles de sus señoras. Y en esto la voz de Rougón iba tomando cuerpo, poco á poco. Parecía

hallarse molesto en el fondo de aquel agujero, como si el valle no hubiese contado con la suficiente amplitud para sus ademanes. Con sus manos, bruscamente extendidas hacia adelante, parecía querer despejar el horizonte á su alrededor. Dos veces seguidas dirigió su mirada al espacio infinito: mas sólo percibió allá arriba, un pedazo de cielo, en que se destacaban los molinos, cuyos desvencijados esqueletos crujían bajo el sol.

El orador se había apoderado del tema del señor Kahn, dándole mayores proporciones. No era ya tan sólo el departamento de los Deux-Sèvres, el que entraba en una era de prosperidad milagrosa, éralo también Francia entera, merced al empalme de las líneas de Niort á Angers. Durante diez minutos extendióse en enumerar los incalculables beneficios con que se verían colmadas las poblaciones. Elevó las cosas hasta el extremo de hablar de la mano de Dios. Después dió contestación al ingeniero jefe; no discutía su discurso, no hacía á él ninguna alusión; decía sencillamente todo lo contrario de lo que aquél había dicho; insistiendo sobre la abnegación del señor Kahn, mostrándole modesto, desinteresado, grandioso. La parte económica de la empresa, teníaale completamente tranquilo. Se sonreía y amontonaba con rápido ademán fuentes de riqueza. Entonces los bravos le cortaron la voz.

—Señores, una última palabra para terminar—dijo después de haberse secado los labios con el pañuelo.

La última palabra duró un cuarto de hora largo de talle. Se embriagaba é iba más allá de lo que habría querido. Hasta en la peroración, como si se hallase en la mayor grandeza del imperio y celebrando la alta inteligencia del emperador, dió

á entender que Su Majestad patrocinaba por modo especial el entronque de Niort con Angers. La empresa se convertía en negocio del Estado.

Resonaron tres salvas de aplausos. Una bandada de cuervos, que volaba en el puro cielo, á considerable altura, se espantó lanzando prolongados graznidos. Tras de la última frase del discurso, la Sociedad filarmónica se había puesto á tocar, obedeciendo á una señal partida de la tienda; mientras que las damas, aplastándose las faldas, se levantaban de prisa y corriendo, deseosas de no perder lo más mínimo del espectáculo. Entretanto, en torno á Rougón, los invitados sonreían entusiasmados. El alcalde, el procurador imperial, el coronel del 78.º de línea, movían á uno y otro lado la cabeza, al oír al diputado admirarse á media voz en forma de ser oído por el ministro. Pero el más entusiasta era, con seguridad, el ingeniero jefe de puentes y calzadas; afectaba un servilismo que pasaba de la raya, con la boca torcida, como aterrado por las magníficas palabras del gran hombre.

—Si Su Excelencia se digna seguirme—dijo el señor Kahn, cuyo rostro sudaba de alegría.

La solemnidad tocaba á su fin. Su Excelencia iba á pegar fuego á la primera mina, y al efecto se había pasado orden á la banda de obreros con blusas nuevas. Aquellos individuos precedieron al ministro y al señor Kahn en la zanja, y se colocaron en el fondo en dos hileras. Un contramaestre tenía un extremo de la cuerda encendida, y lo presentó á Rougón. Las autoridades, que se habían quedado bajo la tienda, estiraban el pescuezo. El público esperaba con ansiedad. La Sociedad filarmónica tocaba sin darse punto de reposo.

—¿Acaso va á hacer eso mucho ruido?—preguntó

con impaciente sonrisa la mujer del provisor á uno de los dos substitutos.

—Eso será según la clase de roca—se apresuró á contestar el presidente del tribunal de comercio, que se engolfó en explicaciones mineralógicas.

—En cuanto á mí, yo me pongo algodón en las orejas—murmuró la mayor de las tres hijas del conservador de aguas y bosques.

Rougón, con la cuerda encendida en la mano, en medio de toda aquella multitud, sentíase un si es ó no es ridículo. Allá arriba, en la cima de las colinas, los esqueletos de los molinos crujían á más y mejor. Apresuróse el ministro entonces y prendió fuego á la mecha, cuyo extremo—entre dos piedras—le indicó el contramaestre. En seguida un obrero sopló prolongadamente una bocina. Toda la banda se echó á un lado. El señor Kahn se había llevado más que de prisa á Su Excelencia bajo la tienda, demostrando una inquieta y cariñosa solicitud.

—Bueno, ¿no estalla eso?—balbuceó el registrador de hipotecas, quien parpadeaba de ansiedad y con el loco impulso de taparse los oídos, como las mujeres.

La explosión no se efectuó hasta al cabo de dos minutos. Por sí ó por no, se había puesto una mecha interminable. La espectación de los circunstantes rayaba en angustia; todos los ojos, fijos en la Peña roja, se imaginaban verla mover; personas nerviosas decían que aquello les desgarraba el pecho. Por último oyóse una sorda conmoción, hendióse la Peña, mientras que un sin fin de fragmentos, gruesos como dos puños, lanzábanse al espacio, envueltos en un torbellino de humo. Y todo el mundo tocó soleta. Oíanse estas palabras, cien veces repetidas;

—¿No huele usted á pólvora?

Por la noche el prefecto dió una comida, á la que asistieron las autoridades. Había repartido nada menos que quinientas invitaciones para el baile que se efectuó después, el cual resultó sobremanera espléndido. El gran salón estaba profusamente engalanado con plantas naturales, y habíanse agregado en los cuatro ángulos sendas arañas, cuyas bujías, en unión de las de la araña central, difundían una claridad extraordinaria. Niort no guardaba memoria de tan deslumbrador espectáculo. El fulgor de las seis ventanas iluminaba la plaza de la Prefectura, en donde se apiñaban más de dos mil curiosos, abriendo tanto ojo para poder ver los bailes. Hasta la orquesta se oía con tanta claridad, que los pilluelos, allá abajo, organizaban galopes en las aceras. Desde las nueve las damas, nadando en sudor, se abanicaban, los refrescos circulaban, y tras de las tandas de rigodones, venían los valeses y las polcas. Junto á la puerta, Du Poizat, ceremonioso como el que más, recibía á los rezagados, con benévolas sonrisas.

—¿No baila Vucencia?—preguntó atrevidamente á Rougón la esposa del provisor del liceo, que acababa de entrar, vestida con un traje de muselina muy clara, sembrada de estrellas de oro.

Rougón se excusó sonriendo. Hallábase en pie, junto á una ventana, en medio de un grupo. Y sosteniendo, así y todo, una conversación sobre la revisión del catastro, dirigía miradas á la parte de afuera. Al otro lado de la plaza, á la viva claridad con que las arañas iluminaban las fachadas, acababa de columbrar, en una de las ventanas del hotel de París, á madama Correur y á la señorita Herminia Villecoq. Allí permanecían, mirando la fiesta, con los codos apoyados en la baranda como en la

de un palco. Sus rostros aparecían relucientes, con las gargantas al aire y henchidas de sonrisas, cuando les llegaban ciertos cálidos vapores de la fiesta.

Entretanto, la esposa del provisor acababa de recorrer el gran salón, insensible á la admiración que la amplitud de su falda producía á toda la amable juventud. Se hallaba en busca de alguien con la mirada, sin cesar de sonreír y en lánguida actitud.

—¿Parece que el señor comisario central no ha venido?—acabó por preguntar á Du Poizat, quien la interrogaba acerca de la salud de su marido. Tenía prometido un vals al seductor comisario.

—Pero debía de estar aquí—contestó el prefecto;—me sorprende el no verle. Hoy ha tenido que desempeñar una comisión; sólo que me había prometido hallarse aquí á las seis.

Hacia el medio día, después de almorzar, Gilquin se había ausentado de Niort, á caballo, para ir á prender al notario Martineau. Coulonges se hallaba á cinco leguas de allí. Contaba con encontrarse allí á las dos y poder emprender el regreso sobre las cuatro á más tardar, lo que le permitiría no faltar al banquete, á que había sido invitado. Por lo tanto no apresuró el andar de su cabalgadura, contoneándose sobre la silla, prometiéndose en su fuero interno el ser la mar de emprendedor, por la noche, en el baile, con cierta persona rubia, á la que no ponía más defecto que ser un poquitín flaca; se perecía por las mujeres de buenas carnes. Una vez en Coulonges, se apeó en el hotel del León de Oro, en donde un sargento y un par de gendarmes debían esperarle. De aquel modo, nadie se fijaría en su llegada; se alquilaría un carruaje, se «embalaría» al notario, sin que ninguna vecina metiese las narices. Pero los gendarmes no habían acudido á

la cita. Gilquin les esperó hasta las cinco, blasfemando como un hereje, bebiendo un *grog* tras otro y mirando el reloj cada cuarto de hora. No había que pensar en hallarse en Niort para el banquete. Mandaba ya ensillar el caballo, cuando, por último, compareció el sargento, seguido por sus dos hombres. Había habido una mala inteligencia.

—Bueno, bueno, no tienen ustedes para qué excusarse, ya no tenemos tiempo—gritó hecho un demonio el comisario central.—Son las cinco y cuarto. Aprehended á nuestro individuo y que la cosa no trascienda. Es preciso que nos hallemos rodando por esos trigos dentro de diez minutos.

Por regla general, Gilquin era buena persona. Preciábase, en el cumplimiento de sus funciones, de estar dotado de perfecta urbanidad. Aquel día hasta había concebido un plan complicado, á fin de evitar emociones demasiado fuertes al hermano de madama Correur; él debía de entrar solo, en tanto que los gendarmes se estacionarían, con el coche, á la puerta del jardín, en un callejoncillo que daba al campo. Mas las tres horas de espera en el León de Oro le habían sacado de quicio por tal manera, que echó en olvido tan hermosas precauciones. Atravesó el pueblo y fué á llamar ruidosamente en casa del notario, á la puerta de la calle. Dejose un gendarme delante de aquella puerta; el otro dió la vuelta, para vigilar las tapias del jardín. El comisario había entrado en la casa con el sargento. De diez á doce curiosos miraban azorados desde lejos.

Al ver los uniformes, la doméstica que había abierto, sobrecogida de terror pánico, desapareció gritando y repitiendo con toda su fuerza, esta sola palabra:

—¡Señora, señora, señora!

Una mujer pequeñina y regordeta, cuyo rostro demostraba gran sosiego, bajó poco á poco la escalera.

—Sin duda es usted la señora de Martineau—dijo Gilquin con rápida expresión.—Siento decir que vengo á cumplir una misión por demás triste. Vengo á poner á buen recaudo á su marido de usted.

La señora juntó sus pequeñas manos, en ademán de súplica, mientras que sus descoloridos labios se echaron á temblar. Mas no dejó escapar un solo grito, y quedóse en el último escalón, interceptando la escalera con sus faldas. Dijo que quería ver el auto de prisión, pidió explicaciones, dando largas al asunto.

—¡Atención! El «particular» se nos va á escapar de entre los dedos—murmuró el sargento al oído del comisario.

Sin duda la señora oyó. Contemplóles un instante, y con su tranquilo ademán, dijo:

—Suban ustedes, señores.

Y ella subió delante. Introdújoles en un gabinete, en medio del cual el señor Martineau se mantenía en pie, puesto de bata. Los gritos de la criada acababan de hacerle dejar el sillón en que pasaba los días enteros. De aventajada estatura, con las manos como muertas y el rostro cual la cera pálido, no ofrecía vivos más que los ojos, ojos negros, dulces al par que enérgicos. La señora de Martineau lo señaló con silencioso gesto.

—¡Gran Dios! señor—empezó diciendo Gilquin;—vengo á cumplir una triste misión...

Cuando hubo terminado, el notario movió la cabeza, sin pronunciar una palabra. Un ligero estremecimiento agitaba la bata asentada sobre sus extenuados miembros. Por último dijo con extremada cortesía:

—Está bien, señores, voy á seguirles á ustedes. Entonces púsose á andar en la habitación, poniendo en orden los objetos que se veían acá y allá sobre los muebles. Cambió de lugar un paquete de libros. Pidió á su mujer una camisa limpia. El escalofrío que de él se había apoderado, se hacía más violento. La señora de Martineau, viéndole tambalearse, iba en pos de él, con los brazos extendidos para recibirle, en caso de venirse al suelo, como se va detrás de un niño.

—¡De prisa, de prisa, caballero!—repetía Gilquin.

El notario dió dos vueltas más; y, bruscamente, sus manos se agitaron en el aire y vino á dar con su cuerpo en un sillón, retorcidos, entorpecidos los miembros con un ataque de parálisis. Su esposa lloraba con copiosas y mudas lágrimas.

Gilquin había sacado el reloj.

—¡Rayos y truenos!—gritó.

Eran las cinco y media. Ahora no tenía otro remedio que renunciar á hallarse de regreso en Niort para el banquete de la prefectura. Antes que se hubiese metido á aquel hombre en el coche, iba á perderse por lo menos media hora. Trató de consolarle jurando por la laguna Estigia que no faltaría al baile; precisamente se acordaba de que había comprometido á la esposa del provisor para el primer vals.

—Nos hace la mamola—le susurró el sargento al oído.—¿Quiere usted que me encargue de poner al sujeto más derecho que un uso?

Y, sin esperar respuesta, adelantóse y dirigió atentas exhortaciones al notario para invitarle á no burlar á la justicia. El notario, con los ojos cerrados y apretados los labios, conservaba una rigidez de cadáver. Poco á poco el hijo de Marte se fué amos-

tazando, tomola por la tremenda y acabó por llevar su pesada mano al cuello de la bata. Pero la señora de Martineau, tan quieta hasta entonces, le rechazó rudamente y se plantó delante de su marido, apretando sus puños de devota resuelta y dispuesta á todo.

—Es una engañifa, se lo aseguro á usted—repetía el sargento.

Gilquin se encogió de hombros. Estaba resuelto á cargar con el notario muerto ó vivo.

—Mande usted que uno de sus hombres vaya en busca del coche al León de Oro. Ya tengo prevenido al posadero.

Así que salió el sargento, se acercó á la ventana y miró con satisfacción el jardín, en donde los albaricoqueros se hallaban en flor. Y encontrábase de esta suerte distraído, cuando sintió que le tocaban en el hombro; la señora de Martineau, en pie á su espalda, le preguntó, con los ojos ya enjutos y la voz entera:

—Supongo que ese carruaje será para usted. No creo que pueda usted intentar llevarse á mi marido, en el estado en que se encuentra.

—¡Dios mío, señora!—dijo por la tercera vez,—mi misión es penosísima.

—¡Pero eso es un crimen! Usted le mata... A usted no se le ha encargado que le mate; así al menos lo supongo.

—Tengo severas órdenes que cumplir—contestó con más aspereza, queriendo poner coto á las súplicas que prevenía.

La señora de Martineau hizo un gesto terrible. Una furibunda cólera subió á su rostro de gorda burguesa, mientras que sus miradas se convertían en torno á la estancia, como en busca de algún

medio supremo de salvación. Mas, con un esfuerzo de la mente, se aquietó, volvió á su actitud de mujer fuerte que no contaba con sus lágrimas.

—Dios le castigará á usted, caballero—le dijo sencillamente, después de un instante de silencio, durante el cual no le quitó la vista de encima.

Y sin un sollozo, sin una súplica, fué á acodarse en el respaldo del sillón en que su marido agonizaba. Gilquin se había sonreído.

En aquel momento, el sargento, que había ido en persona al León de oro, volvió diciendo que el hostalero aseguraba que por el pronto no podía disponer de ningún vehículo. El rumor de la detención del notario, muy querido en la comarca, debió de haberse extendido. El posadero, con toda seguridad, ocultaba sus carruajes; dos horas antes, interrogado por el comisario central, se había comprometido á reservar un viejo cupé, que alquilaba comúnmente á los viajeros para sus paseos por los alrededores de la población.

—¡Registre usted la posada!—gritó Gilquin, vuelto á enfurecerse ante aquel nuevo obstáculo;—registren ustedes todas las casas del pueblo... ¿Se burlan acaso de nosotros? Me esperan y no tengo tiempo que perder... Le doy á usted un cuarto de hora ¿lo oye usted?

El sargento volvió á desaparecer, llevándose á sus hombres, á quienes despachó en distintas direcciones. Transcurrieron tres cuartos de hora, luego cuatro, después cinco. Al cabo de hora y media, un gendarme se presentó en fin cariacontecido; todas las pesquisas habían resultado inútiles. Gilquin, dominado por la fiebre, yendo de la puerta á la ventana, veía que la obscuridad se venía encima. No había que poner en tela de juicio, que rompieran el

baile haciendo caso omiso de su persona; la mujer del provisor lo achacaría á falta de educación; quedaría en ridículo, paralizaría sus medios de seducción. Y cada vez que pasaba por delante del notario, sentía que la cólera le ahogaba; nunca un malhechor le había puesto en tan prietas calzas. El notario, cada vez más frío, más lívido, permanecía rígido, sin el menor movimiento.

Rato hacía que habían dado las siete, cuando el sargento se volvió, á presentar, radiante de satisfacción. Había encontrado por último el desventajado simón del posadero, oculto en el fondo de un sotechado, á un cuarto de legua del pueblo. El vehículo fué encontrado enganchado y todo, y el haber dado con él habíase debido al relincho del cuadrúpedo. Pero cuando el coche estuvo á la puerta, fué menester vestir al señor Martineau, en cuya operación se invirtió un buen rato. La señora de Martineau, con grave lentitud, púsóle medias y camisa blancas; luego le vistió todo de negro, pantalón, chaleco, levita. En modo alguno consintió en que le ayudase ningún gendarme. El notario se abandonaba, sin resistencia, en brazos de su consorte. Habíase encendido una lámpara. Gilquin golpeaba sus manos de impaciencia, mientras que el sargento, inmóvil, reproducía en el techo la enorme sombra de su tricorno.

—¿Hemos acabado, hemos acabado?—repetía Gilquin.

La señora de Martineau registraba un mueble hacía cinco minutos. Sacó un par de guantes negros y los metió en un bolsillo de su esposo.

—Supongo, caballero—dijo,—que me permitirá usted subir al coche. Quiero acompañar á mi marido.

Su Exc. Eugenio Rougón.—TOMO II 6

—Es imposible—contestó grosera y destempladamente Gilquin.

La señora se contuvo y no insistió.

—A lo menos—repuso,—me permitirá usted que le siga.

—Los caminos son libres,—contestó.—Pero no encontrará usted coche, porque no los hay en todo el país.

La dama se encogió ligeramente de hombros y salió para dar órdenes. Diez minutos después paróse un cabriolé á la puerta, detrás del simón. Hubo entonces que bajar al señor Martineau. Cogiéronlo ambos gendarmes, y su mujer le sostenía la cabeza. A la menor queja en que prorrumplía el moribundo, mandaba imperiosamente á los dos hombres que se detuvieran, lo que cumplían, á pesar de las furibandas miradas del comisario. De este modo tuvo que hacerse un descanso en cada peldaño de la escalera. El notario aparecía como un difunto correctamente vestido, á quien se llevaban. Con el conocimiento perdido, tuvieron que sentarle en el coche.

—¡Las ocho y media!—exclamó Gilquin, echando una última mirada á su reloj.—¡Demonio de comisión! No llegaré en todos los días de mi vida.

Ya estaba dicho. Feliz mil veces si conseguía hacer su entrada á la mitad del baile. Montó á caballo vomitando sapos y culebras y encargó al cochero que se alijerara. A la cabeza iba el simón á cuyas portezuelas galopaban ambos gendarmes; después, á algunos pasos, seguían el comisario y el sargento; por último, cerraba la marcha el cabriolé en que se encontraba la señora de Martineau. La noche se presentaba muy fresca. Por el camino gris, interminable, en medio de la adormecida cam-

paña, el cortejo pasaba, con el apagado rodar de las ruedas y la monótona cadencia del galope de los caballos. Ni una sola palabra fué emitida durante todo el trayecto. Gilquin se devanaba los sesos componiendo la frase que endilgaría al acercarse á la seductora mitad del provisor. La señora de Martineau se erguía á cada instante en su cabriolé, creyendo haber oído un estertor, pero gracias que llegara á percibir el ruido producido por la caja del cupé, negra y silenciosa, que marchaba delante.

Llegaron á Niort á las diez y media. El comisario, para evitar el paso á través de la ciudad, mandó echar por fuera de las murallas. En la cárcel hubo necesidad de tocar fuertemente la campanilla. Cuando el portero vió al prisionero que le llevaban, tan pálido, tan rígido, subió á despertar al alcaide. Este, que se hallaba algo enfermo, bajó en seguida en zapatillas; pero se incomodó de veras, negándose en absoluto á recibir á un hombre en semejante estado. ¿Se tomaban acaso las prisiones por un hospital?

—Una vez que se le ha prendido, ¿qué quiere usted que se haga?—preguntó Gilquin, fuera ya de sí ante aquel último é inesperado incidente.

—Lo que se quiera, señor comisario,—contestó el alcaide.—Yo repito á usted que no entrará aquí; nunca aceptaré tamaña responsabilidad.

La señora de Martineau se había aprovechado de la discusión para subir al cupé, junto á su marido. Propuso que se le llevase al hotel.

—¡Sí, al hotel, al diablo, á donde usted le dé la gana!—gritó Gilquin, hecho un veneno.—¡Ya estoy hasta los pelos! ¡Llevalo!

Llevó, sin embargo, su deber hasta acompañar al

depositario de la fe pública al hotel de París, indicado por la misma señora de Martineau. La plaza de la Prefectura empezaba á desocuparse; tan sólo los pilletes seguían saltando en las aceras, mientras que las parejas de burgueses, con toda calma, se perdían en la obscuridad de las calles adyacentes. Pero el resplandor de las seis ventanas del gran salón iluminaba todavía la plaza con la viva claridad de pleno día; los instrumentos de metal de la orquesta resonaban cada vez con más ahinco; las damas, cuyos desnudos hombros se veían pasar entre las entreabiertas cortinas, balanceaban sus moños, rizados á la moda de París. Gilquin, en el instante en que se subía al notario á una habitación del primer piso, columbró, al alzar la cabeza, á madama Correur y á la señorita Herminia Billecoq, que no habían dejado su ventana. Allí se encontraban, mirando á uno y otro lado, y enardecidas por los esfluvios que se desprendían de la fiesta. Madama Correur, no obstante, debió de haber visto llegar á su hermano, puesto que se inclinaba en la barandilla con riesgo de venirse al suelo. Hizo una vehemente seña á Gilquin, y éste subió.

Y más tarde, ya hacia la media noche, el baile de la Prefectura alcanzaba su mayor esplendor. Acabábanse de abrir las puertas del comedor, en donde habíase servido una cena fiambre. Las damas, con los semblantes despidiendo chispas, se abanicaban, comían en pie y reían que era un encanto. Otras continuaban bailando, no queriendo perder ni un rigodón, contentándose con vasos de jarabe que les llevaban los mismos caballeros. Un polvillo luminoso se mecía en el ambiente, como si se desprendiese de los tocados del sexo hermoso, de las faldas y de los brazos con pulseras de oro

que se agitaban en el aire. Había allí demasiado oro, demasiada música, demasiado calor. Rougón, sofocado, se apresuró á salir, á una discreta llamada de Du Poizat.

Al lado del gran salón, en la estancia en donde las había visto el día anterior, madama Correur y la señorita Villecoq le esperaban, llorando ambas á lágrima viva.

—¡Pobre hermano mío, pobre Martineau!—baluceaba madama Correur, quien ahogaba sus lágrimas con el pañuelo.—¡Ah! ya lo presentía, usted no podía salvarle... ¡Santo Dios! ¿por qué no le ha salvado usted?

Rougón quiso hablar, mas la dama no le dió tiempo.

—Hoy ha sido arrestado; acabo de verle... ¡Dios mío, Dios mío!

—No se angustie usted de ese modo,—dijo por último Rougón.—Se instruirá el proceso y confío que se le pondrá en libertad.

Madama Correur cesó de enjugarse las lágrimas; miró unos segundos, y exclamó con su voz natural:

—¡Pero si ha muerto!

Y enseguida volvió á su desconsolado tono y con el rostro escondido nuevamente en el fondo de su pañuelo.

—¡Dios mío, Dios mío!—¡Pobre Martineau!

¡Muerto! Rougón sintió que un ligero escalofrío le andaba por todo el cuerpo. No era dueño de articular una sílaba. Por la primera vez de su vida sentía un abismo abrirse ante él, hacia el cual, poco á poco, se le impelía. Ahora aquel hombre había muerto; nunca habría querido semejante cosa. Los hechos iban á veces demasiado lejos.

—¡Ah, sí! mi pobre y querido señor ha muerto—refería con interminables suspiros la señorita Herminia Villecoq.—A lo que parece, se han negado á recibirle en la cárcel. Entonces, en cuanto le vimos llegar al hotel en tan lamentable estado, madama bajó y forzó la puerta, grito que era su hermana. Una hermana ¿no le parece á usted? tiene siempre derecho á recibir el último suspiro de su hermano. Es lo que dije á esa grandísima pícara señora de Martineau, que todavía hablaba de ponernos de patitas en la calle. Se ha visto obligada, no obstante, á dejarnos un lado al pie del lecho... ¡Oh, gran Dios! aquello terminó más que de prisa. Apenas ha agonizado una hora. Estaba tendido en la cama, vestido todo de negro; habíasele tomado por un notario que iba á un casamiento. Y se apagó como se apaga una vela, haciendo tan solo una pequeña mueca. Estoy en que no debe de haber padecido cosa mayor.

—¡Pues no me ha armado enseguida flojo belén mi señora hermana política!—contó á su vez madama Correur.—No sé á punto fijo lo que soltaba por aquella boca; hablaba de herencia y me acusaba de haber asestado á mi hermano el último golpe. Y yo le contesté: «Yo, señora mía, no habría permitido que se lo llevaran; ¡antes me habría dejado descuartizar por los gendarmes!» Y me habrían descuartizado, sí señor, tan fijo como se lo digo á usted... ¿No le parece á usted, Herminia?

—Pues ya lo creo—contestó la grandullona.

—En fin, qué quiere usted, mis lágrimas no le resucitarán, pero se llora porque no hay más remedio que llorar... ¡Pobre hermano mío!

Rougón no se sentía muy satisfecho que digamos, y logró retirar sus manos, de las que había

hecho presa madama Correur. Y continuaba sin ocurrirle nada que decir, causándole repugnancia los detalles de aquella muerte, que le parecía abominable.

—¡Mire usted!—exclamó Herminia de pie ante la ventana,—desde aquí se ve la habitación, allí en frente, á la viva claridad, tercera ventana del primer piso... Se ve una luz detrás de las cortinas.

Entonces el gran hombre las despidió, en tanto que madama Correur pedía mil perdones, le llamaba su amigo y le refería el primer impulso á que había cedido, al venir á participarle la fatal noticia.

—Este asunto es muy desagradable—dijo Rougón al oído de Du Poizat, cuando volvió á entrar en el salón de baile, con el semblante todavía en extremo pálido.

—¡Eh! la culpa la tiene ese imbécil de Gilquin—contestó el prefecto, encogiéndose de hombros.

El baile se hallaba en todo su esplendor. En el comedor, del que se distinguía un rincón por la puerta abierta de par en par, el primer adjunto atiborraba de buenos bocados á las tres hijas del conservador de aguas y de bosques; mientras que el coronel del 78.º de línea bebía ponche, con el oído atento á las picardías que el ingeniero jefe de puentes y calzadas soltaba por aquella boca, mientras se atracaba de almendras de garapiña. El señor Kahn, junto á la puerta, repetía en muy alta voz al presidente del tribunal civil su discurso de por la tarde, sobre los beneficios que reportaría la nueva vía férrea, y esto en medio de un compacto grupo de hombres graves, como el administrador de contribuciones directas, los dos jueces de paz, los delegados de la Cámara consultiva de agricultura y de la Sociedad de estadística; todos se mantenían

con tanta boca abierta. En esto, en el gran salón, bajo las cinco arañas, un vals que la orquesta tocaba con estruendos de trompetería, mecía á las parejas, al hijo del administrador general de contribuciones con la hija del alcalde, á uno de los substitutos con una señorita vestida de azul. Pero una pareja, sobre todo, levantaba un murmullo de admiración; formábanla el comisario central y la esposa del provisor, garbosamente enlazados y girando con lentitud; Gilquin habíase dado prisa para vestirse con toda corrección, con frac negro, botas charoladas y guante blanco; la linda rubia le había perdonado su tardanza, languidamente apoyada en su hombro y con los ojos anegados de ternura. Gilquin hacía que se fijasen en sus movimientos, de caderas, echando atrás su torso de diestro bailarín de bailes públicos, con puntas y ribetes canallescós, cuyo delicado gusto entusiasmaba á la galería. Rougón, á quien la pareja por poco atropella, tuvo que arrimarse á la pared, para dejarle pasar, envuelto en una oleada de muselina estrellada de oro.

XII

Rougón había obtenido por fin para Delestang la cartera de Agricultura y Comercio. Una mañana, en los primeros días de mayo, fué á la calle del Coliseo, en busca de su nuevo colega. Debía de haber consejo de ministros en Saint-Cloud, en donde la corte se acababa de instalar.

—¡Calle! ¿nos acompaña usted?—dijo con sorpresa al ver á Clorinda, que subía en el landó enganchado al pie de la escalinata.

—Pues ya lo creo que pienso asistir al consejo—contestó la joven riendo.

Y luego agregó con seriedad, cuando hubo acomodado entre los asientos los volantes de su larga falda de seda color de cereza pálido.

—Me ha citado la emperatriz. Soy tesorera de una sociedad protectora de obreras, por la cual Su Majestad se interesa.

Ambos caballeros subieron á su vez. Delestang tomó asiento al lado de su mujer; llevaba una cartera de abogado, de tafíete, que sostenía en las rodillas. Rougón, con las manos libres, se encontró en frente de Clorinda. Eran cerca de las nueve y media, y el consejo estaba señalado para las diez. El co-

con tanta boca abierta. En esto, en el gran salón, bajo las cinco arañas, un vals que la orquesta tocaba con estruendos de trompetería, mecía á las parejas, al hijo del administrador general de contribuciones con la hija del alcalde, á uno de los substitutos con una señorita vestida de azul. Pero una pareja, sobre todo, levantaba un murmullo de admiración; formábanla el comisario central y la esposa del provisor, garbosamente enlazados y girando con lentitud; Gilquin habíase dado prisa para vestirse con toda corrección, con frac negro, botas charoladas y guante blanco; la linda rubia le había perdonado su tardanza, languidamente apoyada en su hombro y con los ojos anegados de ternura. Gilquin hacía que se fijasen en sus movimientos, de caderas, echando atrás su torso de diestro bailarín de bailes públicos, con puntas y ribetes canallescós, cuyo delicado gusto entusiasmaba á la galería. Rougón, á quien la pareja por poco atropella, tuvo que arrimarse á la pared, para dejarle pasar, envuelto en una oleada de muselina estrellada de oro.

XII

Rougón había obtenido por fin para Delestang la cartera de Agricultura y Comercio. Una mañana, en los primeros días de mayo, fué á la calle del Coliseo, en busca de su nuevo colega. Debía de haber consejo de ministros en Saint-Cloud, en donde la corte se acababa de instalar.

—¡Calle! ¿nos acompaña usted?—dijo con sorpresa al ver á Clorinda, que subía en el landó enganchado al pie de la escalinata.

—Pues ya lo creo que pienso asistir al consejo—contestó la joven riendo.

Y luego agregó con seriedad, cuando hubo acomodado entre los asientos los volantes de su larga falda de seda color de cereza pálido.

—Me ha citado la emperatriz. Soy tesorera de una sociedad protectora de obreras, por la cual Su Majestad se interesa.

Ambos caballeros subieron á su vez. Delestang tomó asiento al lado de su mujer; llevaba una cartera de abogado, de tafíete, que sostenía en las rodillas. Rougón, con las manos libres, se encontró en frente de Clorinda. Eran cerca de las nueve y media, y el consejo estaba señalado para las diez. El co-

chero recibió orden de apresurarse. Para acortar camino, echó por la calle de Marbeuf y se internó en el arrabal de Chaillot, que la piqueta de los demolidores acababa de empezar á echar abajo. Eran aquellas calles desiertas, rodeadas de jardines y de construcciones de tablas, callejuelas cortadas, estrechas plazuelas de provincia, plantadas con raquíticos árboles, todo en un rincón degenerado de gran ciudad, calentándose en una ladera, al sol de la mañana, con quintas y puestecillos de venta, sin orden ni concierto.

—¡Qué feo es todo esto!—dijo Clorinda, retrepada en la testera del landó.

Habíase medio vuelto del lado de su marido y se fijó en él un instante, con el semblante grave; y, como á pesar suyo, se sonrió. Delestant correctamente abrochado en su levita, hallábase sentado con dignidad, con el cuerpo en un justo medio, ni demasiado adelante ni demasiado atrás. Su bello rostro pensativo, su prematura calvicie que le despejaba la frente, eran parte para que los transeuntes volvieran la cabeza. La joven paró mientes en que nadie miraba á Rougón, cuyo tosco semblante parecía dormir. Entonces, por modo maternal, tiró un poco del puño del brazo izquierdo de su marido, demasiado cubierto bajo la bocamanga.

—¿Qué ha estado usted haciendo esta noche?—preguntó al grande hombre, viéndole ahogar con los dedos un bostezo tras otro.

—He trabajado hasta muy tarde, y estoy rendido de cansancio—murmuró.—Y luego para una infinidad de asuntos á cual más tonto.

Y la conversación volvió á decaer. Ahora, era á él á quien la joven estudiaba. Dejábase llevar el ministro por las ligeras sacudidas del carruaje, con

la levita deformada por sus anchos hombros, con el sombrero mal cepillado, que conservaba las huellas de antiguas gotas de lluvia. Clorinda guardaba memoria de haber comprado el mes anterior un caballo á un chalán, que se le parecía. De nuevo volvió á sonreír con un tanto de desdén.

—¿Qué le pasa á usted?—preguntó de mal talante Rougón, viendo que no le quitaba ojo de encima.

—Pues que le estoy mirando á usted—le contestó.—¿Acaso no está permitido?... ¿ó quizás tiene usted miedo de que se le coman?...

Y soltó esta frase con ademán provocativo, exhibiendo sus blancos dientes. Pero él lo echó á broma.

—Soy demasiado gordo, y no pasaría.

—¡Oh! ¡buen hambre que se tuviera!—dijo seriamente, después de haber parecido consultar su apetito.

El landó llegaba por fin á la puerta de la Muette. Al salir de las estrechas y miserables callejuelas de Chaillot, aquello fué una repentina dilatación del horizonte en los suaves verdores del Bosque. La mañana se ofrecía esplendente, bañando en lontananza las praderas con dorada luz y llevando un tibio estremecimiento á la infancia de la arboleda. Dejaron á la derecha el parque de los gamos y tomaron el camino de Saint-Cloud. Ahora ya el carruaje rodaba sobre la enarenada avenida, sin la menor sacudida, con ligereza y suavidad de trineo deslizándose sobre la nieve.

—¡Este pavimento sí que es agradable!—repuso Clorinda, extendiéndose.—Aquí se respira, se puede hablar... ¿Habría usted recibido noticias de nuestro amigo Du Poizat?

—Sí—dijo Rougón,—goza de la mejor salud.

—¿Sigue contento de su departamento?

Rougón hizo un gesto indefinido, como queriendo evadirse de contestar. La joven debía de estar al tanto de ciertas inquietudes que el prefecto de los Deux-Sèvres empezaba á darle, por la dureza de su administración. No insistió más, y habló del señor Kahn y de madama Correur, pidiéndole detalles sobre su viaje á aquellas tierras, con semblante de maligna curiosidad. En seguida cortó la conversación, para exclamar:

—¡A propósito! ayer me tropecé con el coronel Jobelin y su primo el señor Bouchard. Estuvimos hablando de usted... Sí, estuvimos hablando de usted.

Rougón se encogió de hombros como si la cosa le importara un pito, y siguió sin decir una palabra. Entonces Clorinda recordó el pasado.

—¿Hace usted memoria de nuestras sencillas y agradables veladas de la calle de Morbeuf? Ahora tiene usted demasiados quebraderos de cabeza, no es posible acercarse á usted. Sus amigos ponen el grito en el cielo. Están en que usted les olvida... Yo, como á usted le consta, lo digo todo. Pues bien, amigo mío, se le trata á usted nada menos que de olvidadizo para con sus amigos.

En aquel instante, como el coche acabase de pasar por entre los dos lagos, se cruzó con una berlina, que regresaba á París. Vióse un rostro ordinario hundirse en la testera del vehículo, sin duda para evitar un saludo.

—¡Pero si es su cuñado de usted!—exclamó Clorinda.

—Sí, está enfermo—contestó Rougón con cierta sonrisa.—Su médico le ha ordenado que pasee por las mañanas.

Y de repente, dejándose llevar por sus pensamientos, prosiguió mientras que el landó se deslizaba bajo los corpulentos árboles, á lo largo de una avenida de curva suave:

—¿Qué quieren ustedes? Haga lo que haga, no puedo darles la luna!... Ahí tienen ustedes á Beulin-d'Orchère, que sueña en ser guardasellos. Yo he hecho los imposibles y he sondeado al emperador, sin poder conseguir nada. El emperador, estoy por decir, le tiene miedo. No es culpa mía, ¿no les parece á ustedes? Beulin-d'Orchère es primer presidente. Esto debería bastarle ¡qué demonio! en espera de cosa mejor. ¡Y evita el saludarme!... Es tonto de capirote.

Entretanto, Clorinda, con los ojos bajos y jugando con los colgantes de su quitasol, no se movía. Dejábale hablar á su sabor, y no perdía una sola frase.

—Los demás no son mucho más razonables. Si el coronel y Bouchard se lamentan, hacen muy mal, pues ya he hecho demasiado por ellos... Y en iguales términos hablo de todos mis amigos. Son obra de una docena, y, ¡como hay Dios! que en conjunto, constituyen un lindo peso sobre mis hombros. Mientras no me arranque el pellejo, no se darán por satisfechos.

Se calló y luego prosiguió con ingenuidad:

—¡Bah! si tuviesen necesidad absoluta, hasta se lo llegaría á dar... Cuando se tienen las manos abiertas, no es ya empresa fácil poderlas cerrar. A pesar de todo lo mal que mis amigos hablan de mí, yo me desvivo un día tras otro solicitando para ellos la mar de favores.

Y, tocándole en la rodilla, como obligándola á que le mirase:

—Vamos á ver—dijo.—Voy á hablar con el emperador esta mañana... ¿No tiene usted nada que pedir?

—No, gracias—le contestó con sequedad.

Y como Rougón insistiese, se incomodó, acusándole de echarles en cara los escasos favores que había podido prestarles, á ella y á su marido. No serían ellos quienes seguirían siendo para él una carga pesada. Y terminó diciendo:

—Ahora todos mis asuntos los desempeño personalmente. Soy ya bastante grandecita para el caso.

En esto el carruaje acababa de salir del Bosque. Atravesaba Boulogne, en medio del estruendo de un sin fin de carromatos, á lo largo de la calle Mayor. Hasta entonces Delestang había permanecido en el fondo del landó, tranquilo, con las manos sobre la cartera de tafilète, sin pronunciar una sílaba, como entregado á alguna alta especulación intelectual. Luego se inclinó y gritó á Rougón en medio del estrépito:

—¿Cree usted que Su Majestad nos convidará á almorzar?

Rougón hizo un gesto de duda; y dijo en seguida:

—Se almuerza en palacio cuando el consejo se prolonga.

Delestang volvió á su rincón, en donde pareció nuevamente entregado á una cavilación de las más graves. Mas inclinóse por segunda vez para hacer esta pregunta:

—¿Cree usted que habrá muchos asuntos de que tratar en el consejo de hoy?

—Tal vez sí—contestó Rougón.—Esto nunca se sabe á ciencia cierta. Tengo para mí que muchos de nuestros colegas deben de dar cuenta de ciertos

trabajos... Yo, sea como sea, he de suscitar la cuestión de ese libro á consecuencia del cual me hallo en un conflicto con la comisión de vendedores ambulantes.

—¿Qué libro?—preguntó vivamente Clorinda.

—Una bestialidad, uno de esos libros que se escriben para los campesinos. Llamán á eso *las Veladas del honrado Jacobo*. Es una mesa revuelta, en que se trata de socialismo, de hechicería, de agricultura y hasta hay en él un artículo celebrando las ventajas de la asociación... Un libraco peligroso, y pare usted de contar.

La joven, cuya curiosidad no debía de quedar muy satisfecha, se volvió como para interrogar á su marido.

—Es usted muy severo, Rougón—declaró Delestang.—Yo he leído ese libro y he descubierto en él muy buenas cosas; el capítulo sobre la asociación está muy bien escrito... Mucho me sorprendería que el emperador condenase las ideas que en él se sustentan.

Rougón iba á montar en cólera; abrió los brazos en ademán de protesta; pero se sosegó súbitamente, como no queriendo discutir; no volvió á abrir la boca, limitándose á dirigir sus miradas al paisaje, á ambos lados del horizonte. El landó hallábase entonces en mitad del puente de Saint-Cloud; allá abajo, el río, atornasolado por la irradiación del sol, ofrecía durmientes sábanas de azul celeste; mientras que las hileras de árboles, costeano las orillas, proyectaban en el agua vigorosas sombras. El inmenso cielo reflejaba, arriba y abajo de la corriente, una blanca limpidez primaveral, apenas matizada de cabrilleo azul.

Cuando el carruaje se detuvo en el patio del

castillo, Rougón bajó el primero y tendió la mano á Clorinda; mas ésta hizo como que no aceptaba aquel apoyo, y saltó ligeramen e á tierra. Después, como él continuase con el brazo extendido, la joven le dió un golpecito con la sombrilla en los dedos, diciendo entre dientes:

—Ya le tengo dicho á usted que no soy ninguna niña.

Y pareció haber perdido el respeto á los enormes puños del maestro, que en otro tiempo retenía por buen rato en sus manos de educanda sumisa, á fin de robarle un tanto de su fuerza. Ahora pensaba ya sin duda, haberlos empobrecido y esquilado lo bastante; ya no gastaba aquellas adorables zalamerías de discípula. A su vez, crecida en potencia, convertíase en dueña y señora. Cuando Delestang se hubo apeado, dejó que Rougón entrase primero, para susurrar al oído de su esposo:

—Creo que no irás á impedirle que se despache á su gusto hablando de su honrado Jacobo. Aquí se te presenta la ocasión de no decir siempre lo mismo que él.

En el vestíbulo, antes de separarse de su marido, le dirigió de arriba abajo una última mirada, y sintióse contrariada por un botón de la levita que tiraba y le hacía arrugas en la tela; y, en tanto que un ujier la anunciaba en la habitación de la emperatriz, miróles desaparecer, á Rougón y á él, con rostro sonriente.

El consejo de ministros se celebraba en un salón contiguo al gabinete del emperador. En el centro, una docena de sillones rodeaba una gran mesa, cubierta con tapete. Las ventanas, altas y transparentes, daban á la terraza del castillo. Cuando entraron Rougón y Delestang, todos sus colegas se

encontraban ya reunidos, exceptuando el ministro de Obras públicas y el de Marina y las Colonias, á la sazón con licencia. El emperador no se había presentado todavía. Aquellos señores estuvieron hablando cosa de diez minutos, en pie delante de las ventanas ó agrupados alrededor de la mesa. Dos de ellos tenían cara de pocos amigos, que se detestaban hasta el punto de no dirigirse nunca la palabra; pero los demás, con el semblante amable y risueño, se presentaban muy tranquilos, en espera de los asuntos graves. París se ocupaba entonces de la llegada de una embajada venida del Extremo Oriente, con trajes extraños y maneras de saludar extraordinarias, que era lo que había que ver. El ministro del Exterior refirió una visita que había devuelto el día anterior, al jefe de aquella embajada; burlábase con la mayor gracia, aunque guardando toda corrección. Luego la conversación recayó sobre los asuntos más frívolos; el ministro de Estado se vino con informes referentes á la salud de una bailarina de la Opera, que estuvo á pique de romperse una pierna. Y hasta aquellos señores, dejándose llevar, permanecían alerta y con mucho ojo, estudiando ciertas frases, atrapando medias palabras, atisbando sonrisas y poniéndose de súbito serios, en cuanto se sentían vigilados.

—De modo que fué una simple contusión—dijo Delestang, quien se interesaba en gran manera por las bailarinas.

—Sí, una mera contusión—replicó el ministro de Estado.—La pobre mujer quedará en paz con guardar tan sólo quince días de encierro... Está avergonzadísima por haberse caído.

Un ligero rumor les hizo volver la cabeza. To-

dos se inclinaron; el emperador acababa de entrar. Quedóse un instante apoyado en el respaldo de su sillón, y preguntó lentamente y con su apagada voz:

—¿Sigue mejor?

—Mucho mejor, señor,—contestó el ministro inclinándose otra vez.—Esta mañana he tenido de ella noticias.

A un ademán del emperador, los miembros del consejo ocuparon sus respectivos asientos en torno á la mesa. Eran nueve; muchos pusieron papeles delante; otros se retreparon, mirándose las uñas. Reinó un instante de silencio. El emperador parecía no sentirse muy bien; retoreábase las guías del bigote y su rostro aparecía con muestras de cansancio. Después, como nadie hablase, pareció como que hacía memoria de algo, y pronunció algunas palabras.

—Señores, la sesión del Cuerpo legislativo va á terminar.

Tratóse primero de los presupuestos, que la Cámara acababa de votar tras una discusión de cinco días. El ministro de Hacienda indicó las aspiraciones expresadas por el informante. Por la primera vez la Cámara prestaba veleidades de crítica. Así pues, el informante aspiraba á ver que la amortización funcionara por modo normal y que el gobierno se satisficiera con los créditos votados, sin recurrir á la continua á demandas de créditos suplementarios. Por otra parte, había miembros que se habían lamentado del poco ó ningún caso que el Consejo de Estado hacía de sus observaciones, siempre que trataban de reducir la importancia de ciertos gastos. Uno de ellos había reclamado para el Cuerpo legislativo el derecho de formar los presupuestos.

—Según mi manera de ver, no ha lugar á to-

mar en consideración esas reclamaciones—dijo el ministro de Hacienda al dar fin á su perorata.—El gobierno forma sus presupuestos con la mayor economía posible; y tan palmaria verdad es ésta, que la comisión se ha visto en los mayores apuros para cercenar dos miserables millones... Estimo, por lo tanto, prudente aplazar tres demandas de créditos suplementarios, que se hallan en estudio. Un giro de fondos nos suministrará las cantidades necesarias, y más adelante quedará regularizada la situación.

El emperador asintió con un movimiento de cabeza. Parecía que no prestaba atención; con la mirada incierta, creeríasele como deslumbrado por la gran claridad que penetraba por la ventana de en medio, frontera á su persona. Tras de un nuevo silencio, todos los ministros dieron su aprobación, por de contado después de la del emperador. Durante un momento tan sólo se oyó un ligero rumor. Producíalo el guarda-sellos, que hojeaba un manuscrito de algunas páginas, que había abierto sobre la mesa. Consultó á sus colegas con una mirada, y dijo por último:

—Señor, aquí he traído el proyecto de una memoria referente á la creación de una nueva nobleza... No se compone todavía más que de simples apuntes, pero he creído que no estaría por demás, antes de madurar el proyecto, de leerlos en consejo, á fin de poder aprovechar todos los luminosos pareceres...

—Sí, lea usted, señor guarda-sellos—interrumpió el emperador.—Tiene usted razón.

Y medio se volvió para mirar al ministro de justicia, mientras leía. Animábase, y una amarilla luz brillaba en sus ojos grises.

La creación de una nueva nobleza tenía enton-

ces muy preocupada á la corte. El gobierno había empezado por someter al Cuerpo legislativo un proyecto de ley castigando con una multa y pena de prisión, á toda persona convicta de haberse atribuído, sin derecho alguno, un título nobiliario, cualquiera que fuese. Tratábase de ofrecer una sanción á los antiguos títulos y de preparar por tal modo la creación de otros nuevos. Semejante proyecto había suscitado en la Cámara una apasionada discusión; diputados devotísimos del imperio, habían puesto el grito en el cielo, afirmando que tal nobleza no podía existir en un Estado democrático; y, cuando se llegó á la votación, veintitres legaron á declararse contra el proyecto. No obstante, el emperador acariciaba su ensueño. El era quien había indicado al guarda-sellos todo un vasto plan.

La memoria daba principio con una parte histórica. A renglón seguido, el futuro sistema venía expuesto con toda extensión; los títulos habrían de ser distribuidos por categorías de funciones, á fin de hacer accesible la nueva nobleza á todos los ciudadanos; combinación democrática que pareció entusiasmar sobremanera al guarda-sellos. Seguía por último un proyecto de decreto. Al llegar al artículo II, el ministro levantó la voz, hablando pausadamente:

—«El título de conde será concedido después de cinco años de ejercicio en sus funciones ó dignidades, ó después de haber sido nombrados por Nos grandes cruces de la Legión de honor: á nuestros ministros y á los miembros de nuestro consejo privado; á los cardenales, á los mariscales, á los almirantes y á los senadores; á nuestros embajadores y á los generales de división que hayan mandado en jefe».

Detívose un instante, interrogando al emperador con la vista, como para preguntarle si no habría olvidado á alguien. Su Majestad, con la cabeza algo inclinada hacia el hombro derecho, pareció reconcentrar su atención; y murmuró por último:

—Estoy en que habrían de agregar los presidentes del Cuerpo legislativo y del Consejo de Estado.

El guarda-sellos movió vivamente la cabeza en señal de aprobación, y se apresuró á poner una nota al margen de su manuscrito. Después, en el momento en que iba á reanudar la lectura, fué interrumpido por el ministro de Instrucción pública y de Cultos, por tener una omisión que señalar.

—Los arzobispos...—empezó á decir.

—Perdone usted—dijo secamente el ministro de Justicia,—los arzobispos tan sólo deben de ser barones. Permítame usted que lea completamente el decreto.

No acertaba á coordinar las cuartillas de su manuscrito, y buscó por largo rato una página que sin duda se había traspapelado. Rougón, cómodamente arrellenado y con el cuello hundido en sus macizos hombros de campesino, se sonreía maliciosamente; y, al volver la cabeza, vió á su vecino el ministro de Estado, último representante de una antigua familia normanda, sonreirse también por modo desdeñoso. Entonces los dos encogieron ligeramente de hombros. El advenedizo y el gentil-hombre se habían comprendido.

—¡Ah! aquí está—repuso por último el guarda-sellos.—«Artículo III. El título de barón será concedido: 1.º A los miembros del Cuerpo legislativo que hayan sido honrados tres veces con la representación de sus conciudadanos; 2.º á los consejeros de

»Estado, después de ocho años de ejercicio; 3.º al primer presidente y al procurador general del tribunal de cuentas, á los generales de división y á los vice-almirantes, á los arzobispos y á los ministros plenipotenciarios, después de cinco años de ejercicio en sus funciones, ó si han obtenido el grado de comendador de la Legión de honor...»

Y continuó nombrando por el mismo consiguiente, á los primeros presidentes y procuradores generales de los Tribunales imperiales, á los generales de brigada y á los contra-almirantes, á los obispos, hasta á los alcaldes de cabeza de partido de primera clase... todos podían llegar á ser barones; tan sólo se les exigían diez años de servicio.

—A ese paso todo el mundo será barón—murmuró Rougón á media voz.

Sus colegas, que hacían como que le tenían por hombre mal educado, pusieron torcido gesto, para darle á entender que aquella broma la encontraban muy fuera de lugar. El emperador parecía como si no hubiese oído. No obstante, cuando la lectura hubo terminado, preguntó:

—¿Qué opinan ustedes del proyecto, señores?

Hubo un instante de vacilación. Se esperaba una interrogación más directa.

—Señor Rougón—repuso Su Majestad,—¿qué le parece á usted el proyecto?

—¡Pardiez, señor!—contestó el ministro del Interior sonriendo tranquilamente,—en mi concepto no puedo hablar en su abono en los mejores términos. Para mí ofrece el peor de los peligros, que es el ridículo. Sí, temería que todos esos señores barones no diesen pábulo á la risa. Y no pongo por delante los motivos graves, la idea de igualdad que priva en estos tiempos, el furor de vanidad que tamaño sistema desarrollaría...

Mas atájole la palabra el guarda-sellos, quien con gran acritud y ofendido en su amor propio, emprendió su defensa como si se le hubiese atacado personalmente. Teníase por burgués, hijo de burgueses, incapaz por lo tanto de atentar á los igualitarios principios de la sociedad moderna. La nueva nobleza debía de ser una nobleza democrática; y esta frase «nobleza democrática», expresaba, á no dudarlo, tan perfectamente su idea, que estuvo repitiéndola, no una sino varias veces seguidas. Rougón replicó, siempre sonriendo y sin enfadarse. El guarda-sellos, hombre pequeño, de pocas carnes y negruzco de cara, concluyó por lanzar personalidades injuriosas. El emperador permanecía como extraño á la contienda; volvía á mirar, con lentos movimientos de hombros, la viva claridad que llegaba de la ventana que tenía en frente. No obstante, cuando las voces alcanzaron tesitura más elevada y se hicieron molestas para su dignidad, murmuró:

—Señores, señores...

Y después, tras de corto silencio, prosiguió:

—El señor Rougón tal vez tiene razón... El asunto no está bien estudiado aún. Será preciso examinarlo bajo otras bases. Ya se verá más adelante.

El consejo examinó á renglón seguido muchos asuntos de escasa monta. Hablóse sobre todo del periódico *le Siècle*, uno de cuyos artículos acababa de producir un escándalo en la corte. No pasaba semana sin que se suplicase al emperador, por los que le rodeaban, que suprimiese aquel periódico, único órgano republicano que sobrevivía. Pero Su Majestad, personalmente, mostrábase muy benévolo para la prensa, y se entretenía á menudo, en el secreto del gabinete, en escribir largos ar-

tículos contestando á los ataques contra su gobierno; su sueño no confesado, consistía en contar con un periódico suyo propio, en el que pudiese publicar manifiestos y entablar polémicas. De todos modos se convino en que aquel día sería enviada á *le Siècle* una advertencia.

Sus Excelencias tuvieron el consejo por terminado, lo que se veía por el modo como aquellos señores se mantenían sentados en el borde de sus sillones. Hasta el ministro de la Guerra, un general de aburrido ceño, que no había abierto la boca en toda la sesión, sacaba ya los guantes del bolsillo, cuando Rougón, acodándose con decisión á la mesa:

—Señor—dijo,—yo desearía informar al consejo de un conflicto que se ha suscitado entre la comisión de vendedores ambulantes y mi humilde persona, con motivo de una obra presentada á la estampilla.

Sus colegas volvieron á acomodarse en sus sillones. El emperador medio se volvió, con ligero movimiento de cabeza, para autorizar al ministro del Interior á que continuara.

Entonces Rougón entró en los detalles preliminares. Ya no se sonreía ni tenía su aspecto bonachón. Inclinado á la orilla de la mesa y con el brazo derecho barriendo el tapete con movimiento regular, refirió que había querido presidir en persona una de las últimas sesiones de la comisión para estímulo de los miembros que la componían.

Indiquéles las miras del gobierno acerca de las mejoras que podrían introducirse en los importantes servicios de que están encargados... La venta ambulante ofrecería graves peligros si, convirtiéndose en un arma en manos de los revolucionarios, acabase por resucitar las disensiones y los odios.

La comisión tiene por lo tanto el deber de rechazar todas las obras que fomenten y exciten pasiones que ya no son de los tiempos que alcanzamos. Acogerá, por el contrario, los libros, cuya honradez le parecerá inspirar un acto de adoración á Dios, de amor á la patria y de agradecimiento á su soberano.

Los ministros, no muy complacidos, creyeron, no obstante, que debían saludar al oír el último miembro de la frase,

—El número de los malos libros aumenta de día en día—prosiguió.—Es una marea creciente contra la cual no habría medios suficientes para proteger al país. De cada doce libros publicados los once y medio sólo sirven para arrojarlos al fuego. Este es el término medio. Los sentimientos culpables, las teorías subversivas, las monstruosidades antisociales, no encontraron jamás tantos cantores. A veces me veo en la precisión de leer ciertas obras. Pues bien, aseguro...

El ministro de Instrucción pública se aventuró á interrumpirle.

—Las novelas—dijo.

—Yo nunca leo novelas—declaró secamente Rougón.

Su colega hizo un gesto de pudibunda protesta, un rodar de ojos escandalizado, como para jurar que él tampoco leía en su vida novelas. Y se explicó diciendo:

—Sencillamente quería decir lo siguiente: las novelas son primera y principalmente un alimento envenenado, presentado á las curiosidades nocivas de la multitud.

—Es indudable—repuso el ministro del Interior.—Mas hay obras de igual manera peligrosas; me

refiero á esas obras de vulgarización, en las cuales los autores se esfuerzan en poner al alcance de los campesinos y de los obreros un fárrago de ciencia social y económica, cuyo resultado más positivo se reduce á turbar la tranquilidad de los espíritus débiles... Precisamente un libro de esta calaña, *Las veladas del buen Jacobo*, está sometido en estos momentos al examen de la comisión. Trátase de un sargento que, de vuelta á su pueblo, conversa todos los domingos por la noche con el maestro de escuela, en presencia de una veintena de labradores; y cada conversación trata de un asunto particular, de los nuevos métodos de cultura, de las asociaciones obreras, del importante papel que representa el productor en la sociedad. He leído el tal libro, que un empleado me ha dado á conocer; me ha parecido tanto más perturbador, cuanto que oculta funestas teorías bajo una fingida admiración por las instituciones imperiales. No ofrece motivo para engañarse, es la obra de un demagogo. Así es que me he quedado sorprendido cuando he oído á muchos miembros de la comisión hablarme de él poniéndolo en las nubes. He discutido con ellos ciertos pasajes, sin que me parezca haberles convencido. El autor, ellos mismos me lo han dicho, hasta habría llegado á destinar un ejemplar de su libro á Vuestra Majestad... En este estado, señor, antes de ejercer la menor presión, he creído deber obtener su parecer, lo mismo que el del consejo.

Y miraba fijamente al emperador, cuyos vacilantes ojos acababan por posarse sobre una plegadera y la hizo girar entre sus dedos, murmurando:

—Sí, sí, *Las veladas del buen Jacobo*...

Y después, sin aventurarse más, dirigió una mi-

rada oblicua, á la izquierda y á la derecha de la mesa.

—Tal vez ustedes, señores, hayan leído ese libro, y tendría mucho gusto en saber...

No terminaba y como mascaba las frases. Los ministros se interrogaban furtivamente, contando unos y otros con que su adlátere iba á contestar, á dar una opinión. El silencio se prolongaba en medio de un malestar creciente. Era evidente que ninguno de ellos ni por el forro conocía siquiera semejante obra. El ministro de la guerra se encargó por último de hacer un gran gesto de ignorancia que abarcaba á todos sus colegas. El emperador se retorció el bigote y no se dió la menor prisa.

—¿Y usted, señor De'estang?—le preguntó.

De'estang se zarcó en su asiento, como movido por una lucha interior. Aquella interrogación tan á quema ropa le decidió. Mas, antes de soltar palabra, dirigió involuntariamente una mirada del lado de Rougón.

—He tenido en mis manos el volumen, señor.

Y se detuvo al ver los grandes ojos grises de Rougón fijos en él. Sin embargo, ante el manifiesto deseo del emperador, repuso con tembloroso labio:

—Tengo el sentimiento de no ser de la opinión de mi amigo y colega el señor ministro del Interior... A la verdad, la obra podría contener restricciones é insistir algo más en la prudente lentitud con que todo progreso verdaderamente útil debe realizarse. Mas no por eso *Las veladas del buen Jacobo* dejan menos de parecerme una obra concebida con las mejores intenciones. Las aspiraciones que en ella se encuentran expresadas para el porvenir, no atacan en modo alguno á las instituciones imperiales; son, por el contrario, algo

así como la expansión legítimamente esperada...

Volvió á guardar silencio. A pesar del cuidado que empleaba para volverse hacia el emperador, adivinaba, al otro lado de la mesa, la masa enorme de Rougón, apoyada en los codos y con el semblante pálido de sorpresa. Por regla general, Delestang era siempre del parecer del gran hombre. Así era que éste esperaba en un instante y con una sola palabra, atraerse al discípulo que se le subía á las barbas.

—Vamos á ver, hay que citar un ejemplo—exclamó, cruzando y haciendo crujir las manos.—Siénto no haber traído la obra... pero aquí tienen ustedes un capítulo que conservo casi íntegro en la memoria. El buen Jacobo habla de dos mendigos que van de puerta en puerta, por el pueblo; y, contestando á una pregunta que le hace el maestro de escuela, declara que va á enseñar á los campesinos el modo y forma de que no haya nunca ni un solo pobre entre ellos. Sigue á esto un complicado sistema para la extinción del pauperismo. Allí se encuentra uno en plena teoría comunista... El señor ministro de Agricultura y Comercio no puede en modo alguno aprobar semejante capítulo.

Delesttang, bruscamente retado, se atrevió á mirar á Rougón cara á cara.

—¡Oh! en plena teoría comunista—dijo,—va usted demasiado lejos. Yo no he sabido ver allí sino una exposición ingeniosa de los principios de asociación.

Y mientras hablaba, revolvía en su cartera.

—Precisamente tengo aquí la obra,—dijo por último.

Y se puso á leer el capítulo de que se trataba. Leía con voz tan dulce como monótona. Su her-

mosa cabeza de grande hombre de Estado, adquiría, en ciertos pasajes, una expresión de gravedad extraordinaria. El emperador escuchaba con profunda atención. Parecía gozar, sobre todo, de aquellos pasajes rebosantes de ternura, páginas en que el autor hacía hablar á sus campesinos un lenguaje de simplicidad infantil. En cuanto á Sus Excelencias, sentíanse verdaderamente arrobadas. ¡Que historia tan adorable! Rougón, desertado por Delestang, á quien había hecho conferir una cartera, con la sola idea de apoyarse en él en medio de la sorda hostilidad del consejo. Sus colegas se le echaban encima por sus continuas usurpaciones de poder, por su afán de dominio que le impulsaba á tratarles como simples dependientes, en tanto que presumía ser el consejero íntimo y el brazo derecho de Su Majestad. ¡E iba á encontrarse completamente aislado! Aquel Delestang era hombre digno de ser protegido.

—Tal vez se encuentren una ó dos palabras que merezcan...—murmuró el emperador así que la lectura quedó terminada.—Pero, en resumidas cuentas, á mí no se me alcanza... ¿No les parece á ustedes, señores?

—Cosa es de todo punto inocente—afirmaron los ministros.

Rougón evitó contestar y pareció encogerse de hombros, como aguantando el nublado. Pero en seguida volvió á la carga, contra Delesttang solamente. Todavía, durante algunos minutos, la discusión prosiguió entre ellos, mediante breves frases. Delesttang se envalentonaba, tornándose mordaz. Entonces poco á poco, Rougón se fué encrespando. Por vez primera sintió que su poder crujía bajo sus plantas; así fué que, levantándose de repente,

se dirigió al emperador con vehemente actitud:

—Señor, se trata de una bagatela, la estampilla será concedida, puesto que Vuestra Majestad, en su alta sabiduría, estima que el libro no ofrece peligro alguno. Pero mi deber es declararlo, señor; sobrevendrían los mayores peligros tan solo con que se otorgaran á Francia la mitad de las libertades reclamadas por ese buen hombre de Jacobo. Vuestra Majestad me ha llamado al poder en circunstancias terribles. Vuestra Majestad me ordenó que no tratase, con el empleo de una moderación extemporánea, de llevar la tranquilidad á los espíritus de los que temblaban. Con arreglo á vuestros deseos me he hecho temer. Creo haberme conformado con vuestras menores instrucciones y haberos prestado los servicios que esperábais de mí. Si alguien me acusara de excesiva dureza, si se me reprochase el abuso del poder de que Vuestra Majestad me ha investido, semejante reproche, señor, procedería con seguridad de un adversario de vuestra política... Pues bien, créalo Vuestra Majestad, el cuerpo social se encuentra asimismo profundamente perturbado, y, desgraciadamente no he conseguido, en las pocas semanas que llevo en el poder, curarle de los males que le corroen. Las pasiones anárquicas rugen siempre en las hondonadas de la demagogía. No quiero ostentar esta llaga, exagerando el horror que produce; mas tengo el deber de recordar su existencia, á fin de poner en guardia á Vuestra Majestad contra los generosos impulsos de su corazón. Se ha podido confiar por un instante en que la energía del soberano y la solemne voluntad del país habían rechazado para siempre, y reducido á la nada, las abominables épocas de perversión pública. Los acontecimientos han ve-

nido á probar el doloroso error en que se estaba. Yo suplico á Vuestra Majestad, en nombre de la nación, que no retire su poderosa mano. El peligro no está en las excesivas prerrogativas del poder, sino en la falta de leyes represivas. Si Vuestra Majestad retirase su mano, vería fermentar las heces del populacho, se encontraría sin perder momento atropellado por las exigencias revolucionarias, y vuestros más enérgicos defensores en breve no sabrían ya cómo defenderos... Permítame insistir sobre el particular; por tal modo, las catástrofes del siguiente día llegarían á ser aterradoras. La libertad sin las debidas restricciones es imposible en un país, en donde existe una facción obstinada en desconocer las bases fundamentales del gobierno. Habrán de transcurrir largos años antes de que el poder absoluto se imponga á todos, que borre de las memorias el recuerdo de las antiguas luchas, que se haga indiscutible hasta el punto de dejarse discutir. Fuera del principio de autoridad aplicado con todo su rigor, no hay salvación posible para Francia. El día en que Vuestra Majestad estime que debe conceder al pueblo la más inofensiva de las libertades, aquel día comprometerá entero el porvenir. Una libertad no va sino seguida de otra segunda, luego llega la tercera, barriéndolo todo, las instituciones y las dinastías. Conviértese en la máquina implacable, en el engranaje que se apodera de la yema del dedo, atrae la mano, devora el brazo, tritura el cuerpo... Y, señor, ya que me permito explicarme con tanta libertad sobre asunto semejante, agregaré que si el parlamentarismo ha destruído una monarquía, no por eso ha de dársele un imperio que matar. El Cuerpo legislativo representa un papel demasiado absorbente de por sí; no debe asociar-

sele todavía más á la política directora del soberano; sería el origen de las más alborotadoras y de las más deplorables discusiones. Las últimas elecciones generales han probado nuevamente el agradecimiento eterno del país; mas no por eso han dejado de ofrecerse hasta cinco candidaturas cuyo escandaloso éxito debe de constituir un aviso. Hoy día la batallona cuestión es la de impedir la formación de una minoría oponente, y, sobre todo, si llega á formarse, no se la concedan armas para combatir al poder con más impudencia. Un parlamento que se calla es un parlamento que trabaja... En cuanto á la prensa, señor, lo que hace es cambiar la libertad por la licencia. Desde mi entrada en el ministerio, leo con toda atención los informes, y el hastío se apodera de mí todas las mañanas. La prensa es el receptáculo de todos los fermentos nauseabundos; fomenta las revoluciones, es la hoguera siempre viva, en que se producen los incendios. Tan sólo llegará á ser inútil el día en que se la haya podido domar y emplear su poder como instrumento de gobierno... No hablo de otra clase de libertades, de la libertad de asociación, de reunión, de hacer cuanto venga en gana. Se las pide con todo respeto en *Las veladas del buen Jacobo*; más adelante se exigirán á la fuerza. Estos son mis terrores. Entiéndame bien Vuestra Majestad: Francia necesita por mucho tiempo sentir el peso de un brazo de hierro...

Y se repetía y defendía su poder con vehemencia creciente. Y de esta manera continuó cerca de una hora, al abrigo del principio de autoridad, escudándose, envolviéndose, como quien emplea toda la resistencia de su armadura. Y, á pesar de su apasionamiento, conservaba la sangre fría suficiente para vigilar á sus colegas, para espiar en sus semblantes el

efecto de sus palabras. Los rostros de los ministros aparecían pálidos, inmóviles.

De repente Su Excelencia se calló. Guardóse un buen rato de silencio, y el emperador había vuelto á entretenerse con el cuchillo de cortar papel.

—El señor ministro del Interior ve con colores demasiado negros la situación de Francia—dijo por último el ministro de Estado.—Tengo para mí que nada amenaza hoy día nuestras instituciones. El orden es absoluto. Podemos muy bien descansar en la alta sabiduría de Su Majestad. Hasta es faltar á la confianza que nos merece abrigando temores...

—Eso es, eso es—dijeron varias voces.

—Y yo agregaré—dijo á su vez el ministro de Negocios extranjeros,—que nunca Francia se ha visto más respetada por Europa entera. Por do quiera, en el extranjero, se rinde homenaje á la política firme y digna de Su Majestad. En todas las cancillerías se sustenta la opinión de que Francia ha entrado para siempre en una era de paz y de grandeza.

Por lo demás, ninguno de aquellos señores cuidó de combatir el programa político defendido por Rougón. Las miradas se dirigían á Delestang. Este comprendió lo que se esperaba de él y dió con dos ó tres frases, comparando el imperio á un edificio.

—Es cierto que el principio de autoridad no debe ser debilitado; mas no hay que cerrar sistemáticamente la puerta á las libertades públicas... El imperio es como un lugar de asilo, un vasto y magnífico edificio cuyos indestructibles cimientos ha puesto Su Majestad con sus propias manos. Hoy sigue trabajando para elevar las paredes. No hay más sino que llegará un día en que, terminada su tarea, deberá

pensar en el coronamiento del edificio, y entonces será cuando...

—¡Jamás!—interrumpió vivamente Rougón.—¡Todo se vendrá al suelo!

El emperador extendió la mano para cortar la discusión. Sonreíase y parecía despertar de un sueño.

—Bien, bien—dijo.—Hemos salido de los asuntos corrientes... Ya veremos.

Y, habiéndose levantado, agregó:

—Señores, es tarde; almorzarán ustedes en el castillo.

El consejo había terminado. Los ministros empujaron sus sillones, se levantaron y saludaron al emperador, quien se retiró á paso menudo. Pero Su Majestad se volvió, diciendo:

—Señor Rougón, le ruego que oiga una palabra.

Entonces, en tanto que el soberano atraía á Rougón al hueco de una ventana, Sus Excelencias, al otro lado de la habitación, se apresuraron en torno á Delestang. Felicitáronle discretamente, con guiñar de ojos y maliciosas sonrisas, con todo un ahogado murmullo de encomiástica aprobación. El ministro de Estado, persona de claro talento y de gran experiencia, fué el que se mostró particularmente trivial; había sentado para sí el principio de que la amistad de los imbéciles trae la felicidad.

Delestang, modesto y grave, se inclinaba á cada felicitación.

—No, véngase usted—dijo el emperador á Rougón.

Y tomó el partido de llevarse á su gabinete, estancia bastante angosta, atestada de periódicos y de libros dejados en los muebles. Allí encendió un cigarrillo, y luego enseñó á Rougón el modelo en miniatura de un nuevo cañón, inventado por un

oficial; el cañoncito parecíase á un juguete de niño. Expresábase Su Majestad en tono de gran benevolencia, pareciendo querer probar al ministro que continuaba distinguiéndole con todo su favor. Sin embargo, Rougón olfateaba una explicación, y quiso ser el primero en hablar.

—Señor—dijo,—no se me oculta la saña con que soy atacado en presencia de Vuestra Majestad.

El emperador sonrió sin contestar. La corte, en efecto, se había nuevamente declarado en contra suya. Acusábasele á la sazón de abuso de poder y de comprometer al imperio con brutalidades. Los infundios más extraordinarios corrían acerca de él; los corredores de palacio rebosaban de anécdotas y de quejas, cuyos ecos, todas las mañanas, llegaban al gabinete imperial.

—Siéntese usted, señor Rougón, siente usted—dijo por fin el emperador con natural bondad.

Luego, sentándose él también, continuó:

—Me zumban los oídos con multitud de asuntos, y prefiero hablar de ellos con usted... ¿Qué hay acerca de ese notario que ha muerto en Niort, á consecuencia de su arresto? Un tal señor Martineau, según creo.

Rougón dió detalles con todo sosiego. Aquel Martineau era un hombre muy comprometido, un republicano cuya influencia en el departamento podía ofrecer serios peligros. Habíasele prendido, y murió.

—Sí, eso es, murió, y esto es enojoso—repuso el soberano.—Los periódicos hostiles se han apoderado del suceso, y lo refieren por modo misterioso, con reticencias de efecto deplorable... Todo eso me tiene disgustado, señor Rougón.

Y no insistió más, y continuó todavía algunos segundos, con el cigarrillo pegado á los labios,

—Ultimamente fué usted á los Deux-Sèvres—prosiguió,—y asistió usted á una solemnidad... ¿Está usted muy seguro de la solidez financiera del señor Kahn?

—¡Oh! ¡absolutamente seguro!—exclamó Rougón. Y entró en nuevas explicaciones. El señor Kahn se apoyaba en una sociedad inglesa muy rica; las acciones del camino de hierro de Niort á Angers se cotizaban con prima en la Bolsa; era la más bonita operación que cabía imaginar. El emperador parecía incrédulo.

—Se han manifestado en presencia mía ciertos temores—murmuró.—Usted comprende muy bien lo doloroso que sería que su nombre se viese mezclado á una catástrofe... Pero, ya que usted me asegura lo contrario...

Y dejó á un lado aquel segundo asunto para pasar al tercero.

—Lo propio sucede con el prefecto de los Deux-Sèvres, de quien están muy descontentos, según me han asegurado. Parece que ha vuelto todo aquello lo de arriba abajo. Dícese además que es hijo de un antiguo alguacil, cuyas extravagantes costumbres dan mucho que hablar en el departamento... ¿El señor Du Poizat es amigo de usted, según tengo entendido?

—Uno de mis buenos amigos, señor.

El emperador se puso en pie, y lo mismo hizo Rougón. Aquél se dirigió hasta á una ventana, y después volvió despidiendo ligeras espirales de humo.

—Tiene usted muchos amigos, señor Rougón,—dijo el emperador con cierta malicia.

—Sí, señor, muchos—contestó sin ambages el ministro.

Hasta allí el emperador había con seguridad re-

petido las chismografías del castillo, las acusaciones de las personas que le rodeaban. Pero algo más debía de saber, hechos ignorados en la corte, de que sus agentes secretos le habían informado, y á los cuales otorgaba mayor interés; pereciase por el espionaje, por todo el subterráneo trabajo de la policía. Por unos instantes estuvo mirando á Rougón con rostro sonriente; y después, con acento confidencial, como quien se regocija:

—¡Oh! estoy al tanto, mucho más de lo que querría... Allá va un hecho de poca monta. Usted ha permitido la entrada en sus oficinas á un joven, hijo de un coronel, á pesar de que no ha podido presentar el título de bachiller. Esto no reviste importancia, ya lo sé. Pero si usted se diera cuenta de la polvareda que estas cosas levantan!... Estas tontorías sublevan á todo el mundo y resulta una desastrosa política.

Rougón no contestó nada. Su Majestad no había concluído. Desplegaba los labios, como buscando una frase; pero lo que decir tenía le era molesto y vacilaba al descender hasta tal punto. Por último balbuceando agregó:

—No le hablaré á usted de ese ujier, uno de sus protegidos, un tal Merle, ¿no es eso? Se embriaga á la continua, se insolenta, y el público y los empleados ponen el grito en el cielo... Todo esto es desagradable, muy desagradable.

Después, alzando la voz, terminó bruscamente diciendo:

—Tiene usted demasiados amigos, señor Rougón; toda esa gente le perjudica. Se le prestaría á usted un gran servicio haciendo que rompiese con ellos... Vamos á ver, concédame la destitución del señor Du Poizat y prométame abandonar á los demás.

Rougón se había quedado impasible. Inclínose y dijo con acento de convicción:

—Señor, yo pido por el contrario á Vuestra Majestad la cruz de oficial de la Legión de honor para el prefecto de los Deux-Sèvres... Tengo además muchos favores que solicitar...

Sacó del bolsillo un librito de memorias y continuó:

—El señor Béjuin suplica á Vuestra Majestad se digne visitar su cristalería de Saint-Florent, cuando se dirija á Bourges... El coronel Jobelin desea una colocación en los palacios imperiales... El ujier Merle hace presente que ha obtenido la medalla militar y solicita un estanco para una de sus hermanas...

—¿Nada más?—preguntó el emperador, que había vuelto á sonreír.—Es usted un protector heroico; sus amigos le deben adorar.

—No, señor, no me adoran ni mucho menos; lo que hacen es sostenerme—agregó Rougón con su ruda franqueza.

Aquellas palabras llamaron mucho la atención del soberano. Rougón acababa de entregar todo el secreto de su fidelidad; el día en que dejase dormir su crédito, éste tendría fin; y, á pesar del escándalo, á pesar del descontento y de la traición de su banda, sólo con ella contaba, con ella tan sólo podía apoyarse, hallábase condenado á asistirle en salud, si él á su vez quería gozar de ella. Cuanto más obtenía para sus amigos, cuanto más parecían enormes y poco merecidos los favores que concedía, más fuerte el gran hombre resultaba. Con todo respeto y con marcada intención agregó:

—Yo deseo con todo mi corazón que Vuestra Majestad, para la grandeza de su reinado, conserve por luengos años á su alrededor á los ser-

vidores leales y abnegados que le ayudaron á la restauración del imperio.

El emperador ya no se sonreía. Dió algunos pasos, entornados los ojos, pensativo; parecía haber perdido el color y que era pasto de un escalofrío. En aquella naturaleza mística, los presentimientos se imponían con extremada fuerza. Cortó en redondo la conversación para no llegar á las consecuencias, relegando para más adelante el cumplimiento de su voluntad. Volvió á mostrarse sumamente afectuoso. Y, retrotrayéndose á la discusión que había tenido lugar en el consejo, hasta pareció dar la razón á Rougón, ahora que podía hablar sin comprometerse demasiado. El país no estaba en realidad maduro lo bastante para la libertad. Por mucho tiempo aun una mano enérgica debía imprimir á los negocios del Estado una marcha resuelta, exenta de toda debilidad. Y dió fin renovando al ministro la seguridad de su completa confianza; concedíale plena libertad de obrar y le confirmaba todas sus instrucciones precedentes. Esto no obstante, Rougón creyó deber insistir.

—Señor—le dijo—yo no podría hallarme á merced de la malevolencia; para llevar á cabo la pesada tarea de que en el día me considero responsable, necesito ante todo estabilidad.

—Señor Rougón—contestó el emperador,—obre usted sin temor, en la seguridad de que estoy con usted.

Y, dando por terminada la conferencia, se dirigió hacia la puerta del gabinete, seguido por el ministro. Salieron y atravesaron muchas habitaciones hasta llegar al comedor. Pero, en el momento de entrar, el soberano se volvió y se llevó á Rougón al extremo de una galería.

—¿De modo—le dijo á media voz—que usted no aprueba el sistema de ennoblecimiento, propuesto por el señor guarda-sellos? Habría deseado muy mucho verle á usted favorable al proyecto. Estudie usted el asunto.

Y luego, sin esperar contestación, agregó con su acento de tranquila testarudez:

—No corre ninguna prisa; esperaré diez años, si es preciso.

Después del almuerzo, que duró apenas media hora, los ministros pasaron á un saloncito inmediato, en donde el café fué servido. Allí permanecieron todavía unos instantes, hablando en pie en torno al emperador. Clorinda, á quien la emperatriz había igualmente retenido á almorzar, se presentó en busca de su marido, con el atrevido desembarazo de la mujer que frecuenta los círculos de personajes políticos. Tendió la mano á muchos de aquellos señores. Todos se mostraron solícitos y la conversación tomó otro sesgo. Pero Su Majestad se mostró tan galante con la joven, la acosó por tal manera, con el cuello extendido y mirando por modo significativo, que Sus Excelencias creyeron discreto y oportuno separarse poco á poco. Cuatro, y después tres más, salieron á la terraza del castillo por una puerta-ventana. Dos tan sólo se quedaron en el salón, por el bien parecer. El ministro de Estado, solícito en extremo y comunicando una actitud afable á su alta representación de gentilhomme, se habla llevado á De'estang; y, desde la terraza, le señalaba París, á lo lejos. Rougón, en pie al sol, quedábase también absorto ante el espectáculo de la gran ciudad, que cerraba el horizonte, semejante á un azulado derrumbamiento de nubes, más allá de la inmensa sábana de verdura del Bosque de Boloña.

Aquella mañana Clorinda estaba en extremo hermosa. Mal pergeñada como siempre, arrastrando su vestido de seda, color cereza pálido, parecía haberse echado encima las prendas de su ropaje de prisa y corriendo, aguijoneada tal vez por algún deseo. Refase, con los brazos caídos, y todo su cuerpo parecía ofrecerse. En un baile, en el ministerio de marina, á donde había ido de *Sota*, llevando corazones de diamantes en el cuello, en las muñecas y en las rodillas, había hecho la conquista del emperador; y después de aquella velada, pareció haber quedado siendo su amiga, bromeando sencillamente siempre que Su Majestad se dignaba encontrarla hermosa.

—Mire usted, señor De'estang—decía en la terraza el ministro de Estado á su colega,—mire usted allá abajo, á la izquierda, la cúpula del Panteón presenta un color azul celeste de belleza extraordinaria.

Mientras que el marido se maravillaba, el ministro, guiado por la curiosidad, trataba de dirigir sus miradas al centro del saloncito, por la puerta-ventana que había quedado abierta. El emperador, inclinado, parecía hablar en el rostro de la joven, la que se echaba atrás, como para huir de él, lanzando sonoras carcajadas. Distinguíase tan sólo el borroso perfil de Su Majestad, una oreja prolongada, una gran nariz roja y una boca de gruesos labios, ocultos casi bajo el estremecimiento de los bigotes; la fugaz posición de la mejilla, el rabillo del ojo entrevisto apenas, demostraban un ardor de concupiscencia, el sensual apetito de los hombres á quienes embriaga tan sólo el olor á mujer. Clorinda, provocadora de seducción, se negaba con un imperceptible movimiento de cabeza, sin dejar de

provocar con su aliento, á cada una de sus carcajadas, el apetito con tanta inteligencia encendido.

Cuando Sus Exce'encias volvieron al salón la joven decía al levantarse, sin que se pudiese adivinar á qué frase respondía:

—¡Oh, señor, no se fie Vuestra Majestad; soy tan terca como una mula!

Rougón, á pesar de su contienda se volvió á París con Delestang y Clorinda. Esta parecía querer hacer las paces con él. No la dominaba ya aquella inquietud nerviosa que la impelía á los asuntos de conversación desagradables; hasta le miraba, de tanto en tanto, con una especie de compasión sonriente. Cuando el landó, en el Bosque inundado por el sol, rodó suavemente á orillas del lago, la joven se acomodó en su asiento, y murmuró exhalando un suspiro de satisfacción:

—¡Qué hermoso día hace hoy!

Y luego, después de haber permanecido un instante pensativa, preguntó á su marido:

—Dime ¿es cierto que tu hermana, la señora de Combelot, continúa enamorada del emperador?

—Enriqueta está loca—contestó Delestang, encojiéndose de hombros.

Rougón dió detalles sobre el particular.

—Sí, sí, siempre—dijo.—Cuéntase que una noche se echó á los pies de Su Majestad... El la levantó y la aconsejó que esperase...

—¡Pues bien! ya puede esperar sentada—exclamó gozosamente Clorinda.—Otras habrá antes que ella.

XIII

Clorinda se hallaba entonces en una expansión de extravagancia y de poderío. Continuaba siendo la gran muchacha excéntrica que correteaba las calles de París en un trotón de alquiler, para conquistar un marido, pero la joven, convertida en mujer, con el busto desarrollado y fuerte de caderas, llevaba á cabo después, con toda pausa, los actos más extraordinarios, realizando por tal modo su ensueño, por tanto tiempo acariciado, de ser una potencia. Sus interminables correrías al fondo de los barrios más ignorados, sus correspondencias inundando de cartas hasta los rincones de Francia é Italia, su continuo roce con los personajes políticos en cuya amistad se ingería, toda aquella desordenada agitación llena de inconsecuencias, sin objeto lógico, habían concluído por alcanzarle una influencia real, indiscutible. Todavía echaba á volar cosas enormes, proyectos locos, esperanzas extravagantes, siempre que hablaba con seriedad; continuaba paseando su enorme cartera desvencijada, sujeta con bramantes, llevándola en sus brazos como si fuese una muñeca, y esto por modo tan formal y convencido, que los transeuntes se sonreían, al verla pasar con sus largas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO P. VES"
Año. 1925 MONTEREAL, MEX.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO P. VES"
Año. 1925 MONTEREAL, MEX.

provocar con su aliento, á cada una de sus carcajadas, el apetito con tanta inteligencia encendido.

Cuando Sus Exce'encias volvieron al salón la joven decía al levantarse, sin que se pudiese adivinar á qué frase respondía:

—¡Oh, señor, no se fie Vuestra Majestad; soy tan terca como una mula!

Rougón, á pesar de su contienda se volvió á París con Delestang y Clorinda. Esta parecía querer hacer las paces con él. No la dominaba ya aquella inquietud nerviosa que la impelía á los asuntos de conversación desagradables; hasta le miraba, de tanto en tanto, con una especie de compasión sonriente. Cuando el landó, en el Bosque inundado por el sol, rodó suavemente á orillas del lago, la joven se acomodó en su asiento, y murmuró exhalando un suspiro de satisfacción:

—¡Qué hermoso día hace hoy!

Y luego, después de haber permanecido un instante pensativa, preguntó á su marido:

—Dime ¿es cierto que tu hermana, la señora de Combelot, continúa enamorada del emperador?

—Enriqueta está loca—contestó Delestang, encojiéndose de hombros.

Rougón dió detalles sobre el particular.

—Sí, sí, siempre—dijo.—Cuéntase que una noche se echó á los pies de Su Majestad... El la levantó y la aconsejó que esperase...

—¡Pues bien! ya puede esperar sentada—exclamó gozosamente Clorinda.—Otras habrá antes que ella.

XIII

Clorinda se hallaba entonces en una expansión de extravagancia y de poderío. Continuaba siendo la gran muchacha excéntrica que correteaba las calles de París en un trotón de alquiler, para conquistar un marido, pero la joven, convertida en mujer, con el busto desarrollado y fuerte de caderas, llevaba á cabo después, con toda pausa, los actos más extraordinarios, realizando por tal modo su ensueño, por tanto tiempo acariciado, de ser una potencia. Sus interminables correrías al fondo de los barrios más ignorados, sus correspondencias inundando de cartas hasta los rincones de Francia é Italia, su continuo roce con los personajes políticos en cuya amistad se ingería, toda aquella desordenada agitación llena de inconsecuencias, sin objeto lógico, habían concluído por alcanzarle una influencia real, indiscutible. Todavía echaba á volar cosas enormes, proyectos locos, esperanzas extravagantes, siempre que hablaba con seriedad; continuaba paseando su enorme cartera desvencijada, sujeta con bramantes, llevándola en sus brazos como si fuese una muñeca, y esto por modo tan formal y convencido, que los transeuntes se sonreían, al verla pasar con sus largas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO PUGH"
Año. 1925 MONTREAL, MEX.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO PUGH"
Año. 1925 MONTREAL, MEX.

y sucias faldas. Sin embargo, había quien la consultaba y hasta quien la temía. Nadie habría podido decir á punto fijo de dónde obtenía su poder; había fuentes lejanas, múltiples, desaparecidas, á cuyo origen era muy difícil remontarse. Cuanto más, llegaban á saberse retazos de historias, anécdotas que se susurraban al oído. El conjunto de aquella singular criatura desaparecía; era una imaginación desquiciada, un buen sentido escuchado y obedecido, un cuerpo soberbio en donde se apoyaba quizás el único secreto de su soberanía. Por lo demás; poco importaba la base de la fortuna de Clorinda. Bastaba con que reinase, siquiera fuese como reina fantástica. Todos ante ella se inclinaban.

Aquella fué para la joven una época de dominación. En su casa, en su gabinete de tocado, en donde se veían en completo desorden hasta palanganas nada limpias, se centralizaba toda la política de las cortes de Europa. Antes que las embajadas, sin que adivinarse pudiera por qué vías, Clorinda recibía las noticias, los detallados informes, en que se contenían anuncios de las menores pulsaciones de la vida de los gobiernos. Así era que se hallaba rodeada de una especie de corte compuesta de banqueros, de diplomáticos, de íntimos, que acudían para ver si podían hacerla confesar. Los banqueros, sobre todo, se mostraban muy solícitos cortesanos. De un solo golpe hizo ganar á uno de ellos un centenar de millones, con la simple confidencia de un cambio de ministerio en una nación vecina. Miraba con desdén ciertos manejos de la menuda política; y contaba cuanto sabía, los chismes de la diplomacia, los embustes internacionales de las capitales, tan sólo por el placer de hablar y de demostrar que vigilaba á un tiempo á Turín, Viena, Madrid, Londres, has-

ta á Berlín y San Petersburgo; entonces surgía una oleada de informes inagotables acerca de la salud de los reyes, de sus amores, de sus costumbres, del personal político de cada país; de la crónica escandalosa del más pequeño ducado alemán. A los hombres de Estado juzgábalos con una sola frase, saltaba del Norte al Mediodía sin transición, removía con toda displicencia los reinos con las yemas de sus dedos, vivía en ellos como en su propia casa, como si la inmensa tierra, con sus ciudades, sus pueblos, se hubiese contenido en una caja de juguetes, de los cuales hubiese dispuesto á su capricho las casitas de cartón y los muñecos de madera. Luego, así que se callaba, molida con tanta charla, acababa por castañetear el pulgar con el dedo de en medio, acto que le era familiar, para dar á entender que todo aquello no valía ni el ligero ruido que producían sus dedos.

En aquel entonces, en medio del desorden de sus múltiples ocupaciones, lo que más la apasionaba, era un asunto de la mayor gravedad, del que se esforzaba en no hablar, sin poder, sin embargo, privarse del goce de ciertas alusiones. Quería Venecia. Cuando hablaba del gran ministro italiano, decía: «Cavour», en tono familiar. Y añadía: «Cavour no quería, pero he querido yo, y ha comprendido». Encerrábase mañana y tarde con el caballero Rusconi, en la embajada. Por lo demás, «el asunto» marchaba ahora á qué quieres boca. Y, con toda tranquilidad, echando atrás su frente de diosa, hablaba en una especie de sonambulismo, soltaba retazos de frases sin conexión; tan pronto dejaba adivinar una entrevista secreta entre el emperador y un hombre de Estado extranjero, como un proyecto de tratado de alianza, ciertos artículos

del cual se discutían aún, ó bien se anunciaba una guerra para la primavera próxima. Otros días se presentaba furiosa; daba puntapiés á las sillas, en su habitación, y empujaba las jofainas de su gabinete hasta romperlas; acometía una cólera de reina traicionada por ministros imbéciles, que ve andar su reino de mal en peor. En aquellos días extendía trágicamente su brazo desnudo y poderoso, con el puño cerrado, hacia el Sudeste, del lado de Italia, repitiendo «Ah! si yo me encontrara allí, no cometerían tantas atrocidades!»

Las inquietudes de la alta política no eran obstáculos para que Clorinda embistiese de frente toda clase de tareas, en las que parecía acabar por perderse. Encontrábase con frecuencia sentada en la cama, con su enorme cartera vaciada sobre la colcha, y hundiéndose hasta los codos en el montón de papeles, con la cabeza perdida y llorando de rabia; no se conocía ya á sí misma en medio de aquél farrago de hojas sueltas, y á veces buscaba algún legajo extraviado, que encontraba por fin tras de un mueble, bajo algunas botinas viejas, con su ropa blanca sucia. Cuando salía para terminar un asunto, preparaba de paso dos ó tres aventuras más. Sus diligencias se complicaban, vivía en continua excitación, abandonándose á un turbión de ideas y de hechos, teniendo á sus plantas profundidades y complicaciones de intrigas desconocidas, insondables. Llegada la noche, después de días enteros de correrías al través de París, cuando entraba en su casa con las piernas destrozadas de tanto subir y bajar escaleras, arrastrando entre los pliegues de sus faldas los indefinibles olores de los ambientes que acababa de atravesar, nadie habría osado sospechar la mitad de los asuntos que la llevaban de un

extremo á otro de la ciudad; si se la interrogaba se echaba á reír; no siempre hacía memoria.

Entonces fué cuando concibió la extravagante idea de instalarse en un gabinete particular de uno de los grandes restaurantes del bulevar. El hotel de la calle del Coliseo—á lo que ella decía—se hallaba lejos de todo; ella quería un apeadero en un paraje céntrico; é hizo su despacho de negocios del gabinete particular. Durante dos meses, allí recibió, servida por jovencitos, encargados de introducir á los más encumbrados personajes. Funcionarios, embajadores, ministros, fueron presentándose en el restauran. Clorinda, muy á su sabor, hacía instalarse en un diván de asiento hundido cenado en el carnaval; ella permanecía sentada delante de la mesa, cuyo mantel estaba siempre puesto, llena de migas de pan y atestada de papeles. Allí acampaba como un general. Un día, acometida de una indisposición, fué tranquilamente á tenderse en los desvanes, en el cuarto del maestresala que la servía, un mocetón morenito, á quien permitía que la besara. Hasta cerca de media noche no consintió en volver á su casa.

Delestang, á pesar de los pesares, tenía por hombre feliz. Parecía como que ignoraba las excentricidades de su consorte. Poseíale á la sazón por completo y se servía de él á su mejor talante, sin que él se permitiese rezongar. Su temperamento le predisponía para tamaña servidumbre. Sentíase sobrado á sus anchas con el secreto abandono de su voluntad, para que pensase intentar una actitud levantisca. En la intimidad del hogar, él era quien por las mañanas, cuando había consentido en tolerarle á su lado, le prestaba al levantarse ciertos servicios; buscábale por doquiera, bajo los mue-

bles, las botinas extraviadas y desapareadas, y ponía patas arriba la ropa blanca de un armario, antes de dar con una camisa sin agujeros. Bastábale con conservar en sociedad su actitud de hombre sonriente al par que superior. Casi se le respetaba; tanto era lo que hablaba de su mujer, en tono de serenidad y de protección afectuosas.

Clorinda, convertida en dueña omnipotente, había concebido la idea de hacer venir á su madre de Turin; quería que en lo sucesivo la condesa Balbi pasase con ella seis meses cada año. ¡Qué súbita explosión de ternura filial se vió entonces! Volvió lo de arriba abajo en un piso del hotel, á fin de que la proveyta dama estuviese alojada lo más cerca posible de su habitación. Hasta se le ocurrió abrir una puerta de comunicación, que iba de su gabinete tocador á la alcoba de su madre. En presencia de Rougón, sobre todo, hacía alarde de su cariño con italiana exageración de expresiones cariñosas. ¿Cómo—decía,—había podido resignarse á vivir por tanto tiempo separada de la condesa, ella, que no la había dejado nunca ni una sola hora, antes de su matrimonio? Y se acusaba de la dureza de su corazón. Mas no era culpa suya; había tenido que ceder á consejos, á pretendidas necesidades, cuya significación no comprendía aún. Rougón, ante aquella rebelión, ni pestañeó siquiera. Ya no la catequizaba, ya no procuraba hacer de ella una de las mujeres más distinguidas de París. En otro tiempo, la joven había podido llenar el vacío de su existencia, cuando la fiebre de la ociosidad le encendía la sangre y despertaba los apetitos en sus miembros de luchador en reposo. Ahora ya, en plena batalla, apenas se ocupaba de semejantes cosas; su escasa sensualidad encontrá-

base devorada por sus catorce horas de trabajo diario. Seguía tratándola cariñosamente, con aquella pizca de desdén que otorgaba por regla general á las mujeres. Iba, no obstante, de cuando en cuando á verla, con los ojos como encendidos por el despertar de una antigua pasión siempre insaciada. Seguía siendo su vicio, la única carne que le perturbaba.

Desde que Rougón habitaba en el ministerio, en donde sus amigos se condolían de no poder ya encontrarle en la intimidad, á Clorinda se le puso en la cabeza recibir á sus amigos en su casa. Poco á poco establecióse la costumbre. Y, para mejor indicar que sus veladas reemplazaban á las de la calle de Marbeuf, eligió igualmente los domingos y jueves; solo, que en la calle del Coliseo, se permanecía hasta la una de la madrugada. Recibía en su gabinete, porque Delestang tenía siempre en su poder las llaves del gran salón, por miedo á las manchas de grasa. Mas, como el gabinete resultaba demasiado reducido, dejaba su alcoba y su cuarto tocador abiertos, tanto y tan bien, que muy á menudo se amontonaban los amigos en la alcoba, en medio de los pingajos que andaban de aquí para allá.

El gran interés de Clorinda, en jueves y domingos, se cifraba en llegar á casa lo más pronto posible, para comer en un santiamén y poder hacer los honores. A pesar de sus esfuerzos de memoria, aquel sistema no fué parte, en dos ocasiones, para olvidar tan por completo á sus invitados, que se quedó estupefacta al ver tanta gente en torno á su cama, cuando llegó pasada la media noche. En cambio un jueves, en los últimos días de mayo, como cosa extraordinaria, se presentó sobre las cinco;

había salido á pie, y había recibido el gran chaparrón desde la plaza de la Concordia, sin querer resignarse á pagar un simón de treinta sueldos para remontar los Campos Elíseos. Calada hasta los huesos, pasó en seguida á su cuarto tocador, en donde su doncella Antonia, con la boca embadurnada con un pastelillo de dulce, la desnudó, riendo á más no poder, por el chorrear de sus faldas, que llenaban el pavimento.

—Ahí está un caballero—dijo por último la doncella, cuando se hubo sentado en el suelo para quitarle las botinas. Una hora ha que está esperando.

Clorinda le preguntó las señas del caballero. Entonces Antonia se quedó en el suelo, mal peinada, con la ropa nada limpia y exhibiendo sus blancos dientes en su rostro moreno. El caballero era grueso, pálido y de severo aspecto.

—¡Ah! sí, el señor Reuthlinguer, el banquero—dijo la joven.—Es verdad, debía de venir á las cuatro.—Pues bien, que espere... Prepárame un baño ¿oyes?

Y se zambulló con toda tranquilidad en la bañera, oculta tras de una cortina, en el fondo del gabinete. Allí estuvo leyendo cartas que habían llegado durante su ausencia. Al cabo de larga media hora, Antonia, que había salido hacía algunos minutos, volvió á entrar diciendo:

—El caballero ha visto llegar á la señora, y de searía mucho poder hablarle.

—¡Calle! es verdad, ya me olvidaba... ¡pobre barón!—dijo Clorinda, poniéndose de pie en medio de la bañera.—Vas á vestirme en seguida.

Pero aquella tarde se le antojaron caprichos de tocado extraordinarios. En medio del abandono en que dejaba su persona, solía entregarse á veces á

verdaderos accesos de ido'atría para con su cuerpo. Entonces inventaba los mayores refinamientos, desnuda ante el espejo, se hacía frotar los miembros con unguentos, con bálsamos y aceites aromáticos, por ella tan sólo conocidos, comprados en Constantinopla, en casa del perfumista del serrallo—según decía—por un diplomático italiano, amigo suyo. Y en tanto que Antonia la restregaba, tomaba actitudes de estatua. Todo aquéllo debía de producirle un cutis blanco, liso, imperecedero como el mármol; cierto aceite sobre todo, cuyas gotas contaba por sí misma en una muñeca de franela, tenía la milagrosa propiedad de hacer desaparecer en un periquete las menores arrugas. Por último se entregaba á un minucioso exámen de manos y pies. Un día entero habría empleado en adorarse.

No obstante, al cabo de tres cuartos de hora, cuando Antonia le hubo puesto camisa y enaguas, acordóse de súbito.

—¡Y el barón!... ¡Ah, tanto peor, hazle entrar! Bien sabe lo que es una mujer.

Hacía más de dos horas que el señor de Reuthlinguer esperaba en el gabinete, sentado con toda paciencia, con las manos enclavijadas sobre las rodillas. Caído de color, frío, de costumbres austeras, el banquero, poseedor de una de las más pingües fortunas de Europa, hacía por aquel modo antesala en casa de Clorinda, de algún tiempo á aquella parte, de dos á tres veces por semana. Hasta atrafala también á su casa, á aquel interior pudibundo y de rigorismo glacial, en donde el semi-desnudo de la joven consternaba á los criados.

—¡Buenos días, barón!—exclamó.—Me están peinando, cierre usted los ojos.

Estaba medio desnuda, con la camisa deslizada de

los hombros. El barón, con sus pálidos labios, le dirigió una sonrisa de indulgencia; y se mantuvo junto á ella, con los ojos fríos y serenos, inclinado con una cortesía de extremada urbanidad.

—Viene usted para saber noticias, ¿no es cierto?... Precisamente algo sé.

Levantóse y despidió á Antonia, quien le dejó el peine plantado en los cabellos. Sin duda temió aún ser oída, pues poniendo una mano en el hombro del banquero, se irguió y le habló al oído. El banquero, al escucharla, tenía los ojos fijos en su seno, que se ponía casi en contacto con su persona, mas él hacía la vista gorda y movía vivamente la cabeza.

—Aquí lo tiene usted—concluyó diciendo en voz alta.—Ahora puede usted marcharse, si es de su agrado.

El Creso la cogió del brazo y la atrajo á sí, para pedirle ciertas explicaciones. No habría estado con más libertad en presencia de cualquiera de sus dependientes. Cuando se despidió de ella, la invitó para que fuese á comer á su casa al día siguiente; su mujer se fastidiaba si no la veía. Ella le acompañó hasta la puerta. Pero, súbitamente, cruzó los brazos sobre el pecho hecha una amapola, y exclamó:

—¡Muy bien! ¿pues no me iba con usted en este atavío?...

Entonces dió un empujón á Antonia. ¡Aquella muchacha no acababa nunca! Y apenas le dió tiempo para peinarla, diciendo que no le gustaba vivir como quien dice en el tocador. A pesar de la estación, quiso ponerse un largo vestido de terciopelo negro, una especie de blusa flotante, ceñida á la cintura por un cordón de seda roja. Una vez tras otra, habían ya subido para avisar á la señora que

la comida estaba en la mesa. Pero, al atravesar su habitación, encontróse allí con tres caballeros, cuya presencia en aquel sitio nadie sospechaba. Eran los tres refugiados políticos, los señores Brambilla, Staderino y Viscardi. Clorinda no pareció sorprendida en modo alguno al verlos allí.

—Qué ¿me están ustedes esperando hace mucho tiempo?—preguntó.

—Sí, sí,—contestaron moviendo lentamente la cabeza.

¡Como que habían llegado antes que el banquero! Y no habían hecho el menor ruido, como corresponde á personas taciturnas, á quienes las desventuras políticas han vuelto silenciosas y reflexivas. Sentados los tres en la misma silla larga, mascaban gruesos cigarros apagados, retrepados en igual postura. Habíanse levantado y rodearon á Clorinda. Tuvo lugar entonces, en voz baja, un rápido balbuceo de sílabas italianas. Parecía que les daba instrucciones. Uno de ellos tomó notas cifradas en un libro de apuntes, mientras que los otros, excitadísimos sin duda por lo que oían, ahogaban ligeros gritos, llevándose á la boca sus enguantados dedos. Después se fueron uno en pos de otro, con semblante misterioso.

Aquel jueves, por la noche, debía de realizarse una conferencia entre varios ministros, referente á un asunto de gran monta, á propósito de una cuestión de viabilidad. Delestang, al irse después de la comida, prometió á Clorinda llevar á Rougón; la joven hizo una mueca como para dar á entender que maldito lo que le importaba verle. No había mediado aún ninguna desavenencia, pero fingía una frialdad siempre en aumento.

Allá á las nueve, los señores Kahn y Béjuin lle-

garon los primeros, seguidos á poca distancia por madama Correur. Encontraron á Clorinda en su habitación, recostada en una silla larga. Quejábase de uno de esos males desconocidos y extraordinarios que la atacaban de súbito, de una hora á otra; aquella noche estaba en que había debido de tragarse una mosca al beber, sentíala revolotear en las reconditeces de su estómago. Envuelta en su gran blusa de terciopelo negro, con el cuerpo descansando sobre tres almohadas, aparecía de soberana hermosura, con el rostro blanco y los brazos desnudos, semejante á una de esas figuras recostadas que parecen soñar y que se ven adosadas á ciertos monumentos. A sus pies hallábase Luigi Pozzo, punteando suavemente las cuerdas de una guitarra; había dejado la pintura por la música.

—Siéntense ustedes—dijo entre dientes.—Ustedes me dispensarán. Un bicho se me ha colado aquí dentro, no sé cómo.

Pozzo continuaba punteando la guitarra y cantando muy bajito, con embelesado semblante y como abstraído en poética contemplación. Madama Correur arrastró un sillón al lado de la joven. Los señores Kahn y Béjuin acabaron por encontrar unas sillas desocupadas. No era empresa fácil el sentarse, pues los cinco ó seis asientos de la habitación desaparecían bajo montones de ropas. Así era que cuando el coronel Jobelin y su hijo Augusto se presentaron, tuvieron que permanecer en pie.

—Niño—dijo Clorinda á Augusto, á quien tuteaba siempre, á pesar de sus diez y siete años,—ve por dos sillas al cuarto tocador.

Eran sillas de rejilla, perdido el barniz á consecuencia de las ropas húmedas que sin cesar se echaban sobre sus respaldos. Una sola lámpara,

cubierta con encaje de papel color de rosa, iluminaba la habitación; otra se había puesto en el gabinete de tocado, y la tercera en el retrete particular, cuyas puertas, abiertas de par en par, permitían ver, como espacios crepusculares, estancias indecisas en que parecían andar mariposas. Hasta el mismo gabinete, en otro tiempo de malva claro, y al presente decaído hasta el gris sucio, parecía como si una compacta neblina se hallase suspendida en la atmósfera; distinguíanse apenas girones de la tela arrancados de los muebles, restos de polvo sobre los mismos, una gran mancha de tinta ostentada en medio de la alfombra, debida á algún tintero que debió allí de caer salpicando las entabladuras; en el fondo las cortinas del lecho estaban corridas, para ocultar sin duda el desorden de los cubrecamas. Y, de aquella obscuridad se desprendía un penetrante olor, como si todos los frascos del gabinete de tocado hubiesen quedado destapados. A Clorinda se le ponía en la cabeza, aun en los tiempos más calurosos, el no abrir jamás una ventana.

—Se huele muy bien en las habitaciones de usted—decía madama Correur para lisonjearla.

—Quien huele bien soy yo—contestaba con ingenuidad la joven.

Y se puso á hablar de las esencias que tenía del mismísimo perfumista de las sultanas. Llevó uno de sus brazos á las narices de madama Correur. Su blusa de terciopelo negro se había deslizado un poco, dejando ver sus pies, calzados con babuchitas coloradas. Pozzo, medio desfallecido, embriagado por los penetrantes perfumes que de ella se exhalaban, tañía ligeramente su instrumento.

Entretanto, al cabo de unos minutos, la conver-

sación giró, como era de esperar, sobre Rougón. La banda se reunía únicamente para agotar aquel eterno asunto, un sordo y creciente rencor, una necesidad de desahogarse mediante recriminaciones sin fin. Clorinda ni siquiera se tomaba ya el trabajo de azuzarles; día por día se presentaban sus nuevos agravios, descontentos, celosos, agriados por todo cuanto Rougón había hecho por ellos, impelidos por una intensa fiebre de ingratitud.

—¿Ha visto usted hoy al hombre grande?—preguntó el coronel.

Ahora Rougón ya no era el gran hombre.

—No—contestó Clorinda,—tal vez le veamos esta noche. A mi marido se le ha antojado traérmelo.

—Esta tarde he ido á un café, en donde se le juzgaba con toda severidad—repuso el coronel tras de breve silencio.—Asegurábase que no se hallaba muy seguro y que antes de dos meses dejará el puesto.

El señor Kahn hizo un gesto de desdén, diciendo:

—Por mi parte no le doy ni tres semanas... Consideren ustedes que Rougón no es hombre de gobierno; tiene sobrada afición al poder, le embriaga y entonces pega á tontas y á locas, y administra á garrotazos con irritante brutalidad... En fin, de cinco meses á esta parte, ha cometido verdaderas monstruosidades.

—Sí, sí—interrumpió el coronel,—toda clase de desafueros, de injusticias, de absurdos... Abusa, abusa mucho más de la cuenta.

Madama Correur, sin hablar, se llevó los dedos á la frente para indicar que Rougón había perdido la chaveta.

—Así es—repuso el señor Kahn, fijándose en la

acción de madama Correur.—Aquella cabeza no anda muy segura, ¿verdad que no?

Y el señor Béjuin, á quien miraban, se creyó obligado á soltar la suya.

—No mucho—murmuró,—ni mucho ni poco.

Clorinda, con la cabeza echada sobre las almohadas, se fijaba en el luminoso círculo que la lámpara dibujaba en el techo, y les dejaba que se despachasen á su gusto. Así que se callaron, dijo á su vez, para excitarles más aún:

—No hay duda que ha abusado, mas él asegura que cuanto se le echa en cara lo ha hecho con el solo objeto de favorecer á sus amigos... En este sentido hablaba yo con él días pasados. Los servicios que ha prestado á ustedes...

—¡A nosotros! ¡á nosotros!—exclamaron hechos verdaderas furias, los cuatro á la vez.

Hablaban todos á un tiempo, queriendo protestar sin perder momento; pero el señor Kahn gritaba más fuerte que todos.

—¡Los servicios que me ha prestado! ¡qué irritación!... Tuve que estar esperando mi concesión nada menos que dos años, y aquello me arruinó. El negocio, que era soberbio, se convirtió, como quien dice, en agua de cerrajas... Ya que en tanta estimación me tiene, ¿por qué no viene ahora en mi ayuda? Le he pedido que obtenga del emperador una ley autorizando la fusión de mi compañía con la del ferrocarril del Oeste; y me ha contestado que había que esperar... ¡Los servicios de Rougón! ¡ah! ¡yo querría verlos! ¡En su vida ha hecho nada y nada puede ya hacer!

—¡Pues y yo, y yo!—repuso el coronel, quitando con un gesto la palabra á madama Correur,—pues ¡y yo! ¿creen ustedes que le debo maldita la

cosa? No creo que se refiera á aquel grado de comendador que se me tenía prometido desde hacía cinco años... Colocó á Augusto en sus oficinas, es verdad, mas hoy me arrepiento como de una mala acción, pues si lo hubiese dedicado á la industria, hoy día ganaría el doble... Ese animal de Rougón me dijo ayer que no se podía aumentar el sueldo á Augusto antes de diez meses. ¡Y así es como arruina su crédito por sus amigos!

Madama Correur consiguió por último desahogarse. Habíase inclinado hacia Clorinda.

—Diga usted, señora, ¿no me ha nombrado á mí?— Nunca recibí la menor cosa de él. Todavía espero conocer el color de sus favores. No puede él decir lo mismo, y si yo quisiese hablar... Es verdad que los he solicitado para muchas de mis amigas, no lo niego; me desvivo por complacer. Pues bien, ahí va una observación que he hecho: cuantas gracias concede redundan en mal; sus favores parece que tienen mala sombra. Así ha sucedido con la pobre Herminia Vilelcoq, antigua educanda de Saint-Denis, seducida por un oficial, y para la cual Rougón había encontrado un dote; pues he aquí que la interesada ha venido esta mañana á contarme una catástrofe; ya no se casa, el oficial ha tomado las de villadiego, después de haberse gastado los cuartos... Fíjense ustedes, siempre para los demás, nunca para mí. Ultimamente, cuando volví de Coulonges con mi herencia, tuve la ocurrencia de ir á contarle los manejos de la señora de Martineau. Yo pretendía, en las particiones, la casa en que nació, pero aquella mujer se ha compuesto de modo que se ha quedado con la finca... ¿Saben con lo que Rougón me ha salido por toda respuesta? Pues me ha dicho

una, dos y hasta tres veces, que no quiere ocuparse más de tan fea historia.

Entretanto, el señor Béjuin también se agitaba, y balbucía:

—A mí me ha sucedido lo propio que á madama... Nunca he pedido nada ¡nunca, nunca! Cuanto ha podido hacer en favor mío, ha sido á mi pesar, sin que yo lo sepa. Se aprovecha de que nada se dice para «acapararle» á uno, eso es, para «acapararle»...

Su voz se extinguía en su tartajeo especial. Y los cuatro caballeros continuaban moviendo á un lado y otro la cabeza. Luego, el señor Kahn fué quien volvió al mismo tiempo con solemne acento:

—La verdad, como verán ustedes, no es ni más ni menos que la que van ustedes á oír... Rougón es un ingrato. Ustedes se acordarán de la época aquella en que todos nosotros azotábamos las calles de París para elevarle al ministerio. ¡Ah! ¿mostramos poca abnegación en defensa de su causa, hasta el punto de perder nuestros medios de subsistencia? En aquel entonces contrajo con nosotros una sagrada deuda que en toda su vida podría llegarnos á pagar. ¡Pardiez! hoy el agradecimiento para él es una carga pesada, y nos abandona. Esto debía de suceder.

—Sí, sí, nos lo debe todo—gritaron los demás.— ¡Vaya una manera de recompensarnos!

Durante unos instantes, le aplastaron con la enumeración de cuanto por él habían hecho; cuando uno de ellos callaba, otro recordaba un detalle más abrumador todavía. El coronel, entretanto, se inquietó de repente por su hijo Augusto; el joven no se encontraba ya en la habitación. En esto, un ruido especial llegó del gabinete de tocado, una especie de chapuceo suave y continuo. El coronel se

apresuró á ir á ver lo que pasaba, y encontró al incauto joven muy interesado por la bañera que Antonia se había olvidado de vaciar. Allí flotaban rodajas de limón, de las que Clorinda se había servido para limpiarse las uñas; y Augusto metía los dedos y los olía con sensualidad de colegial.

—Es insoportable ese muchacho—decía en voz baja Clorinda.—Todo lo revuelve.

—¡Dios mío!—continuó madama Correur, quien parecía haber esperado la salida del coronel,—lo que á Rougón le falta sobre todo, es tacto... Aquí para entre nosotros, ya que el bizarro coronel no está aquí, Rougón ha cometido el mayor de sus errores al colocar á ese joven en el ministerio, pasando por encima de todas las formalidades. No se debe conceder á los amigos cierta clase de servicios, porque se pierde la buena reputación.

Pero Clorinda le cortó la palabra, diciendo:

—Querida señora, hágame el favor de ir á ver lo que hacen.

El señor Kahn se sonreía. En cuanto madama Correur desapareció, bajó la voz á su vez:

—¡Es encantadora!... El coronel se ha visto colmado de favores por Rougón. Pero, lo que es ella, no tiene ni poco ni mucho que quejarse. Por ella Rougón se comprometió seriamente á causa de aquel desagradable asunto de Martineau, dió pruebas de poca moralidad. No se mata á un hombre así como así, para complacer á una amiga por antigua que sea. ¿no le parece á usted?

Habíase levantado y andaba pasito á paso. Después, volvió á la antesala para tomar su petaca del gabán. El coronel y madama Correur volvían al gabinete.

—¡Calle! Kahn se ha eclipsado—dijo el coronel,

Y, sin transición alguna, exclamó:

—Nosotros nos basamos y sobramos para quitar el pellejo á Rougón; pero, en cuanto á Kahn, mejor sería que se hiciese el muerto. No estoy por la gente que no tiene corazón. Hace un instante evité hablar. Pero en el café en donde pasé las primeras horas de la tarde, decíase sin reticencias de ninguna clase que Rougón caía por haber prestado su nombre á aquel gran chanchullo del ferrocarril de Niort á Angers. ¡Y ese imbécil de hombrón que va á disparar petardos y á pronunciar discursos quilométricos, en los cuales hasta se permite comprometer la responsabilidad del emperador!... Y no hay más, mis buenos amigos. El señor Kahn es quien nos ha metido en semejante berengenal. ¡Eh, señor Béjuin! ¿no opina usted del mismo modo?

El señor Béjuin se apresuró á decir que sí con la cabeza. Ya había manifestado toda su adhesión á las palabras de madama Correur y del señor Kahn. Clorinda, con la cabeza siempre echada atrás, se entretenía en morder la borla de su cinturón, la que paseaba por su rostro como para hacerse cosquillas; y se reía con tanto ojo abierto, mirando silenciosamente al aire.

—¡Chist!

El señor Kahn volvía cortando con los dientes la punta de su cigarro. Lo encendió y dejó escapar tres ó cuatro grandes bocanadas; se fumaba en la habitación de la joven. En seguida repuso, como continuando la conversación:

—Por último, si Rougón estima que ha debilitado su poder por servirnos, yo aquí declaro que por el contrario, nos ha hecho muy flacos servicios, pues nos vemos en gran manera comprometidos con su dichosa protección. Tiene un modo tan brutal de

hacer progresar á las personas, que acaba casi por aplastarles las narices contra la pared... Por lo demás, á pesar de sus puñetazos capaces de aterrar un buey, vedle de nuevo por el suelo. ¡Gracias mil! por mi parte no ardo en deseos de volverlo á levantar. Cuando un hombre no sabe conservar y aprovechar su crédito, es porque carece de ideas fijas y claras. Nos compromete, ¿lo oyen ustedes? ¡nos compromete!... Yo, á fe mía, tengo sobre mi responsabilidades de gran peso, y le abandono.

Vacilaba no obstante, debilitábasele la voz, mientras que el coronel y madama Correur bajaban la cabeza, para evitar sin duda el tener que pronunciarse con tanta lisura. En resumen, Rougón continuaba sin moverse del ministerio; y luego, para dejarle, menester habría sido apoyarse en alguna otra omnipotencia.

—No hay otro como el hombrón—dijo con negligencia Clorinda.

Todos la miraron con la esperanza de que se insinuase con un empeño más formal. Lo que hizo fué tan solo un sencillo gesto como para pedirles que tuviesen un poco de paciencia. Aquella promesa táctica de una nueva profecía, cuyos beneficios lloverían sobre ellos, constituía en el fondo el gran motivo de la asiduidad de todos ellos, á los jueves y domingos de la joven. Olfateaban un cercano triunfo en aquella habitación de los olores penetrantes. Creyendo haber gastado á Rougón satisfaciendo sus primeros ensueños, esperaban ahora el advenimiento de algún poder joven, que haría que viesan realizados sus nuevos anhelos, extraordinariamente multiplicados y engrandecidos.

Entretanto Clorinda se había incorporado sobre las almohadas, y, acodada en el brazo del confidente,

inclinóse de súbito hacia Pozzo y le sopló en el cuello, con estrepitosas carcajadas, como dominada por loca alegría. Cuando estaba muy contenta la acometían aquellas repentinas risas de niño chiquitín. Pozzo, cuya mano parecía haberse dormido sobre la guitarra, echó atrás la cabeza enseñando sus dientes de bello italiano; estremecíase como halagado por la caricia de aquel embalsamado hálito, mientras que la joven se reía cada vez más fuerte y soplabla con más ahinco, como para obligarle á que pidiese gracia. Y luego, después de haberle reñido en italiano, agregó volviéndose hacia madama Correur:

—Hay que hacerle cantar, ¿no le parece á usted? Si canta, no le soplaré más, le dejaré tranquilo... Ha compuesto una canción lindísima.

Entonces todos á una pidieron la canción. Pozzo volvió á puntear la guitarra; y cantó con los ojos fijos en Clorinda. Era un murmurio apasionado, acompañado de ligeras notas; las palabras italianas, suspiradas, trémulas, no se entendían; en la última estrofa, de sufrimiento amoroso sin duda, Pozzo, cuya voz se revestía de sombrío acento, permaneció con los labios sonrientes, con semblante de desesperado arrobamiento. Cuando concluyó aplaudiósele con entusiasmo. ¿Por qué no mandaba imprimir cosas tan lindas? Su situación en la diplomacia no debía de ser ningún obstáculo.

—Yo conocí un capitán que hizo representar una ópera—dijo el coronel Jobelin—y no por eso se le miró mal en el regimiento.

—Sí, pero la diplomacia...—dijo entredientes madama Correur meneando la cabeza.

—¡Diantre! creo que se equivoca usted de medio á medio—se apresuró á decir el señor Kahn.

—Los diplomáticos son como los demás hombres. Son muchos los que cultivan artes de adorno.

Clorinda había tocado ligeramente con el pie al joven Pozzo, dándole al propio tiempo una orden á media voz. Levantóse y puso la guitarra sobre un montón de ropas; y cuando volvió al cabo de cinco minutos, venía seguido por Antonia, quien traía una bandeja con vasos y una botella; él llegaba con un azucarero, que no había cabido en la bandeja. En casa de la joven nunca se bebía sino agua azucarada; y hasta puede decirse que los íntimos de la casa le causaban un verdadero placer cuando sólo tomaban agua pura y cristalina.

—¿Y bien, ¿qué es lo que pasa?—dijo volviéndose hacia el cuarto tocador, en donde chirriaba una puerta.

Y luego, como haciendo memoria, exclamó:

—¡Ah! es mamá... Estaba acostada.

Era, en efecto, la condesa Balbi, envuelta en una bata de lana negra; habíase puesto á la cabeza una toquilla de encaje, cuyas puntas se le anudaban al cuello, Flaminio, el gran lacayo de lengua barba, con cara de bandido, la sostenía por detrás y la llevaba casi en volandas. Cualquiera diría que por ella no habían pasado años; su blanco rostro no había perdido su continua sonrisa de antigua reina de la belleza.

—Espera, mamá—dijo Clorinda.—Voy á darte mi confidente. Yo me tenderé en la cama... No me sienta nada bien. Se me ha metido un bicho aquí dentro y otra vez se pone á morderme.

Hubo, como podría decirse, una mudanza de casa. Pozzo y madama Correur condujeron á la joven á su lecho, mas fué preciso quitar el cubrecamas y esponjar las almohadas. En este intervalo la con-

desa Balbi se tendió sobre el confidente. Tras de ella, Flaminio, se quedó en pie, mudo, sombrío, como cubriendo con abominable mirada á cuantas personas se encontraban presentes.

—¿No les importará á ustedes nada que me acueste, eh?—repetía la joven.—Me siento mucho mejor tendida... Pero esto no es despedirles. Tienen ustedes que quedarse.

Habíase tendido á la larga, con el codo hundido en la almohada, y extendiendo su negra blusa, cuya amplitud se destacaba sobre la blanca colcha como una charca de tinta. Por lo demás, nadie pensaba en ausentarse. Madama Correur hablaba en voz queda con Pozzo de la perfección de formas de Clorinda, á la que acababan de llevar en peso. El señor Kahn, el señor Béjuin y el coronel saludaban galantemente á la condesa, la que se inclinaba sonriendo. Después, sin tomarse la molestia de volverse, decía, de vez en cuando, con voz dulcísima:

—¡Flaminio!

El gran lacayo, comprendía, alzaba un cogín, acercaba un taburete y sacaba del bolsillo un pomo de esencias, con su feroz aspecto de salteador de frac negro.

En aquel instante Augusto hizo una desgracia. Había andado de acá para allá en las tres habitaciones, deteniéndose en revolver todas las ropas de mujer de que los muebles estaban sembrados. Y luego, como comenzase á aburrirse, le dió por beberse vaso tras vaso de agua con azúcar. Clorinda le vigilaba rato hacía, viéndole vaciar el azucarero, cuando hé aquí que el mancebo rompió el vaso, en al que daba recios golpes con la cuchara.

—¡Es el azúcar! ¡se pone demasiado!—dijo Clorinda.

—¡Imbécil!—exclamó el coronel.—¿No puedes beber agua con toda calma?... Por la mañana y por la noche hay que echarse al colete un gran vaso. No hay cosa mejor, pues preserva de todas las enfermedades.

Por fortuna entró el señor Bouchard. Llegaba un poco tarde, á las diez dadas, pues había comido fuera de casa. Sorprendióle mucho no ver allí á su cara mitad.

—El señor d'Escorailles se había encargado de acompañarla—dijo—y yo había quedado en recogerla al pasar. •

En efecto, al cabo de media hora, la señora de Bouchard llegó, acompañada del señor d'Escorailles y del señor de la Rouquette. Después de haber estado de monos un año, el joven marqués había ajustado las paces con la linda rubia, y ahora ya sus amorios obedecían á la costumbre; reuníanse cosa de ocho días, y no podían por menos de pellizcarse y hociquearse detrás de las puertas, siempre que se encontraban.

Como venían á casa de los Delestang en coche descubierto, se habían encontrado con el señor La Rouquette. Y los tres se habían ido al Bosque, riendo á carcajadas y descolgándose con bromas que harían sonrojar á un guardacantón. Hasta hubo un instante en que el señor d'Escorailles creyó encontrar la mano del diputado estrechando el tallo de la señora de Bouchard. Cuando entraron en casa de Clorinda, traían consigo como una oleada de alegría, la frescura de las obscuras avenidas del Bosque, el misterio de las adormecidas hojas, en donde

se ahogaba la tunantería de sus carcajadas.

—Sí, venimos del lago—dijo el señor La Rouquette.—Me han seducido, palabra de honor... Yo regresaba muy tranquilo para dedicarme á trabajar.

De repente se puso serio. Durante la última sesión había pronunciado un discurso en la Cámara, después de un interminable mes de calentarse los cascotes con estudios especiales; y desde entonces echábalas de hombre formal, como si hubiese enterrado su vida de soltero en la tribuna. Kahn se lo llevó á un rincón de la estancia, diciendo por lo bajo:

—A propósito, usted está en buen predicamento con Marsy...

Sus voces no se oyeron, pues hablaban en voz muy queda: Entretanto, la linda señora de Bouchard, que había saludado á la condesa, habíase sentado delante de la cama, estrechando en su mano la de Clorinda y compadeciéndola mucho con su aflautada voz. El señor Bouchard, en pie, digno y correcto, exclamó de súbito, en medio de las comprimidas conversaciones:

—¿No les he contado á ustedes? Es de lo que no hay aquel hombrón.

Y antes de explicarse, puso cual no digan dueñas á Rougón, como habían hecho los demás. Ya no se podía pedirle nada; ni siquiera era ya bien educado; para el señor Bouchard, la finura ante todo. Cuando se le preguntó qué era lo que Rougón le había hecho, acabó por contestar:

—Por lo que á mí toca, detesto las injusticias. Se trata de uno de los empleados de mi división, Jorge Duchesme; ustedes le conocen, por haberle visto en mi casa. Es un muchacho de gran mérito,

v le recibimos como si fuese nuestro hijo. Mi mujer le tiene en gran estimación, porque es de su tierra... Pues, desde hace poco, estamos conspirando de consuno para hacer nombrar subjefe á Duchesme. La idea salió de mi cabeza, pero tú la aprobaste, ¿no es así, Adela?

La señora Bouchard, con semblante de contrariedad, se inclinó aún más hacia Clorinda para evitar las miradas del señor d'Escorailles, que sentía fijarse sobre ella.

—Pues bien—prosiguió el jefe de división—¿no saben ustedes de qué manera el gran hombre ha acogido mi petición? Pues me ha mirado por un buen instante sin decir una palabra, con el semblante ofensivo que ustedes le conocen. Y en seguida, sin más ni más, me ha negado el nombramiento. Y como yo volviese á la carga, me dijo sonriendo: «Señor Bouchard, no insista usted, me causa usted un verdadero pesar; existen graves motivos...» Y fué imposible sacarle una palabra más. Bien debió de conocer que yo estaba hecho una furia, pues me rogó que le recordase á la buena memoria de mi digna consorte... ¿No es así, Adela?

La señora de Bouchard había tenido precisamente aquella tarde una empeñada discusión con el señor d'Escorailles, con respecto al tal Jorge Duchesme; así fué que creyó prudente decir en tono de mal humor:

—¡Oh! el señor Duchesme esperará... ¡No es tan interesante el asunto!

Pero el marido se obstinaba.

—No, no, tiene merecido el ser subjefe, y lo será. Antes perderé el nombre que tengo... Yo quiero siempre que reine la justicia.

Tuvieron que ver de tranquilizarle. Clorinda, distraída, trataba de oír la conversación que sostenían el señor Kahn y el señor La Rouquette, que se habían refugiado al pie del lecho. El primero explicaba su situación con palabras de doble sentido. Su grande empresa del ferrocarril de Niort á Angers se encontraba en plena bancarrota. Las acciones habían empezado por cotizarse con noventa francos de prima en la Bolsa antes de que se diese un solo azadonazo. Parapetado tras de su famosa compañía inglesa, el señor Kahn habíase entregado á las especulaciones más descaradas; y, en la hora presente, la quiebra iba á estallar, si alguna mano poderosa no le levantaba de su caída.

—Tiempo atrás—prosiguió en voz muy queda,—Marsy me había ofrecido vender el negocio á la compañía del Oeste. Estoy dispuestísimo á entrar en negociaciones. Bastaría con obtener una ley...

Clorinda los llamó discretamente con un ademán. E, inclinados sobre el lecho, hablaron largo y tendido con ella. Marsy no era rencoroso, y ella le hablaría. Ofreceríale el millonaje que pretendía el año precedente, para apoyar la demanda de concesión. Su situación de presidente del Cuerpo legislativo le permitía obtener con facilidad la ley necesaria.

—Vaya, hasta la presente no ha habido nadie como Marsy si se ha aspirado al buen éxito de esta clase de asuntos. Cuando se prescinde de él para implantar alguno, no se tarda en verse en la necesidad de llamarle para suplicarle que entre en componendas.

Ahora en la habitación hablaban todos á una y en alta voz. Madama Correur daba cuenta de su

último deseo, á la señora de Bouchard; reducíase á irse á morir á Coulonges, en la casa de su familia; y enternecíase al pensar en aquellos lugares en que había visto la luz primera; obligaría, quieras que no, á la señora de Martineau á que le devolviera aquella mansión, tan henchida con los recuerdos de su infancia.

Los invitados, fatalmente, volvían á despacharse á su gusto tocante á Rougón; el señor d'Escorailles refería el furor de su padre y de su madre los cuales habíanle escrito para que volviera al Consejo de Estado y para que rompiera con el ministro, al enterarse de sus abusos de autoridad; el coronel contaba á cuantos querían oírle que el gran hombre se había negado en redondo á pedir para él al emperador un destino en los palacios imperiales; hasta el propio señor Béjuin se lamentaba de que Su Majestad no se había dignado ir á visitar la fábrica de cristales de Saint-Florent, cuando su último viaje á Bourges, no obstante el compromiso formal adquirido por Rougón de que obtendría aquella gracia. Y, en medio de aquel furor de palabras, la condesa Balbi, recostada en su confidente, se sonreía, mirábase las manos todavía gordezuelas, y repetía con dulce acento:

—¡Flaminio!

El horrible doméstico había sacado del bolsillo del chaleco una cajita de concha llena de pastillas de menta. La condesa las hacía crujir entre los dientes, con muecas de vieja gata golosa.

Media noche era por filo cuando Delestang se presentó. Al verle alzar la antepuerta del gabinete, reinó un profundo silencio y todos los cuellos se estiraron. Pero la antepuerta volvió á caer, y nadie

le siguió. Entonces, tras una nueva espera de algunos segundos, de todos lados partieron exclamaciones:

—¿Viene usted solo?

—¿No le trae usted?

—¿Ha perdido usted al gran hombre en el camino?

Sintiéronse todos como alijerados de un peso. Delestang protestaba y dejaba oír: ¡Permitan ustedes, permitan ustedes!—Por regla general, hacía como que defendía á Rougón. Cuando se le dejó hablar, dijo con mesurado acento:

—Es indudable que habría podido obrar mejor para con algunos de sus amigos; mas esto no quita que sea una gran inteligencia... En cuanto á mí, aseguro que le viviré eternamente agradecido.

—¿Agradecido de qué?

—Pues de todo lo que ha hecho...

Y le cortaron, quieras que no quieras, la palabra. Rougón en toda su vida había hecho nada por él. ¿De dónde sacaba que Rougón había hecho algo?

—¡Es usted de lo que no hay!—dijo el coronel.

—¡No se lleva la modestia hasta tal punto!... Amigo querido, usted no necesita á nadie. ¡Vive Dios! Usted ha subido por sus propias fuerzas.

Entonces se pusieron en las nubes los méritos de Delestang. Su granja modelo de la Chamadé era una creación que se apartaba de lo vulgar, y que revelaba en él, desde mucho tiempo hacía, aptitudes de un buen administrador y de hombre de Estado admirablemente favorecido. Tenía el gran golpe de vista, inteligencia clarísima y enérgica mano sin dureza. Por otra parte, ¿no le había distinguido el emperador desde el primer día? Su criterio era casi siempre el mismo de Su Majestad.

—¡Quítese usted allá!—acabó por declarar el señor Kahn.—Usted es quien sostiene á Rougón. Si usted no fuese su amigo, si no le apoyase en el consejo, hace cuando menos quince días que se encontraría derrocado.

Sin embargo, Delestang continuaba protestando. El, en verdad, no era ningún cualquiera; mas había que hacer justicia á las buenas dotes de todo el mundo. Sin ir más lejos, aquella noche, en casa del guarda-sellos, en una cuestión de viabilidad complicadísima, Rougón acababa de demostrar una lucidez de cálculo extraordinaria.

—¡Oh! ardides de leguleyo artificioso—masculló el señor La Rouquette en tono desdefioso.

Clorinda no había vuelto aún á abrir los labios. Las miradas se dirigían á ella, solicitando la palabra que esperaban todos. Movía suavemente la cabeza sobre la almohada, como para rascarse el cogote. Por último, hablando de su marido, dijo sin mencionarle:

—Sí, riñanle ustedes. Será menester pegarle el día en que se le quiera colocar en el lugar que le corresponde.

—El cargo de ministro de Agricultura y Comercio es muy secundario—hizo observar el señor Kahn á fin de precipitar las cosas.

Aquello era poner el dedo en la llaga. Clorinda padecía al ver á su marido encerrado en lo que ella llamaba «un pequeño ministerio». Incorporóse bruscamente en la cama, dejando escapar lo que de ella se esperaba:

—¡Eh! desempeñará el del Interior el día que se nos ponga en la cabeza.

Delestang quiso hablar; mas todos se habían pre-

cipitado, rodeándole con gran murmullo de entusiasmo. Entonces pareció declararse vencido. Poco á poco subióle á las mejillas un rosado color, y en su engallado semblante se retrató una gran alegría. Madama Correur y la señora de Bouchard, dijeron á media voz, que les parecía hermoso; la segunda sobre todo, con el pervertido gusto de las mujeres que se perecen por los hombres calvos, contemplaba con apasionamiento su desprovisto cráneo. El señor Kahn, el coronel y los demás señores, dirigían miradas, gestos y entrecortadas palabras, para dar á entender la gran importancia que daban á su indiscutible fuerza. Se achicaban ante el más estúpido de la partida y se admiraban en él. Aquel amo, por lo menos, sería dócil y no les comprometería; podían impunemente tomarlo por dios, sin miedo á sus rayos.

—Le molestan ustedes,—indicó la linda señora de Bouchard con su melodioso acento.

¡Se le molestaba! Aquello fué una conmiseración general. En efecto, veíasele algo pálido y se le cerraban los ojos. ¡Figúrense ustedes! ¡cuando se trabaja desde las cinco de la mañana! Nada abruma tanto como los trabajos intelectuales. Y con cariñosa violencia, se le exigió que se fuese á acostar. Delestang obedeció docilmente y se retiró, después de haber depositado un beso en la casta frente de su consorte.

—¡Flaminio!—murmuró la condesa.

Quería también meterse entre sábanas. Y atravesó la habitación del brazo del doméstico, dirigiéndoles á todos un saludo con la mano. En el gabinete de tocado, oyóse á Flaminio renegar como un réprobo, porque la lámpara estaba apagada.

Era la una de la madrugada y hablaron de retirarse. Pero Clorinda aseguraba que no tenía sueño y que se podían quedar. No obstante, nadie volvió ya á sentarse. La lámpara del gabinete acababa también de dar las boqueadas, extendiéndose por la estancia un fuerte olor á aceite. Con gran trabajo pudieron encontrarse un abanico, el bastón del coronel, el sombrero de la señora de Bouchard. Clorinda, con toda tranquilidad tendida, se opuso á que madama Correur llamase á Antonia; La doncellita se acostaba á las once. Ya se iban, en fin, cuando el coronel se percató de que se olvidaba de aquel su fruto dormía á pierna suelta en el canapé del retrete, con la cabeza apoyada en una falda hecha un lío en forma de almohada; pusieronle de vuelta y media por no haber subido á tiempo la lámpara. En la obscuridad de la escalera en donde el gas, que habían bajado, agonizaba, la señora de Bouchard lanzó un ligero grito; se le había torcido un pie, según dijo. Y cuando toda aquella gente bajaba con sumo cuidado, apoyada en la barandilla, oyéronse grandes carcajadas en la habitación de Clorinda, en donde Pozzo se había retrasado. Sin duda la joven le soplabá en el cuello.

Todos los jueves y domingos, las veladas se parecían unas á otras. Fuera de allí, corría el rumor de que la señora de Delestang tenía un salón político. Mostrábanse en él muy liberales, poniendo á los pies de los caballos la autoritaria administración del grande hombre. Toda la banda había pasado al ensueño de un imperio humanitario, extendiendo poco á poco y hasta lo infinito el círculo de las libertades públicas. El coronel, en sus ratos de ocio, redactaba unos luminosos estatutos para asociaciones

de obreros; el señor Béjuin hablaba de crear una ciudad, en torno á su cristalería de Saint-Florent; el señor Kahn, durante horas y horas, entretenía á Delestang, hablándole del democrático papel de los Bonaparte en la sociedad moderna. Y, á cada nueva disposición de Rougón, alzábanse indignadas protestas, patrióticos terrores de ver naufragar á Francia en manos de semejante hombre. Un día, Delestang sostuvo que el emperador era el único republicano de la época. La banda hacía como que adoptaba principios de secta religiosa portadora de todo bien. Ahora conspiraba ya desembozadamente para derrocar al gran hombre, para el mayor bien y gloria del país.

Sin embargo, Clorinda no se apresuraba. Hallábase tendida sobre todos los canapés de su habitación, distraída, y con los ojos fijos en los rincones del techo. Cuando los demás gritaban y pateaban de impaciencia á su alrededor, la expresión de su rostro era muda y entornaba lentamente los párpados, como para invitar á sus íntimos á que tuviesen mayor prudencia. Salía menos á la calle y se divertía vistiéndose de hombre con su doncella, con el objeto sin duda de matar el tiempo. Acometióle de repente una gran ternura por su marido, besábale delante de la gente, hablábale ceceando y demostrando á cada paso las más vivas inquietudes por su salud, que era excelente. Tal vez quería ocultar por tal modo el imperio absoluto, la vigilancia que á la continua ejercía sobre él. Guábale en las acciones más insignificantes y le recitaba todas las mañanas la lección, como al colegial de quien se desconfía. Por lo demás, Delestang demostraba una obediencia absoluta; se reía, se incomodaba, decía

negro, decía blanco, según la cuerda de que ella le tiraba. Cuando no se veía suficientemente preparado iba de *motu proprio* á entregarse en sus manos para que ella le pusiese en su punto. Y así era como resultaba á todas luces superior.

Clorinda esperaba. El señor Béulin-d'Orchère, que evitaba acudir por la noche, la veía con frecuencia durante el día. Quejábase amargamente de su hermano político y le acusaba de trabajar para hacer la fortuna de un diluvio de personas extrañas; mas, esto era lo que sucedía siempre, se hacía mangas y capirotes de los parientes. Rougón era el único que podía quitar de la cabeza al emperador que le confiase los sellos, por temor de tener que hacerle partícipe de su influencia en el Consejo. La joven le aguijaba para mantenerle en su rencor. En seguida hablaba á medias palabras del inmediato triunfo de su marido, dándole la vaga esperanza de comprenderle en la nueva combinación ministerial. En suma, servíase de él para saber lo que acontecía en casa de Rougón. Por un refinamiento de maldad de mujer, de buen grado habría querido ver al grande hombre desgraciado en su matrimonio; así era que impulsaba al magistrado para hacer que su hermana se pusiese de su parte. Debió de intentarlo sin duda, lamentándose á voz en cuello de un enlace de que no sacaba ningún partido; mas debió seguramente de verse frustrado en sus aspiraciones, ante la placidez de la señora de Rougón. Su cuñado—decía,—se encontraba muy nervioso algún tiempo hacía, é insinuaba que le creía á punto de caer. Miraba fijamente á la joven, y le refería hechos característicos, en ese tono de hablador sin malicia que lleva y trae los chismes y cuentos de la sociedad. ¿Por

qué Clorinda no obraba á su antojo puesto que dueña era de poderlo hacer? Pero, dominada por la pereza, se tendía con más comodidad y se revestía del aspecto de persona encerrada en su casa por lo lluvioso del tiempo y resignada en la espera de un rayito de sol.

Entretanto, la influencia de Clorinda en las Tuellerías iba tomando creces. Hablábale en voz queda del vivo capricho que por ella había concebido Su Majestad. En los bailes, en las recepciones oficiales, donde quiera que el emperador con ella se encontraba, giraba en torno de sus faldas con su tortuoso andar, atisbábale el cuello y le hablaba de cerca, con su sonrisa especial. Y, á lo que se murmuraba, ella, á la hora presente, nada había concedido aún, ni tan siquiera que le tocara la yema de los dedos. Ponía en práctica su antiguo papel de jovencita casadera, provocante en alto grado, libre, diciéndolo todo y mostrándolo todo, mas continuamente alerta y hurtándose precisamente en el instante apetecido. Parecía como si se propusiese dejar madurar la pasión del soberano, atisbar una circunstancia, disponer la hora en que nada le pudiese ya negar, á fin de asegurar el triunfo de algún plan mucho tiempo antes concebido.

En aquella época fué cuando repentinamente se mostró amabilísima con el señor de Plouguern. Hacía muchos meses que habían roto las amistades. El senador, asiduo siempre para con ella y que se hallaba presente cada día cuando se levantaba de la cama, llegó á enfurruscarse de súbito porque le plantaron á la puerta de su gabinete cuando hallábase haciendo su tocado. Poníase como una amapola, sobrecogida por caprichoso pudor, no queriendo ver-

se por más tiempo inquietada, comprimida—según decía—por los ojos grises del libidinoso viejo, en los que brillaba un extraño fulgor. Pero él protestaba y se negaba á presentarse, como todo el mundo, en las horas en que su habitación se llenaba de visitas. ¿No era su padre? ¿no la había hecho saltar sobre sus rodillas cuando era pequeñita? Y refería riendo maliciosamente las correcciones que se permitía administrarle en aquellos tiempos, levantándole las falditas. Y concluyó por romper con él un día en que, á pesar de los gritos y puñetazos de Antonia, había entrado mientras ella se encontraba en el baño. Cuando el señor Kahn ó el coronel Jobelin preguntaban por el señor de Plouguern, ella contestaba con semblante picaresco:

—Se rejuvenece, apenas cuenta veinte años. Ya no le veo.

Y luego, de repente, á nadie se encontraba en su casa sino al señor de Plouguern. A todas horas se le veía allí, en los rincones del cuarto tocador, en los parajes más íntimos de la habitación. Sabía en dónde la joven guardaba su ropa blanca y le alargaba una camisa ó un par de medias; hasta llegó á sorprendérsele en actitud de atarle el corsé. Clorinda demostraba el despotismo de joven recién casada.

—Padrino, ve á traerme la lima para las uñas, ya sabes, en el cajón... Padrino, dame la esponja...

Y la palabra padrino resultaba como una caricia. El, á la sazón, hablaba muy á menudo del conde Balbi, y precisaba detalles del nacimiento de Clorinda. Mentía como un bellaco; decía que había conocido á la madre de la joven al tercer mes de su embarazo. Y cuando la condesa, con su eterna risa en

la ajada faz, se encontraba allí, en el gabinete, en el momento de echarse de la cama Clorinda, él dirigía á la vieja dama miradas de inteligencia y atraía su atención, con picaresco guiñar de ojos, ya sobre un hombro desnudo, ya sobre una rodilla á medio tapar.

—¡Eh! ¿qué te parece, Leonora? todo tu vivo retrato.

La hija le recordaba á la madre. Su huesudo rostro echaba chispas. A menudo, extendía sus secas manos, cogía á Clorinda y se apretaba contra ella para contarle alguna porquería. Aquello le dejaba satisfecho. Era volteriano, negaba cuanto había que negar y combatía los últimos escrúpulos de la joven, diciendo con su risa de polea mal engrasada:

—Pero, tonta, si eso está permitido... Lo que gusta, permitido está.

Nunca se supo hasta dónde entre ellos llegaron las cosas. Clorinda necesitaba entonces al señor de Plouguern; reservábale un papel en el drama que estaba soñando. Por otra parte, sucedíale á veces comprar por tal modo amistades, de las cuales dejaba de servirse en seguida, si llegaba á mudar de plan. Constituía aquello, á su parecer, como un apretón de manos dado á la ligera y sin maldito el provecho. Poseía Clorinda aquel olímpico desdén de sus favores que ahuyentaba de ella la honradez común y la llevaba á colocar sus arrogancias en otra parte.

Sin embargo, su espera en el asunto Rougón se prolongaba más de la cuenta. Hablaba á medias palabras con el señor de Plouguern, de cierto acontecimiento vago, indeterminado, demasiado lento en llegarse á producir. El senador parecía andar en bus-

ca de combinaciones, con la atención absorta del jugador de ajedrez, movía á un lado y á otro la cabeza y sin duda no daba con cosa alguna. En cuanto á ella, los contados días en que Rougón iba todavía á verla, decíale que se sentía cansada y hablaba de ir á pasar tres meses en Italia. Después, con los párpados á medio entornar, se ponía á examinarle con escrutadora mirada. Una sonrisa de refinada crueldad aparecía en sus labios. Podría haber intentado ya estrangularle con sus afilados dedos, pero quería estrangularle de un solo golpe; la gran paciencia que empleaba en verse crecer las uñas, se trocaba para ella en verdadero goce. Rougón, preocupadísimo siempre, le daba distraídos apretones de manos, sin fijarse en la nerviosa fiebre de su piel. Creíala ya en su más sano juicio y la felicitaba porque obedecía á su marido.

—He aquí que ya se encuentra usted en la situación en que yo la quería. Tiene usted razón que le sobra cuando dice que las mujeres deben permanecer tranquilas en sus casas.

Y Clorinda exclamaba, con aguda risa, cuando Rougón no se encontraba ya allí:

—¡Cuidado que es animal!... ¿Pues no cree todavía que las mujeres son unas estúpidas?

Por último, un domingo por la noche, allá á las diez, en el instante en que toda la banda estaba reunida en la habitación de Clorinda, el señor de Plouguern entró con aire de triunfo.

—Y bien—preguntó fingiendo gran indignación, —¿no tienen ustedes noticia de la nueva hazaña de Rougón? Esta vez, la medida queda colmada.

Todos se apresuraron á ponerse á su alrededor. Nadie sabía una palabra.

—¡Qué atrocidad!—repuso alzando los brazos al cielo.—No se comprende que un ministro descienda á tan bajo nivel...

Y refirió de un tirón la aventura. Los Charbonnel, al llegar á Faverolles para tomar posesión de la herencia del primo Chevassu, habían movido gran escándalo por la pretendida desaparición de una cantidad considerable de objetos de plata. Los Charbonnel acusaban á la criada encargada de la guarda de la casa, mujer sumamente devota; al recibirse la noticia del fallo emitido por el Consejo de Estado, aquella desgraciada debía de haberse entendido con las hermanas de la Sagrada Familia, y haber transportado al convento todos los objetos de valor fáciles de ocultar. Tres días después, ya no volvieron á hablar de la criada; eran las mismas hermanas las que habían desvalijado su casa. Esto produjo en la ciudad un escándalo espantoso. Pero el comisario de policía negábase á allanar el convento para hacer un registro, cuando, merced á una sencilla carta de los Charbonnel, Rougón había telegrafiado al prefecto para que dictase las órdenes consiguientes á fin de que, sin perder momento, se realizase una visita domiciliaria.

—Sí, una visita domiciliaria, así reza el despacho en todas sus letras—dijo el señor de Plouguern para terminar.—Vióse entonces al comisario y á dos gendarmes volver lo de arriba abajo en todo el convento. Allí permanecieron nada menos que cinco horas. Los gendarmes quisieron registrarlo todo... Figúrense ustedes que hasta metieron las narices en los jergones de las hermanas...

—¡En los jergones de las hermanas!... ¡Oh! ¡eso

es indigno!—exclamó la señora de Bouchard escandalizada.

—Es preciso no tener ni pizca de religión,—afirmó el coronel.

—¿Qué quiere usted?—suspiró á su vez madama Correur.—Rougón ha sido siempre un descreído. Muchas veces traté de reconciliarle con Dios, pero ¡á buena parte iba!

Los señores Bouchard y Béjuin movían la cabeza desesperados, como si acabase de llegar á sus oídos alguna catástrofe social que les llevase á dudar de la razón humana. El Sr. Kahn preguntó, restregándose con fuerza la sotabarba:

—Y, por supuesto, nada se encontraría en el convento.

—¡Absolutamente nada!—contestó el Sr. de Plouguern.

Mas, luego agregó precipitadamente:

—¡Nada! Una cacerola de plata, á lo que creo, dos vasos, unas vinagreras, verdaderas baratijas, regalos que el digno difunto anciano, en extremo piadoso, había hecho á las hermanas para recompensarlas de lo bien que se portaron mientras duró su larga enfermedad.

—Sí, sí, es evidente,—murmuraron los otros.

El senador no insistió más. Y continuó muy despacio, acentuando cada frase con una palmadita:

—El busilis está en otra parte. Trátase del respeto que se debe á una casa de Dios, á una de esas santas casas, á donde se han refugiado todas las virtudes arrojadas de nuestra sociedad impía. ¿Cómo se quiere que las masas sean religiosas, si los ataques contra la religión parten de tan arriba? Rougón ha cometido un verdadero sacrilegio de que habrá de

dar cuenta... ¡Vaya si la dará! La buena sociedad de Faverolles se muestra indignadísima. Monseñor Rochard, el eminente prelado, que siempre ha dado muestras á las hermanitas de un cariño particular, ha partido inmediatamente para París, á donde viene en demanda de pronta justicia. Aparte de esto, en el Senado los padres de la patria mostrábanse hoy irritadísimos y se hablaba de suscitar un incidente basándose en los escasos detalles que yo he podido proporcionar. Por último, hasta la misma emperatriz...

Todos alargaron el cuello.

Sí, la emperatriz ha sabido tan deplorable historia por la señora de Llorentz, quien la obtuvo de nuestro amigo La Rouquette, á quien yo se la había contado. Su Majestad exclamó: «El señor Rougón no es ya digno de hablar en nombre de Francia».

—¡Muy bien!—dijeron todos.

Aquel jueves, hasta la una de la madrugada, no hubo otro asunto de conversación. Clorinda no había dicho esta boca es mía. Al oír las primeras palabras del señor de Plouguern, habíase recostado en su confidente, un tanto pálida y pellizcándose los labios. Después se santiguó tres veces seguidas, rápidamente y sin que se la viese, como si diese al cielo gracias por haberle concedido una gracia desde hacía tanto tiempo pedida. Al escuchar la relación de la visita domiciliaria, sus manos al punto se agitaron con ademanes de devota furiosa. Poco á poco había ido poniéndose muy colorada. Con los ojos fijos en el techo, habíase sumido en profunda abstracción.

Entonces, mientras que los demás discutían,

señor de Plouguern se acercó á ella y le deslizó una mano por el ribete del corpiño, para pellizcarle familiarmente el seno. Y, con su escéptico tono de mofa, con la libertad del gran señor que se ha revolcado en todas las clases de la sociedad, susurró al oído de la joven:

—Ha puesto sus manos en el Dios de bondad; ¡ya se ha!...

XIV

Rougón, por espacio de ocho días, oyó alzarse en contra suya incesante clamoreo. Habíasele perdonado todo, sus abusos de poder, los insaciables apetitos de su banda, la estrangulación del país; pero el haber enviado á los gendarmes á revolver los jergones de las monjas, constituía un crimen tan monstruoso, que las damas, en la corte, se descolgaban con un temblorcito á su paso. Monseñor Rochart promovía, á los cuatro vientos del mundo oficial, un alboroto mayúsculo. Había ido hasta á presentarse á la emperatriz, según se decía. Por otra parte, el escándalo debía de ser mantenido por un puñado de personas hábiles; circulaban contraseñas; iguales rumores se alzaban por todas partes á la vez, con armonía singular. En medio de tan furiosos ataques, Rougón permaneció en un principio tranquilo y sonriente. Encogía sus robustos hombros y llamaba á la aventura «una estupidez». Y hasta echaba la cosa á broma. En una velada del guarda sellos se dejó decir: «No he dicho, sin embargo, que se encontró un cura dentro de un jergón». Y, habiendo corrido la especie, el ultraje y la impiedad llegaron á su colmo y tuvo lugar una nueva explosión de cólera. Entonces, él, poco á poco, se fué apasionando. ¡Se conseguía, al fin y á la

señor de Plouguern se acercó á ella y le deslizó una mano por el ribete del corpiño, para pellizcarle familiarmente el seno. Y, con su escéptico tono de mofa, con la libertad del gran señor que se ha revolcado en todas las clases de la sociedad, susurró al oído de la joven:

—Ha puesto sus manos en el Dios de bondad; ¡ya se ha!...

XIV

Rougón, por espacio de ocho días, oyó alzarse en contra suya incesante clamoreo. Habíasele perdonado todo, sus abusos de poder, los insaciables apetitos de su banda, la estrangulación del país; pero el haber enviado á los gendarmes á revolver los jergones de las monjas, constituía un crimen tan monstruoso, que las damas, en la corte, se descolgaban con un temblorcito á su paso. Monseñor Rochart promovía, á los cuatro vientos del mundo oficial, un alboroto mayúsculo. Había ido hasta á presentarse á la emperatriz, según se decía. Por otra parte, el escándalo debía de ser mantenido por un puñado de personas hábiles; circulaban contraseñas; iguales rumores se alzaban por todas partes á la vez, con armonía singular. En medio de tan furiosos ataques, Rougón permaneció en un principio tranquilo y sonriente. Encogía sus robustos hombros y llamaba á la aventura «una estupidez». Y hasta echaba la cosa á broma. En una velada del guarda sellos se dejó decir: «No he dicho, sin embargo, que se encontró un cura dentro de un jergón». Y, habiendo corrido la especie, el ultraje y la impiedad llegaron á su colmo y tuvo lugar una nueva explosión de cólera. Entonces, él, poco á poco, se fué apasionando. ¡Se conseguía, al fin y á la

postre, sacarle de sus casillas! Las hermanas eran unas ladronas, puesto que en su convento se habían encontrado cacerolas y vasos de plata. Y se le puso en la cabeza impulsar el asunto y se comprometió más aún, hablando de confundir á todo el clero de Faverolles citándole á los tribunales.

Una mañana, muy temprano, los Charbonnel hicieron que se les anunciara. Aquello sorprendió á Rougón, pues ignoraba que el matrimonio estuviese en París. En cuanto les vió, díjoles que todo iba á pedir de boca; el día anterior había mandado nuevas instrucciones al prefecto para obligar al estrado á que se apoderase del asunto. Pero el señor Charbonnel pareció consternado y la señora de Charbonnel exclamó:

—No, no es eso... Ha ido usted demasiado lejos, señor Rougón. Nos comprendió usted mal.

Y ambos empezaron y no acabaron, tributando los mayores elogios á las hermanas de la Sagrada Familia. Eran, en realidad, unas santas mujeres. Por un instante pudieron pleitear contra ellas; pero jamás de los jamases habían descendido hasta el extremo de acusarlas de tan feas acciones. Todo Faverolles, por lo demás, les habría abierto los ojos, tanto era lo que las personas en peso de la sociedad respetaban á las buenas hermanas.

—Nos haría usted grandísimo daño, señor Rougón—dijo la señora de Charbonnel terminando,—si continuase usted por tal modo encarnizándose contra la religión. Hemos venido para suplicar á usted que se mantenga tranquilo... Allá nadie puede saber, ¿no es así? Creerían que nosotros le impulsáramos á usted, y habrían concluído por arrojarnos piedras... Hemos hecho un magnífico regalo al con-

vento, un Cristo de marfil que se hallaba al pie de la cama de nuestro pobre primo.

—En fin—concluyó diciendo el señor Charbonnel,—queda usted prevenido, y ésto ahora á usted sólo concierne... Nosotros no tenemos ya que figurar para nada y nos lavamos las manos.

Rougón les estuvo dejando hablar. Parecían muy descontentos de él y hasta concluían por levantar la voz. Un ligero frío le había subido á la cerviz. Mirábales sobrecogido de repentina laxitud, como si un poco de su fuerza acabara de serle arrebatada. Por lo demás, no se metió en discusiones y les despidió prometiéndoles no dar un paso más. Y, en efecto, dejó que se echase tierra al asunto.

Hacia algunos días que se hallaba también amenazado con otro escándalo, en el cual, aun cuando indirectamente, se hallaba mezclado su nombre. Un horrible drama había tenido lugar en Coulonges. Du Poizat, testarudo como él solo, queriendo subirse á las barbas de su padre, según la expresión de Gilquin, había ido una mañana á llamar á la puerta del avaro. Cinco minutos después, los vecinos oyeron tiros en la casa, en medio de vociferaciones espantosas. Cuando se acudió, encontráronse al anciano tendido al pie de la escalera, con el cráneo destrozado; dos escopetas descargadas yacían en medio del vestíbulo. Du Poizat, con el semblante lívido, decía que su padre, al verle dirigirse á la escalera, se puso en seguida á gritar al ladrón, como atacado de locura, y que le había descerrajado dos tiros casi á boca de jarro; hasta enseñó el agujero de una bala que le había atravesado el sombrero. Luego—siempre según él decía—su padre, cayendo de espaldas, había ido á hendirse el cráneo contra el ángulo del

primer escalón. Aquella muerte trágica, aquel drama misterioso y sin testigos, produjeron en todo el departamento los rumores más siniestros. Los médicos declararon que se trataba de un caso de apoplejía fulminante; pero los enemigos del prefecto no por eso dejaban de afirmar que debía de haber empujado al anciano; y el número de sus enemigos aumentaba cada día, merced á la administración ruda y soberbia que aplastaba á Niort bajo su fécula de terror. Du Poizat, apretados los dientes y crispados sus puños de niño enfermizo, permanecía lívido y en pie, conteniendo, con sólo una mirada de sus ojos grises, las chismografías de las comadres, en los umbrales de las puertas. Pero aún le sobrevino á Rougón otra desgracia; fué preciso meter en la cárcel á Gilquin, comprometido en una sucia historia de exoneración militar; Gilquin, por cien francos, se comprometía á librar del servicio á los hijos de campesino; y todo lo más que le fué posible hacer en su favor, fué el salvarle de la policía correccional, pero eso sí, quitándole el empleo. Sin embargo, hasta entonces Du Poizat se había apoyado fuertemente en Rougón, cuya responsabilidad comprometía más y más á cada nueva catástrofe. Debió de olvidar la desgracia del ministro, puesto que se presentó en París, sin prevenirsele, muy alicaído él también, pues sentía tambalearse aquel poder del que había hecho tan mal uso, y buscaba ya alguna mano poderosa que le sostuviera. Pensaba en solicitar su cambio de prefectura, á fin de evitar una segura dimisión. Después de la muerte de su padre y de las bellaquerías de Gilquin, Niort se le hacía imposible.

—Me he tropezado con el señor Du Poizat en el barrio Saint-Honoré, á dos pasos de aquí—dijo un

día Clorinda al ministro, por verdadera maldad.—¿No continúan ustedes siendo amigos?... Digo esto porque parece hecho un veneno contra usted.

Rougón evitó el contestar. Poco á poco, habiendo tenido que negar muchos favores al prefecto, la frialdad cundió entre ellos; ahora ya se limitaban á las meras relaciones oficiales. Por lo demás la desbandada fué general. Hasta la propia madama Correur le abandonaba. Ciertas noches volvía á sentir aquella impresión de soledad, de que tanto había sufrido en otro tiempo, en la calle de Marbeuf, cuando su banda ponía en duda su amistad. Tras de aquellos días de gran concurrencia, cuando una muchedumbre asaltaba su salón, volvía á encontrarse solo, perdido, lacerado. Sus íntimos amigos le volvían la espalda. Sentía de nuevo una imperiosa necesidad de la admiración constante del bravo coronel y del insigne señor Bouchard, del calor de vida con que le rodeaba su pequeña corte. ¿Qué más? hasta echaba de menos los prolongados silencios del señor Béjuin. Entonces intentó otra vez atraerse á su gente; hizose amable, escribió cartas, aventuró visitas. Pero los lazos habíanse roto, no logró ya nunca verlos todos allí, a su lado; si reanudaba un cabo, algún disgustillo de escasa monta en el otro cabo, rompía el hilo; y fuere como fuere, su empeño quedaba siempre incompleto, con amigos, con miembros de menos. Por último, todos se alejaron. Fué aquélla la agonía de su poder. El, tan fuerte, se hallaba ligado á aquellos imbéciles por el constante trabajo de su fortuna común. Al retirarse, cada uno de ellos se llevaba algo de él. Sus fuerzas, en aquella disminución de su importancia, quedaban como inútiles; sus gruesos puños golpea-

ban el vacío. El día en que su sombra se encontró sola al sol, en donde ya no pudo agrandarse más con los abusos de su crédito, parecióle que el sitio que antes ocupaba en el suelo, se había empequeñecido; y entonces soñó una nueva encarnación, una resurrección cual Júpiter Tonante, sin camarilla alguna á sus pies, haciendo la ley por el solo destello de su palabra.

No obstante, Rougón no se tenía aún por seriamente debilitado. Miraba desdeñosamente las picaduras que ni siquiera le herían los talones. Gobernaría con todo poder, impopular y solitario. Al fin y al cabo, su gran fuerza se apoyaba en el emperador, credulidad que fué entonces su única debilidad. Siempre que veía á Su Majestad, la encontraba benévola, amabilísima, con su pálida é impenetrable sonrisa; y le renovaba la expresión de su confianza, repitiéndole las instrucciones tan á menudo dadas. Aquello era lo que le bastaba. El soberano no podía pensar en sacrificarle. Aquella certidumbre le determinó á intentar un gran golpe. Para reducir al silencio á sus enemigos y asentar su poder sólidamente, se le ocurrió ofrecer su dimisión, en los términos más dignos; hablaba de las quejas lanzadas contra él, decía que siempre se había atendido estrictamente á los deseos del emperador y que sentía la necesidad de una elevada aprobación, antes de continuar su obra de salud pública. Por lo demás presentábase sin ambages como hombre de mano firme, capaz de representar la represión á todo tance. La corte se hallaba á la sazón en Fontainebleau. Enviada la dimisión, Rougón esperó con la sangre fría del gran jugador. Iba á pasarse la esponja sobre los últimos escándalos, como el

drama de Coulonges y la visita domiciliaria á las hermanas de la Sagrada Familia. Si, por el contrario, la dimisión le era admitida, quería caer desde su altura, á fuer de hombre fuerte.

Precisamente, el día en que la suerte del ministro debía de decidirse, tenía lugar en el invernáculo de las Naranjas de las Tullerías, una venta de caridad, á beneficio de un asilo patronizado por la emperatriz. Toda la servidumbre palatina, toda la distinguida sociedad oficial, tenía con seguridad que dirigirse allí, para testimoniar su presencia. Rougón se había resuelto á exhibir su semblante tranquilo, lo que por sí solo constituía una especie de fanfarronada; miraría cara á cara á las personas que le dirigirían miradas de reojo, pasearía su soberano desprecio en medio de los cuchicheos de la multitud... Sobre las tres de la tarde, daba una última orden al jefe del personal, antes de partir, cuando su ayuda de cámara se le acercó á decirle que un caballero y una señora insistían con gran empeño en verle, en su habitación particular. La tarjeta rezaba los nombres del marqués y de la marquesa d'Escorailles.

Los dos ancianos que el ayuda de cámara, engañado por sus vestidos casi pobres, había dejado en el comedor, se levantaron ceremoniosamente. Rougón se apresuró á llevarlos al salón, conmovido por su presencia, y un sí es no es inquieto. Parecióle extraño su repenino viaje á París y quiso mostrarse en extremo amable. Mas ellos permanecían serios, rígidos y con semblante de contrariedad.

—Señor—dijo por último el marqués,—creemos que nos perdonará usted el paso que nos vemos forzados á dar... Trátase de nuestro hijo Julio. De-

searíamos verle dejar la administración, y venimos á pedirle á usted que no le retenga por más tiempo á su lado.

Y, como el ministro les mirase en extremo sorprendido.

—Los jóvenes tienen la cabeza ligera—prosiguió.

—Hemos escrito dos veces á Julio para exponerle los motivos que nos asisten, rogándole que se separe... Mas, como no nos obedecía, hemos resuelto venir. Esta es la segunda vez, caballero, que, en treinta años, hacemos el viaje á París.

Entonces Rougón mostró su disgusto. Julio tenía el más bello porvenir é iban á malograrle su carrera. En tanto que hablaba, la marquesa hacía movimientos de impaciencia. Y se explicó á su vez con mayor viveza:

—Por Dios, señor Rougón, no nos incumbe á nosotros juzgarle á usted. Pero existen en mi familia ciertas tradiciones... Julio no puede inmiscuirse en una abominable persecución contra la Iglesia. En Plassans todo el mundo se hace cruces. Tendríamos que malquistarnos con toda la nobleza del país.

Rougón había comprendido y quiso hablar; mas ella le impuso silencio con ademán imperioso.

—Déjeme usted acabar... Con pesar nuestro, Julio se ha afiliado... Ya sabe usted cual ha sido nuestro dolor al verle servir á un gobierno ilegítimo, y si su padre no le ha maldecido ha sido porque yo me he opuesto. Desde entonces nuestra casa está de luto, y cuando recibimos á los amigos, el nombre de nuestro hijo no se pronuncia jamás. Hasta habíamos jurado no ocuparnos de él; todas las cosas tienen su límite; cosa es por demás intolerable que un d'Escorailles se encuentre mezclado con los ene-

migos de nuestra santa religión... ¿Me comprende usted, señor?

Rougón se mantuvo sereno. Ni pensó en sonreirse ante las piadosas mentiras de la anciana señora. Volvía á ver al marqués y á la marquesa tales como les había conocido, en la época en que él iba poco menos que rabiando de hambre por las calles de Plassans, altaneros, rebosantes de orgullo y de insolencia. Si otras personas se hubiesen expresado en semejante tono, con toda seguridad les habría puesto en la puerta de la calle. Pero se sintió confundido, lastimado, empequeñecido; parecía que volvía á presentársele su abandonada pobreza; creyó por un instante que arrastraba aún en sus pies sus antiguos zapatos destalonados. Prometiéndoles que haría decidir á Julio. Y luego contentóse con agregar, aludiendo á la respuesta del emperador:

—Por lo demás, señora, su hijo de usted le será quizás devuelto esta noche misma.

Cuando se encontró solo, Rougón se sintió amendrentado. Aquellos ancianos habían conmovido su inmutable sangre fría. Ahora titubeaba sobre si se presentaría en aquella venta de caridad, en donde todas las miradas leerían la turbación de su rostro. Mas avergonzose ante aquel temor infantil. Y se fué, pasando por su gabinete. Preguntó á Merle si no había venido alguien á preguntar por él.

—No, Excelencia—contestó con sagacidad el ujier, quien parecía andar á la husma desde por la mañana.

El invernáculo de los Naranjos de las Tullerías, en donde se realizaba la venta de caridad, hallábase adornado con gran lujo para las circunstancias. Un tapiz de terciopelo encarnado con franjas de

oro, cubría las paredes, convirtiendo la vasta y desnuda galería en un elevado salón de gala. En uno de los extremos, á la izquierda, una inmensa cortina, asimismo de terciopelo encarnado, cortaba la galería y disponía una habitación; y aquella cortina, sostenida por cordones con enormes borlas de oro, abríase con gran amplitud, poniendo en comunicación la gran sala, en la que se encontraban alineados los mostradores de venta y la habitación más estrecha, en donde se había instalado el aparador.

Habíase cubierto el suelo de finísima arena. Los jarrones de mayólica, colocados en los rincones contenían macizos de verdes plantas. En medio del cuadrado formado por los mostradores, un diván circular formaba como un banco de terciopelo con el respaldo muy tendido; mientras que del centro del propio diván surgía un colosal ramo de flores, un haz de tallos, de que se desprendían rosas, claveles, verbenas, á semejanza de una lluvia de brillantes gotas. Delante de las puertas acristaladas, de doble hoja, abiertas sobre la terraza de á orillas del agua, veíanse varios ujieres puestos de frac negro, con severo rostro, que examinaban con un solo golpe de vista las tarjetas de los invitados.

Las damas patrocinadoras no se figuraban contar con gran concurrencia antes de las cuatro. En el gran salón, en pie, detrás de los mostradores, esperaban á los clientes. En largas mesas, cubiertas de paño rojo, se ostentaban los objetos de venta; muchos de los mostradores con énfasis artículos de París y otros imitados de la China, dos de los puestos hallábanse destinados á juguetes para niños, otro había lleno de rosas, y, por último, un bombo de barquillero bajo una tienda de campaña como en las

fiestas de las inmediaciones. Las vendedoras, escotadas con traje de concierto, se revestían de gracias de tenderas, de sonrisas de modista, para dar salida á un sombrero viejo, de cariñosas inflexiones de voz, charlotteando, alabando la mercancía, sin que lo supiesen hacer; y, en aquel juego de señoritas de tienda se encanallaban con risitas, y sentíanse halagadas con el roce de todas aquellas manos de compradores. Una princesa de verdad hallábase al frente de uno de los puestos de juguetes; en frente una marquesa vendía monederos de veinte sueldos, que no soltaba á menos de veinte francos; ambas rivales cifraban el triunfo de su belleza en la venta más importante, atraían al parroquiano, llamaban á los hombres y pedían precios escandalosos, y luego, después de un gran chalaneo de tablaejas ladronas, daban un tantico de ellas mismas, las yemas de los dedos, y, por añadidura, la vista de su corpiño abierto de par en par para decidir á las grandes compras. La caridad, como se ve, no era más que el pretexto.

Entretanto, poco á poco, la sala se iba llenando. Los caballeros, con toda tranquilidad, se detenían y examinaban á las vendedoras como si formasen parte de la instalación. Ante ciertos mostradores, los jóvenes elegantes se extasiaban, se reían y hasta soltaban picarescas alusiones sobre sus compras, mientras que aquellas señoras, de inagotable bondad, pasando de uno á otro, brindaban con toda su tienda con seductor embeleso. Pertenecer á la multitud por espacio de cuatro horas, constituía un verdadero regalo. Dejábase oír un verdadero rumor de almoneda, entrecortado con ruidosas carcajadas, en medio del sordo pisoteo sobre la arena. Los rojos tapices absor-

bían la cruda luz de las acristaladas ventanas, difundiendo una claridad rojiza, flotante, que coloreaba los desnudos senos con rosado matiz. Entre los mostradores, y confundidas con el público, paseaban ligeras canastillas pendientes del cuello, otras seis damas, una baronesa, dos hijas de banquero, tres mujeres de altos funcionarios; precipitábanse al encuentro de cada recién llegado, pregonando cigarros y fuego.

La señora de Combélot, sobre todo, obtenía un gran éxito. Era ramilletera y hallábase colocada en alto asiento en el quiosco lleno de rosas, un chalet calado, dorado, semejante á una gran pajarera. Vestida también color de rosa, rosa de cutis que continuaba su desnudez más allá del escote del corpiño, y llevando tan sólo entre ambos senos el ramo de violetas, distintivo de todas aquellas damas, habíase imaginado hacer los ramilletes ante el público, como verdadera florista; una rosa, un capullo y tres hojas, que movía entre sus dedos, sujetando el hilo con los dientes, vendíalos desde uno á diez luises, según el aspecto de los señores. Y se le arrancaban de las manos los ramitos, no podía dar abasto á los pedidos y se pinchaba de vez en cuando, atreadísima y chupándose vivamente la sangre que se hacía en los dedos.

Frontera á ella, en la barraca de tela, la linda señora de Bouchard estaba encargada del tambor de barquillero. Llevaba un delicioso traje azul á lo campesina, con el talle alto y con el corpiño en forma de pañoleta, casi un disfraz, como para ofrecer el aspecto de una vendedora de panecillos de especia y de barquillos. A más de esto, fingía graciosísimo ceceo y unos ademanes de tonta de la más seductora

originalidad. Encima del torniquete los lotes se veían clasificados; horrorosas chucherías de cinco ó seis sueldos, tafilería, cristalería, porcelana; y la pluma rechinaba entre los alambres, la placa giratoria se llevaba los lotes, con ruido continuo de vagilla rota. Cada dos minutos, cuando los jugadores faltaban, la señora de Bouchard decía con su almibarada voz de inocentona llegada el día anterior de su aldea:

—A veinte sueldos la puesta, señores... Vamos, señores, jueguen ustedes...

El aparador, asimismo enarenado, adornado en los ángulos con plantas verdes, estaba provisto de mesitas redondas y de asientos de rejilla. Habíase tratado de imitar un verdadero café, para hacerlo más llamativo. En el testero, tras del mostrador monumental, tres señoras se abanicaban, en espera de las demandas de los consumidores. Delante de ellas las botellas de licores, los platos de pastelillos y de sandwiches, los confites, los cigarros y los cigarrillos, formaban una tosca parada de baile público. Y, de vez en cuando, la dama del centro, cierta condesa morena y petulante, se levantaba y se inclinaba para llenar un vasito, no entendiéndose ya en medio de aquel desorden de botellas y maniobrando con sus desnudos brazos, con riesgo de hacerlo todo añicos. Pero Clorinda reinaba en el aparador. Ella era la que servía al público de las mesas. Habríasela tomado por Juno, sirviente de una cervecería. Llevaba un vestido de raso amarillo, cruzado de bieses de raso negro, deslumbrador, extraordinario, como un astro cuya cola se asemejaba á una cauda de cometa. Con el escote más de la cuenta bajo, dejando el busto casi al descubierto, circulaba majestuosamente por entre los asientos de rejilla, paseando *chops* en bande-

jas de metal blanco, con serenidad de verdadera diosa. Rozaba los hombros de los señores con sus desnudos codos, se inclinaba con el corpiño abierto, para tomar órdenes, y á todos contestaba, sin apresurarse sonriente, muy á su satisfacción. Cuando lo servido quedaba apurado, recibía en su hermosa mano las monedas de plata y de cobre que echaba, con ademán ya familiar, en un limosnero pendiente de la cintura.

En esto, el señor Kahn y el señor Béjuin acababan de sentarse. El primero golpeó en la mesita de zinc, como tomándolo á broma, gritando:

—Señora, dos bocks.

Clorinda se acercó, sirvió los dos bocks y se quedó allí en pie, como para descansar un instante, pues el aparador se encontraba ya casi vacío. Distráida, sirviéndose de su pañuelo de encaje, se enjugaba los dedos, mojados con la cerveza. El señor Kahn se fijó en el brillo especial de sus ojos, en la expresión de triunfo que irradiaba de todo su semblante. Miróla con interés, y le preguntó:

—¿Cuándo ha vuelto usted de Fontainebleau?

—Esta mañana—le contestó.

—Y ha visto usted al emperador, ¿qué noticias hay?

Clorinda se sonrió y se mordió los labios con expresión indefinida, mirándole á su vez. Entonces el ilustre Kahn se fijó en una alhaja de que no tenía noticia. Llevábala Clorinda en su desnudo cuello, sobre sus desnudos hombros, y consistía en un collar llamado de perro, un verdadero collar de gozque de terciopelo negro, con la hebilla, la argolla y el cascabel, un cascabel de oro en que se tintinaba una perla fina. En el collar se veían escritos en caracte-

res de diamantes, dos nombres con letras entrelazadas y caprichosamente retorcidas. Y, pendiente del aro, una gruesa cadena de oro ondeaba á lo largo de su pecho, entre ambos senos, y después volvía á subir para ajustarse á una placa de oro, fija en el brazo derecho, en la que se leía: *Pertenezco á mi amo.*

—¿Es un regalo?—susurró discretamente Kahn, señalando la alhaja.

Contestó que sí con la cabeza, siempre contrayendo los labios en una mueca graciosa y sensual. Ella había querido aquella señal de esclavitud y blasonaba de ella con impudente serenidad; que la ponía muy por encima de las faltas de escasa monta, sintiéndose por lo demás muy honrada con la elección de un príncipe, tan envidiada por todas. Cuando se presentó en público, con la garganta ceñida con aquel collar, en el que perspicaces ojos de rivales creían leer un apellido ilustre unido al de ella, todas las mujeres habían comprendido, cambiando miradas, como para decirse: «es un hecho». De un mes á aquella parte, el mundo oficial hablaba de tamaña aventura y esperaba el consiguiente desenlace. Y era un hecho, en realidad; ella misma lo proclamaba, lo llevaba escrito en los hombros. Si hubiese de darse crédito á una historia susurrada de oído á oído, su primer lecho, á los quince abrigados fué el jergón de paja en donde dormía un cochero, en lo más apartado de una cuádra. Con el andar de los tiempos, había ido subiendo á otros lechos, cada vez más empingorotados, de banqueros, de funcionarios, de ministros, ensanchando más y más su fortuna tras de cada una de sus noches. Después, de alcoba en alcoba, de etapa en etapa,

como apoteosis para satisfacer una última voluntad y un postrer orgullo, acababa de apoyar su tan hermosa como fría cabeza sobre la almohada imperial.

—Señora, ruego á usted que me sirva un *bock*—dijo un caballero muy grueso, condecorado, todo un general que la miraba sonriendo.

Y así que hubo servido el *bock*, dos diputados la llamaron.

—Dos copas de chartreuse, si lo tiene usted á bien.

Oleadas de gente iban llegando, y por todos lados las demandas llovían que era una bendición; pedíanse *grogs*, anisete, limonadas, pastelillos y cigarrós. Los hombres la miraban de hito en hito, hablaban por lo bajo, aguijados por la picaresca historia que corría acerca de ella. Y cuando aquella moza de cervecería, que en la mañana misma habíase desprendido de los brazos de un emperador, tendía la mano para recibir el importe de lo consumido, no parecía sino que los señores olfateaban y que buscaban en ella algo de aquellos amores soberanos. Clorinda, sin la menor alteración, volvía lentamente el cuello para exhibir su collar de perros, cuya gruesa cadena de oro producía un ligero ruido. Debía de constituir un atractivo mayor aún el convertirse en la criada de todos, cuando se acaba de ser reina durante toda una noche, el deslizarse por entre las mesas de un café de pura broma, entre las rodajas de limón y las migajas de pastel, unos pies de estatua besados apasionadamente por augustos labios...

—Esto es de lo más divertido—dijo volviendo á ponerse ante el señor Kahn. Me toman por una

criada de veras, palabra de honor. Creo que uno de ellos hasta me ha pellizado. Y no le he dicho nada. ¿A qué? Se trata de los pobres, ¿no es eso?

El señor Kahn, con un guiñar de ojos, le rogó que se inclinara; y en muy bajito tono, le preguntó:

—Entonces, ¿Rougón?...

—¡Chist! En seguida—le contestó bajando también la voz.—Le he enviado una esquila de invitación, á mi nombre. Le espero.

Mas como el señor Kahn moviese la cabeza como dudando, la joven agregó con viveza:

—Sí, sí, le conozco, vendrá... Por lo demás, nada sabe.

Tanto el señor Kahn como el señor Béjuin, se pusieron desde entonces á atisbar la llegada de Rougón. Veían toda la gran sala por la ancha abertura de los cortinajes. El público aumentaba á cada momento. Algunos caballeros, recostados en torno al diván circular, con las piernas cruzadas, cerraban los ojos en dulce somnolencia; mientras que, rozando con sus extendidos pies, un interminable desfile de visitantes, giraba por delante de ellos. El calor se hacía insorpotable. El ruido sor-do y confuso iba en aumento en la roja y flotante neblina que se difundía sobre los negros sombreros. Y á cada instante, en medio de toda aquella barahunda, el chirrido del molinete del barquillero hería los oídos de la multitud con ensordecedor estruendo de carraca.

Madama Correur, que acababa de llegar, daba á paso menudo la vuelta alrededor de los mostradores, muy gruesa y vestida con un traje de granadina rayada, blanco y color de malva sobre el cual

la gordura de sus hombros y brazos se desbordaba en rosadas redondeces. En su rostro se retrataba la prudencia y sus reflexivas miradas de compradora parecía buscar una verdadera ganga. Solía decir que á menudo se encontraban verdaderas chiripas en las ventas de caridad, aquellas buenas señoras no sabían de la misa la media en punto á los lotes que estaban encargadas de expender. Por lo demás, no compraba nunca á las vendedoras á quienes conocía; aquéllas «exprimían más de lo justo á sus amistades». Cuando hubo dado la vuelta á la sala, revolviendo todos los objetos, tomándolos y volviéndolos á dejar, dirigióse nuevamente á un mostrador de tafiletería, ante el cual permaneció diez largos minutos, registrando toda la parada y demostrando gran perplejidad. Por último, como quien no hacía la cosa, tomó una cartera de piel de Rusia, en que había ya puesto los ojos más de un cuarto de hora hacía.

—¿Cuánto vale?—preguntó.

La vendedora, una buena moza rubia, dispuesta á bromear con dos caballeros, volvióse apenas y contestó:

—Quince francos.

La cartera valía por lo menos veinte. Aquellas señoras que luchaban entre ellas para ver quién sacaba á los hombres sumas más extravagantes, vendían generalmente á las mujeres á coste y costas, por una especie de francmasonería. Pero madama Correur volvió á poner la cartera en el mostrador, de espanto llena y murmurando:

—¡Oh! es demasiado caro... Quiero tan sólo hacer un regalo. Daré diez francos, y nada más. ¿No tiene usted alguna cosa bonita por diez francos?

Y se puso de nuevo á revolver la instalación. Nada era de su gusto. ¡Ah! ¡Si la cartera no resultase tan cara! Volvíala á tomar y metía las narices en las divisiones. La vendedora, perdida ya la paciencia, concluyó por dejársela en catorce francos y luego en doce... No, no, era todavía demasiado cara. Y la obtuvo por once francos, tras de un regateo feroz. La arrogante moza decía:

—Prefiero vender... Todas las mujeres regatean, pero ninguna compra... ¡Ah! ¡si no contásemos con los caballeros!

Madame Correur, al irse, tuvo el placer de ver en el interior de la cartera, una inscripción que rezaba veinticinco francos. Siguió andando de aquí para allá y concluyó por instalarse tras el bombo del barquillero, al lado de la señora de Bouchard. Llamábala «mi querida amiga», y le atraía á la frente dos ricitos que se le rebelaban.

—Hola, ahí tenemos al coronel—dijo el señor Kahn, siempre pegado al aparador y con los ojos fijos en las puertas.

El coronel se acercaba porque no podía pasar por otra cosa. Proponíase quedar en paz con un luis; lo que, así y todo, era darle una fuerte sangría en el corazón. En la puerta vióse ya rodeado, asaltado, por tres ó cuatro damas, que repetían:

—Caballero, cómpreme usted un cigarro... Señor, una caja de cerillas...

El coronel se sonreía y se las quitaba de encima con toda finura. Acto seguido se orientó pues quería pagar su deuda cuanto antes mejor; detúvose ante un mostrador, regentado por una dama muy bien reputada en la corte, á la cual pidió precio por una petaca de un feo subido. ¡Setecientos fran-

cos! No fué dueño de evitar un gesto de terror, por poco cae de espaldas; dejó el estuche y se eclipsó; mientras que la señora, abochornada, ofendida, volvía la cabeza, como si el coronel hubiese cometido con ella una inconveniencia. Y entonces, para no dar pábulo á enfadosos comentarios, se acercó nuestro guerrero al quiosco en que la señora de Combelot seguía haciendo sus ramilletes. No debían de ser caros aquellos ramitos, mas, por prudencia, ni siquiera quiso uno, pues le daba en la nariz que la linda ramilletera querría señalar un elevadísimo precio á su trabajo. Escogió, pues, entre el montón de rosas, la menos descogida, la más insignificante, un capullo medio marchito. Y con toda galantería, sacando el portamonedas, preguntó:

—Señora, ¿cuánto vale esta flor?

—Cien francos, caballero,—contestó la dama, quien, con el rabillo del ojo, había observado sus movimientos.

Balbuocé y le temblaron manos y piernas. Mas aquella vez no había medio de retroceder. Había gente allí, que no le quitaba la vista de encima. Pagó, aunque muy á regañadientes, y, refugiándose en el aparador, sentóse á la mesita del señor Kahn, murmurando:

—Esto es la bolsa ó la vida, ni más ni menos que la bolsa ó la vida...

—¿No ha visto usted á Rougón en la sala?—preguntó el señor Kahn.

El coronel no contestó. ¡Para eso estaba! Lanzaba desde allí á las vendedoras las miradas más furibundas. Y luego, como el señor d'Escorailles y el señor La Rouquette se riesen de la mejor gana, delante de una instalación, repitió de dientes adentro:

—¡Pardiez! á los jóvenes eso les divierte... Acaban siempre por gozar en relación al dinero que les cuesta.

Los señores d'Escorailles y La Rouquette, en efecto, se divertían á más no poder. Aquellas damas se los disputaban con encarnizamiento. En cuanto entraron, los brazos se tendieron hacia ellos; á derecha é izquierda no se oían más que sus nombres.

—Señor d'Escorailles, ya sabe usted lo que me tiene prometido... Vamos, señor La Rouquette, ya me comprará usted este caballito. ¿No? Pues entonces una muñeca. Sí, sí, una muñeca es lo que le hace á usted falta.

Ambos se cogían del brazo, para protegerse, decían riendo. Adelantábanse radiantes, embelesados, en medio del asalto de todas aquellas faldas y en la tibia caricia de aquellas argentinas voces. A veces desaparecían bajo la oleada de desnudos senos, contra los cuales fingían defenderse, con grititos de espanto. Y, en cada mostrador, dejábanse llevar por amable violencia. Luego hacíanse los tacaños y fingían los más cómicos azoramientos. Una muñeca de á sueldo, por un luis, ¡aqué! no estaba al alcance de sus fortunas! Tres lápices, dos luises... ¡qué! ¿querían quitarles el pan de la boca? Era cosa de morir de risa. Aquellas damas mostraban una alegría arrulladora, verdadero canto de sirena, cada vez se presentaban más ávidas de dinero, embriagadas por aquella lluvia de oro, triplicando, cuadruplicando los precios, instadas por la pasión del robo. Pasábanselos de unas manos á otras, guiñando los ojos, diciendo: «A estos los tomo por mi cuenta... Ya veréis... hay que desvalijarlos...», frases que ellos comprendían y á las que contestaban

con los más graciosos saludos. A espaldas de ellos, triunfaban las vendedoras por todo lo alto y se vanagloriaban; la más afortunada, de la que todas tuvieron celos, fué una señorita de dieciocho años, que había vendido una barra de lacre por tres lises. En esto el señor d'Escorailles había llegado al otro lado del salón, y como una vendedora se propusiese, quieras que no, meterle una caja de jabones en el bolsillo, el joven gritó:

— ¡Si ya no tengo ni para hacer cantar á un ciego! A no ser que quiera usted que le firme pagarés...

Y vaciaba el portamonedas. La dama, ya en aquel trance y olvidándose de sí misma, tomó el portamonedas y lo registró. Y miraba al joven de hito en hito y parecía dispuesta á pedirle la cadena de su reloj.

Aquello era una broma. El señor d'Escorailles llevaba siempre para aquellas ventas un portamonedas vacío, tan sólo para reir un rato.

— ¡Ah! ¡chist!—dijo tirando del señor La Rouquette,— ¡me convierto en perro de presa!... Vamos á ver si nos desquitamos.

Y cuando pasaban por delante del barquillero, la señora de Bouchard lanzó su grito:

— ¡A veinte sueldos el golpe, señores!... ¡Venga un golpe!...

Y se acercaron, haciendo como que no habían oído.

— ¿A cómo el golpe, señora?

— A veinte sueldos, señores.

Las carcajadas se reanudaron á más y mejor. Pero señora de Bouchard lanzó su grito:

— ¡A con la boca abierta, dirigiendo sus asombrados ojos á los dos caballeros, como si no les hubiese

conocido. Entonces se entabló entre ellos una partida formidable. Durante un cuarto de hora el torriquete rechinó, sin punto de reposo. Se reemplazaban uno tras otro. El señor d'Escorailles ganó dos docenas de hueveras, tres espejitos, siete estatuitas y cinco petacas para cigarrillos; el señor La Rouquette obtuvo por su parte dos piezas de puntilla, un vacío-bolsillos de porcelana de la peor calidad, montado sobre pies de zinc dorado, unos vasos, un candelero y una cajita con un espejo. La señora Bouchard, pellizcándose los labios, acabó por exclamar:

— ¡Vaya, vaya! ¡tienen ustedes demasiada suerte! No juego más... Llévense ustedes lo suyo.

Había hecho dos grandes montones, á su lado, en una mesa. El señor La Rouquette pareció consternado. Pidióle que le cambiase su montón por un ramito de violetas que llevaba en los cabellos. Pero ella se negó:

— No, no, usted ha ganado eso, ¿no es así? pues bien, lléveselo usted.

— La señora tiene razón—dijo con seriedad el señor d'Escorailles.— No se pone mal ceño á la fortuna, y el diablo sea conmigo, si dejo aquí tan sólo una huevera!... Me vuelvo perro.

Había extendido el pañuelo y hacía un lío con toda limpieza, lo que produjo una nueva explosión de risa. El apuro del señor La Rouquette resultaba también muy regocijado. Entonces, madama Courreur, que había conservado hasta entonces, en el fondo de la instalación, una sonriente dignidad de matrona, adelantó su grueso y rosado semblante. Propuso hacer un cambio.

— No, yo no quiero nada—se apresuró á decir

el joven diputado.—Tómelo usted todo, todo se lo doy.—No lo dijo á sorda.

Y no se fueron en seguida, sino que se quedaron allí unos instantes más. Ahora, á media voz, dirigieron á la señora de Bouchard galanferías de dudoso gusto. Al contemplarla tan seductora, sus cabezas daban vueltas más de prisa que el torniquete. ¿Qué se salía ganando en tan bonito juego? Más divertido resultaba el de las cuatro esquinas; y, á pesar de esto, no estaban dispuestos á jugar á las cuatro esquinas toda especie de cosas bonitas. La señora de Bouchard entornaba los párpados, con risa de joven que se hacía la estúpida; movía las caderas con ligero balanceo, como haría una campesina con quien los señores se chancen; mientras que madama Correur se extasiaba al mirarla, repitiendo con el arrobado rostro de inteligente:

—¡Qué hermosa es! ¡qué hermosa es!

Pero la señora de Bouchard acabó por dar papirotazos en las manos del señor d'Escorailles, quien trataba de enterarse del mecanismo del torniquete, con el pretexto de que ella debía de hacer trampas. ¿Acabarían por dejarla en paz? Y cuando se hubo desembarazado de ellos, volvió á su provocadora y persuasiva voz de vendedora:

—Vamos, señores, á veinte sueldos el golpe... Uno tan sólo, señores.

En aquel momento, el señor Kahn, en pie para mirar por encima de las cabezas, volvió á sentarse, diciendo por lo bajo:

—Allí está Rougón. No nos demos por entendidos, ¿no les parece á ustedes?

Rougón atravesaba la sala con lento paso. Detúvose y jugó en el torniquete de la señora de Bou-

chard, y pagó tres luises por una de las rosas de la señora de Combelot. Después, cuando hubo hecho su ofrenda, pareció dispuesto á marcharse en seguida, y apartaba á la muchadumbre, para dirigirse á una de las puertas. Pero, de repente, habiendo lanzado una mirada al aparador, se dirigió hacia aquel lado, con la cabeza erguida, tranquilo, altanero. Los señores d'Escorailles y La Rouquette se habían sentado junto á los señores Kahn y Béjuin y del coronel; también estaba allí el señor Bouchard, que acababa de llegar. Y todos aquellos señores, cuando el ministro pasó por delante de ellos, sintieron un ligero escalofrío; tan arrogante y tan firme les pareció, con sus robustos miembros. Habíales saludado al paso, familiarmente y tomó asiento á una mesita inmediata. Su ancho rostro no se inclinaba, volvíase lentamente á la izquierda, á la derecha, como para afrontar y soportar sin la menor alteración las miradas que se fijaban en él.

Clorinda se había acercado, arrastrando majestuosamente su rica falda amarilla. Y le preguntó, simulando una vulgaridad en que se adivinaba un tanto de socarronería:

—¿Qué desea usted?

—¡Ah! ¿lo sé yo acaso?—contestó regocijado.—Nunca bebo nada... ¿Qué tiene usted?

Entonces, con gran rapidez, le enumeró Clorinda los licores: fine champagne, ron, curaçao, kirsch, chartreuse, anisete, vespietro, kummel.

—No, no, deme usted un vaso de agua con azúcar. La joven se dirigió al mostrador y trajo el vaso de agua, siempre con su majestad de diosa. Y se quedó en presencia de Rougón mirándole deshacer el azúcar. El ministro continuaba sonriéndole y dijo

las primeras insignificancias que se le ocurrieron.

—¿Goza usted de buena salud?... Hace un siglo que no la veo á usted.

—Me hallaba en Fontainebleau—contestó sencillamente.

Rougón alzó los ojos y la examinó con mirada intensa. Pero ella le interrogó á su vez:

—¿Y usted se halla satisfecho? ¿anda todo á su satisfacción?

—Sí, á las mil maravillas—le contestó.

—Mejor que mejor.

Y se movió en torno suyo, con atenciones de mozo de café. Envolvíale con la siniestra llama de sus ojos, como hallándose á pique de dejar escapar su triunfo, de un instante á otro. Decidíase por último á separarse de él, cuando se puso de puntillas para dirigir una mirada á la sala contigua. Y, en seguida, tocándole en el hombro, le dijo con el rostro radiante de satisfacción:

—Me parece que le buscan á usted.

En efecto, Merle se adelantaba respetuosamente por entre las sillas y las mesas del aparador. Hízole tres saludos y suplicó á Su Excelencia que le dispensara. Habíase llevado á la salida de Su Excelencia la carta que Su Excelencia debía de estar esperando desde por la mañana. Entonces, á pesar de no haber recibido orden, había creído...

—Está bien, deme usted—interrogó Rougón.

El ujier le entregó un gran sobre y se fué á dar vueltas por la sala. Rougón, con sólo una mirada, había conocido la letra; era una carta autógrafa del emperador, la respuesta al envío de su dimisión. Un ligero sudor frío le subió á las sienes, mas ni siquiera palideció. Metióse con toda tranquilidad la

carta en el bolsillo interior de la levita, sin dejar de afrontar las miradas de la mesa del señor Kahn, á quien Clorinda había ido á susurrarle algunas palabritas. Toda la banda entonces se hallaba ojo avizor, sin perder el menor de sus movimientos, en aguda fiebre de curiosidad.

La joven había vuelto á plantificarse delante de él, Rougón se bebió por último la mitad de su vaso de agua azucarada, y buscó una galantería.

—Está usted hoy hermosa á más no poder. Si las reinas se hiciesen criadas...

Mas ella atajó la galantería, y dijo con su acostumbrada audacia:

—¿No lee usted?

Rougón hizo como que se había olvidado. Después, fingiendo que se acordaba:

—¡Ah! sí, esta carta... Voy á leerla, si ello puede ser de su agrado.

Y sirviéndose de un cortaplumas, cortó el sobre con todo cuidado. Con una mirada recorrió las cortas líneas de que se componía. El emperador aceptaba su dimisión. Durante cerca de un minuto, tuvo el papel acercado al rostro, como para volverlo á leer. Temía no ser dueño de mantener la serenidad de su semblante. Una agitación terrible realizábase en su interior, una rebeldía de toda su fuerza, que se negaba á aceptar la caída, le conmovía furiosamente hasta la médula de los huesos; á no haber sido dueño de mantener su rigidez, habría gritado y hundido la mesa á puñetazos. Con la mirada siempre fija en la carta, volvía á ver al emperador tal como le había visto en Saint-Cloud, con su palabra benévola, con su constante sonrisa, renovándole su confianza, confirmándole sus instrucciones.

¿Qué interminable idea de disfavor debía de madurar, tras de su velado semblante, para destrozarle tan repentinamente en una noche después de haberle retenido veinte veces en el poder?

Rougón, por último, con supremo esfuerzo, se supo vencer. Alzó el rostro, en el que ni un solo rasgo se movía, y volvió á meter la carta en el bolsillo, con ademán de indiferencia. Pero Clorinda había apoyado ambas sus manos sobre la mesita. Inclínose con cierto movimiento de abandono, y murmuró, con las comisuras de la boca temblorosas:

—Yo lo sabía. Todavía me encontraba allí esta mañana... ¡Pobre amigo mío!

Y le compadecía con acento de burla tan cruel, que Rougón la miró nuevamente, fijos sus ojos en los de ella. Por lo demás, Clorinda no disimulaba. Sentía la fruición esperada hacía meses y saboreaba sin apresurarse frase por frase, la voluptuosidad de presentarse á él, al fin y al cabo, como enemiga implacable y vengada.

—No he podido defender á usted—continuó.—Sin duda usted ignora...

Y no terminó la frase. Y á seguida preguntó, en tono penetrante:

—¿A que no adivina usted quién le substituye en el Interior?

Rougón hizo un gesto de indiferencia; mas sentíase molestado con la fijeza de sus ojos. La joven acabó por soltar estas dos palabras:

—Mi marido!

Rougón, con la boca seca, echóse un nuevo trago de agua azucarada. En aquellas dos palabras, Clorinda lo encerró todo, su ira por haber sido des-

deñada en otro tiempo, su rencor con tanto arte dirigido, su alegría de mujer al abatir á un hombre reputado como de talento sin rival. Entonces, entregóse al placer de torturarlo, de abusar de su victoria; puso de manifiesto lo que más podía herirle. Su marido no era, ni con mucho, un hombre superior; lo confesaba y hasta hacía de ello chacota; y con esto quería dar á entender que el primer Perico de los palotes habría sido suficiente y que ella habría hecho ministro hasta al ujier Merle, si se le hubiese puesto en la mollera. Sí; el ujier Merle, cualquier pasante estúpido, quienquiera que fuese: Rougón habría tenido un digno sucesor. Esto probaba la omnipotencia de la mujer. Después, dejándose llevar por completo, mostróse maternal, protectora y excelente consejera.

—Ya usted lo ve, querido amigo, con frecuencia se lo tengo dicho, hace usted mal en despreciar á las mujeres. No, las mujeres no son tan estúpidas como á usted le parece. Llegaba á encolerizarme al oírle tratarnos de locas, de muebles que estorban ¿y qué sé yo que más? hasta de verdaderas trabas... ¡Mire usted á mi marido! ¿He sido yo por ventura ninguna traba para él?... Pues yo quería convenirle á usted de esto; habíame prometido este placer, ya se acordará, el día aquél en que tuvimos esta conversación. Ya lo ha visto usted ¿verdad que sí? Pues bien, ahora pelillos á la mar... Reconozco, querido amigo, que es usted persona de grandísimo talento; pero confíese usted por su parte que una mujer le hará siempre perder el tino, tan luego como se le ponga en la cabeza el conseguirlo.

Rougón, algo pálido, se sonreía.

—Sí, tal vez tenga usted razón—dijo lentamente,

evocando toda aquella historia.—Yo tenía una sola fuerza, mientras que usted...

—¡Yo tenía otra cosa, pardiez!—terminó con un desahogo que rayaba en grandeza, tanto era lo que sabía elevarse en el desprecio de las conveniencias.

Rougón no prorrumpió en la menor queja; para vencerle, la joven le había arrebatado parte de su poder; ahora volvía en su contra las lecciones delectadas al lado suyo, cual discípula dócil durante sus aprovechadas tardes de la calle de Marbeuf. Era aquello la ingratitud, la traición, cuya amargura bebía sin repugnancia, como hombre de experiencia. Su única preocupación, en aquel desenlace, se cifraba en saber si, al fin de cuentas, la conocía por entero. Hacía memoria de sus antiguas investigaciones, de sus inútiles esfuerzos para penetrar en los secretos engranajes de aquella máquina tan hermosa como desconcertada. La necedad de los hombres, indudablemente, era fenomenal.

En dos ocasiones, Clorinda se había alejado para servir unas copitas; y después, cuando ya se sintió satisfecha, reanudó su majestuosa marcha por entre las mesas, haciendo como que ya no se ocupaba de él. Rougón la seguía con la mirada: violó acercarse á un caballero de inmensa barba, un extranjero cuyas prodigalidades tenían por entonces revolucionado á París. El personaje daba fin á un vaso de Málaga.

—¿Cuánto es, señora?—preguntó levantándose.

—Cinco francos, caballero. Todos los servicios cuestan lo mismo.

Pagó, y á seguida, con su peculiar acento:

—Y un beso, ¿cuánto vale?

—Cien mil francos—contestó la joven sin la menor vacilación.

Volvióse á sentar y escribió breves palabras en una hoja arrancada de una agenda. Acto seguido le plantó un ruidoso beso en la mejilla, pagó y se alejó de allí con toda flema. Todo el mundo se sonreía y encontró la cosa muy puesta en razón.

—Todo es cuestión de precio—dijo por lo bajo Clorinda, volviendo junto á Rougón.

Y él vió en aquellas palabras una nueva alusión. Háblele dicho que jamás. Y entonces, aquel hombre casto, que había recibido sin doblegarse el gran golpe de su desgracia, sufrió lo que no es decible, viéndole el collar que llevaba con tanto descaro. La joven se inclinaba más todavía, le provocaba, moviendo el cuello por modo seductor. La perla fina tintinaba en el cascabel de oro, y la cadena pendía, como tibia aún de la mano de su amo; los diamantes resplandecían sobre el terciopelo, en el que él leía fácilmente el secreto por todos conocido. Y jamás se sintió hasta tal punto mordido por aquellos no confesados celos, por aquella quemadura de orgullosa envidia que había experimentado á veces en presencia del omnipotente emperador. Preferido habría á Clorinda en brazos de aquel cochero, del que se hablaba en voz queda. Excitábanse sus deseos de antaño, al verla lejos de su alcance, tan en alto, esclava de un hombre, que, con sólo una palabra, hacía inclinar las cabezas.

La joven sin duda adivinó su tormento. Y todavía agregó una nueva crueldad, señalándole con un guiñar de ojos á la señora de Combelot, en su quiosco de florista, vendiendo sus rosas. Y murmuraba con su malévolá risa:

—¡Ah! ¡aquella pobre señora de Combetot espera, espera siempre!

Rougón dió fin á su vaso de agua azucarada. Se ahogaba. Sacó el portamonedas y balbuceó:

—¿Cuánto?

—Cinco francos.

Cuando la joven hubo metido la moneda en el limosnero, tendió de nuevo la mano, y dijo en tono de broma:

—¿Y no da usted nada para la criada?

Buscó y encontró dos sueldos, que le puso en la mano. Fué aquélla su grosería, la única venganza que su rudeza de advenedizo supo inventar. A pesar de su gran serenidad, Clorinda se ruborizó; mas, pronto recuperó su altanería de diosa. Saludó y se apartó de allí, diciendo:

—Gracias, Excelencia.

Rougón no se atrevió á ponerse en pie en seguida. Las piernas le flaqueaban, temía que se le llegaran á doblar, y él quería retirarse como había llegado, fuerte y con la faz serena. Temía, sobre todo, pasar por delante de sus protegidos, cuyos estirados cuellos, atentos oídos y asustados ojos, no habían perdido el menor incidente de la escena. Estuvo unos minutos todavía, dirigiendo acá y allá las miradas, fingiendo indiferencia. Meditaba. Un nuevo acto de su vida política había terminado. Caía minado, roído, devorado por los suyos. Sus robustos hombros crujían bajo las responsabilidades, bajo las necesidades y acciones viles que había hecho suyas, tan sólo por fanfarronería de hombre de importancia, por la necesidad de aparecer como jefe temido y generoso. Sus músculos de toro hacían su caída más resonante, y la ruina de los de su banda

más formidable aún. Las mismas condiciones del poder, la necesidad de tener á sus espaldas apetitos que satisfacer, de sostenerse merced al abuso de su crédito, habían hecho fatalmente del desquiciamiento cuestión de tiempo no más. Y entonces hacía memoria del lento trabajo de los suyos, de aquellos afilados dientes que día tras día devoraban un tanto de su fuerza. Hallábanse á su alrededor, trepaban á sus rodillas, luego al pecho, después á la garganta, hasta llegarle á estrangular; todo se lo habían arrebatado, sus pies para subir, sus manos para robar, sus mandíbulas para morder y tragar; habitaban en sus miembros, de los que obtenían alegría y salud, entregábanse á francachelas sin pensar en el siguiente día. Y ahora, habiéndole exprimido, oyendo el crujir del andamiaje, huían, semejantes á esas ratas á quienes el instinto previene el próximo derrumbamiento de las casas, cuyos cimientos han socavado. Toda la banda se ofrecía ahora brillante, floreciente. El señor Kahn acababa de vender su camino de hierro de Niort á Angers al conde de Marsy. El digno coronel debía de conseguir la semana próxima un empleo en los palacios imperiales. El señor Bouchard tenía la promesa formal de que su protegido, el interesante Jorge Duchesne, sería nombrado subjefe de oficina en cuanto entrase Delestang en el ministerio del Interior. Madama Correur se regocijaba por una seria enfermedad de la señora de Martineau, creyendo ya estar habitando su casa de Coulonges, comiéndose sus rentas cual buena burguesa y haciendo bien en toda la comarca. El señor Béjuin estaba seguro de recibir la visita del emperador á su cristalería, allá al otoño. El señor d'Escorailles, en fin, seriamente sermoneado por el marqués y la

marquesa, echábase á los pies de Clorinda y obtenía una plaza de subprefecto, tan sólo por sentirse maravillado al verla servir copitas de licor. Y Rougón en frente de la banda saciada y repleta veíase más empequeñecido que en otro tiempo, teníales á ellos por agigantados, aplastado él bajo sus plantas, sin atreverse todavía á dejar su asiento, por temor de verles sonreír si tropezaba.

Sin embargo, con la cabeza ya más despejada, y poco á poco fortalecido, se levantó. Empujaba la mesita de zinc para poder pasar, cuando Delestang entró cogido del brazo del conde de Marsy. Acerca de éste cundía una historia en extremo curiosa. A dar crédito á ciertos murmullos, habíase tropezado con Clorinda en el castillo de Fontainebleau, la semana precedente, tan sólo con el edificante objeto de facilitar las citas de la joven y de Su Majestad. Su misión se reducía á entretener á la emperatriz. Por otra parte, la cosa parecía chistosa, y nada más; sabido es que estos favores se prestan á la continua entre hombres. Pero Rougón olfateaba en esto un desquite del conde, quien se ocupaba en hacerle caer, de complicidad con Clorinda, volviendo contra su sucesor en el ministerio las armas empleadas para derrocarlo á él, unos meses atrás, en Compiègne; todo ello á la alta escuela, aguzado con un poquitín de suciedad elegante. Desde su vuelta de Fontainebleau, el señor de Marsy no dejaba á sol ni á sombra á Delestang.

El señor Kahn, el señor Béjuin, el coronel, toda la partida se arrojó en los brazos del nuevo ministro. El nombramiento no debía aparecer en el *Monitor* sino hasta el día siguiente, á seguida de la dimisión de Rougón; pero, estando firmado el de-

creto, el triunfo era incontestable. Diéronle fuertes apretones de manos, acompañados de alegres risas y de palabras susurradas al oído, todo un arranque de entusiasmo, á duras penas contenido por las miradas de toda la sala. Era aquélla la futura toma de posesión de sus paniaguados, que besaban los pies, que besaban las manos, antes de apoderarse de los cuatro miembros. Y ya les pertenecía; el uno le cogía por el brazo derecho, el otro por el izquierdo; un tercero le había hecho presa de un botón de la levita, mientras que el cuarto, á su espalda, se empinaba y le soltaba palabras en el cogote. Delestang, irguiendo su hermosa cabeza, ofrecía una seductora dignidad, uno de esos imponentes rostros, tan correctos como estúpidos, de soberano en viaje, á los que las damas de las subprefecturas ofrecen ramilletes de flores, como se ve en los retratos oficiales. En frente del grupo, Rougón, muy pálido, manaba sangre del corazón en presencia de aquella apoteosis de la medianía, sin ser parte, no obstante, á contener una sonrisa. Hacía memoria...

—Predije siempre que Delestang iría lejos—dijo con sutileza al conde de Marsy, quien se había adelantado hacia él, tendiéndole la mano.

El conde contestó con una ligera mueca de encantadora ironía. Desde que había trabado amistad con Delestang, después de haber prestado ciertos servicios á su cónyuge, debía de divertirse extraordinariamente. Retuvo á su lado unos instantes á Rougón, mostrándole exquisita urbanidad. Siempre en lucha, de temperamentos opuestos, aquellos dos hombres de valer, saludábanse mutuamente al terminar cada uno de sus duelos, como adversarios de igual talento y saber, prometiéndose eternos des-

quites. Rougón había herido á Marsy, Marsy acababa de herir á Rougón, y esto continuaría hasta que uno de ellos quedase en la estacada. Tal vez, en el fondo, no deseaban su desaparición completa, pues aquella rivalidad, aquel combatir constante les regocijaba; por otra parte, sentíanse, aunque por modo vago, como los dos contrapesos necesarios para el equilibrio del imperio, el velludo puño que aplasta, la delicada mano enguantada que estrangula.

Entre tanto Delestang se sentía pasto de molesta turbación. Había distinguido á Rougón, y no sabía si debía acercarse y tenderle la mano. Lanzó una mirada de perplejidad á Clorinda, cuyo servicio parecía absorberla, indiferente, llevando á los cuatro ángulos del aparador, *sandwiches, croissants, brioches*. A una mirada que le dirigió la joven, creyó comprender, y se acercó por último á Rougón, un tanto cortado, excusándose.

—Amigo mío, creo que no me guardará usted rencor... Yo me negaba y se me ha obligado... ¿No es eso? hay exigencias...

Rougón le cortó la palabra; el emperador, en su alta sabiduría, había obrado como había tenido por conveniente; el país iba á encontrarse en excelentes manos. Entonces Delestang cobró alas.

—¡Oh! yo le he defendido á usted, todos le hemos defendido. Pero, aquí, entre nosotros, había usted ido tal vez demasiado lejos... Ha llegado, sobre todo, muy al alma el último asunto de usted, el referente á los Charbonnel, concerniente á aquellas pobres religiosas...

El señor de Marsy reprimió una sonrisa. Rougón contestó con el candor de sus días felices:

—Sí, sí, la visita á las religiosas... ¡Voto va!...

Pues mire usted, entre todas las necesidades que mis amigos me han hecho cometer, casi, y hasta sin casi, esa es la única cosa puesta en razón y justa de mis cinco meses de poder.

Y ya se iba, cuando vió llegar á Du Poizat y apoderarse de Delestang. El prefecto hizo como que no le había visto. Hacía tres días que, oculto en París, se hallaba en espera. Debía de haber obtenido su cambio de prefectura, por cuanto se deshacía al dar las gracias, con su sonrisa de lobo de dientes blancos y mal avenidos. Después, como el nuevo ministro se volviese, recibió casi en los brazos al ujier Merle, impelido por madama Correure; el ujier bajaba los ojos, semejante á una gran moza tímida, mientras que madama Correure le recomendaba calurosamente.

—No se le quiere en el ministerio—dijo por lo bajo,—porque con su silencio protestaba contra los abusos.

—¡Oh! sí, y de los más chistosos—dijo Merle.—Sería cuento de nunca acabar... Al señor Rougón no se le echará mucho de menos. Empecemos porque á mí no se me ha pagado para que le quiera. Por poco me planta en la calle.

En la gran sala, que Rougón atravesaba á paso lento, los mostradores se hallaban vacíos. Los visitantes, por hacerse agradables á los ojos de la emperatriz, que patrocinaba la fiesta, habían puesto las mercaderías al saqueo. Las vendedoras, entusiasmadas, hablaban de volver á abrir á la noche, con nuevo repuesto de baratijas. Y contaban el dinero obtenido, sobre las mesas, en medio de victoriosas risas: una había sacado tres mil francos, otra cuatro mil quinientos, ésta siete mil, aquella otra

diez mil. Esta no cabía en sí de satisfacción: era mujer de diez mil francos.

Sin embargo, la señora de Combelot se desesperaba. Acababa de colocar su última rosa, y los clientes no cesaban de asediar su quiosco. Se bajó para preguntar á la señora de Bouchard si no tenía nada que vender, fuere lo que fuere. Pero el torniquete también se hallaba vacío; una dama se llevaba el último lote, consistente en una palanganita de muñeca. Buscaron, con todo y eso, se obstinaron y acabaron por encontrar un paquete de mondadientes, que había caído al suelo. La señora de Combelot se lo llevó gritando victoriosa; la de Bouchard se fué en pos de ella y ambas subieron al quiosco.

—¡Señores, señores!—llamó aquélla con toda osadía, en pie, y reuniendo á los hombres debajo de ella, con seductor ademán de sus desnudos brazos.—Miren ustedes todo lo que nos queda, un atadito de mondadientes... Contiene veinticinco mondadientes... Los pongo en pública subasta...

Los hombres se empujaban, se reían y alzaban al aire sus enguantadas manos. La idea de la señora de Combelot obtuvo un éxito loco.

—Un mondadientes—gritó.—Hay quien da cinco francos... ¡Vamos, señores, cinco francos!

—¡Diez francos!—dijo una voz.

—¡Doce francos!

—¡Quince francos!

Mas como el señor d'Escorailles hubiese saltado de repente á veinticinco francos, la señora de Bouchard se apresuró y dijo con su voz melodiosa:

—¡Adjudicado por veinticinco francos!

Los demás mondadientes alcanzaron precios mucho mayores. El señor La Rouquette pagó por el

suyo cuarenta y tres francos; el caballero Rusconi, que acababa de llegar, elevó su puesta hasta setenta y dos francos; en fin, el último, un mondadientes muy delgado, que la señora de Combelot anunció como hendido, porque no quería engañar á su parroquia—según decía—fué adjudicado por la cantidad de ciento diez y siete francos á un anciano caballero, muy enardecido por el arranque de la joven, cuyo corpiño se entreabría á cada uno de sus desahorados movimientos de subastadora.

—Está un poquitín tarado, mas, con un poco de buena voluntad, puede servir aún... Decimos ciento ocho... ciento diez, ¡eh, allá abajo! ¡ciento once! ¡ciento doce! ¡ciento trece! ¡ciento catorce! Vamos, ¡ciento catorce! Vale mucho más, muchísimo más que todo eso... ¡ciento diez y siete! ¡ciento diez y siete! ¡nadie quiere dar más?... ¡Adjudicado por ciento diez y siete!

Y, perseguido por aquellas cifras, fué cuando Rougón abandonó el local. En la terraza de la orilla del agua moderó el paso. Una tempestad amenazaba en el horizonte. Allá en lo hondo, el Sena, aceitoso, verde, sucio, se deslizaba mansamente, entre los descoloridos malecones, en donde enormes polveredas se levantaban. En el jardín, ardorosas bocanadas de viento sacudían los árboles, cuyas ramas volvían á caer, lánguidas, muertas, sin un solo estremecimiento de las hojas. Rougón descendía bajo los grandes castaños; la noche casi se había echado del todo encima; una cálida humedad rezumaba como bóveda de cueva. Desembocaba en la grande avenida, cuando encontró, plantados en medio de un banco, á los Charbonnel, magníficos, transformados, el marido con pantalón claro y levita ceñida, y la

mujer con un sombrero de flores coloradas y con una ligera manteleta sobre un vestido de seda color de lila. Al lado de ellos, á horcajadas, en un extremo del banco, un individuo andrajoso, sin camisa, gesticulaba y se iba acercando. Era Gilquin, quien daba golpecitos á su gorrilla de lienzo, que se le caía de la cabeza.

—¡Un batajo de miserables!—exclamaba.—¿Por ventura Teodoro ha querido perjudicar nunca á nadie, ni por el valor de un sueldo? Han inventado un cuento de reemplazo militar para comprometerme. Entonces les dejé allí plantados, como ustedes comprenden. Que se vayan al mismísimo infierno, ¿no les parece á ustedes?... Me tienen miedo ¡voto á sanes! De sobra les son sabidas mis opiniones políticas. Nunca pertenecí á la tunería de «Badinguet».

E inclinándose, agregó más bajito y con la mirada tierna:

—Entre toda aquella gentuza, tan sólo una persona me llega al alma... ¡Oh! una mujer adorable, de la más distinguida sociedad. Sí, sí, una amistad que no tenía precio... Era rubia y me había dado un mechoncito de sus lindos cabellos.

Y á seguida repuso con voz de trueno, muy cerca de la señora de Charbonnel y dándole golpecitos en el abdomen:

—Y bien, señora, ¿cuándo me lleva usted á Plasans, ya se acordará usted, para comernos las conservas, las manzanas, las cerezas, los dulces?... ¿Qué mejor ocasión, ahora que tan bien nos luce el pelo?...

Pero los Charbonnel parecían muy contrariados con la familiaridad del señor Gilquin. La dama contestó de dientes afuera, apartando su falda de seda color de lila.

—No nos iremos tan pronto de París... Con seguridad pasaremos aquí seis meses cada año.

—¡Oh, París!—dijo el marido poseído de profunda admiración;—nada como París.

Mas, como las ráfagas de viento arreciaban de lo lindo, y que una caterva de niñas y de muchachos correteasen por el jardín, repuso, volviendo el rostro á su mujer:

—Hija mía, me parece que haríamos bien en volver á casita, si no queremos mojarnos. Afortunadamente vivimos á dos pasos de aquí.

Habían parado en el hotel del Palais-Royal, calle de Rivoli. Gilquin les miró alejarse encogiéndose de hombros con el mayor desdén.

—¡Ingratos!—murmuró,—¡no hay más que ingratos!

De repente distinguió á Rougón. Esperóle al paso, contoneándose y llevándose la mano á la gorra.

—No he ido á verte—le dijo.—Supongo que no habrás tomado á pechoz aquel asuntillo de marras, ¿verdad que no?... Aquel petardista de Du Poizat, ¿quién sabe lo que te habrá contado de mi individuo? Patrañas, mi buen amigo, patrañas; y te lo probaré cuando te dé la gana. En fin, no te guardo ningún rencor, y, ¡mira! en prueba de ello, voy á darte mi dirección: calle del Bon-Puits, 25, en la Chapelle, á cinco minutos de la barrera. Si todavía llegas á necesitarme, ordena y manda; con una mera señal...

Y se largó, arrastrando los pies. Por un instante pareció que se orientaba; después, amenazando con el puño al castillo de las Tullerías, que se divisaba en el fondo de la avenida, con su color gris de plomo, destacándose en el obscuro cielo, gritó:

—¡Viva la república!

Rougón se alejó del jardín y se dirigió á los Campos Elíseos. Háblale asaltado un deseo, el de volver á ver en seguida su hotelito de la calle de Marbeuf. Proponíase al día siguiente mudarse del ministerio, é ir nuevamente á vivir allí. Sentía como pesadez de cabeza al propio tiempo que una gran tranquilidad y también sordo malestar interior. Pensaba en cosas incoherentes, en grandes cosas que realizaría andando el tiempo, para probar su fuerza. De vez en cuando levantaba la cabeza y miraba al cielo. La tempestad no se decidía á estallar. Rojas nubes cerraban el horizonte. En la avenida de los Campos Elíseos, desierta á la sazón, oíanse fragorosos truenos, con estruendo de artillería lanzada al galope, cuyo estremecimiento percibíase en las copas de los árboles. Caían las primeras gotas de lluvia, cuando Rougón volvía la esquina de la calle de Marbeuf.

Vefáse un cupé parado á la puerta del hotel. Rougón encontró allí á su esposa que pasaba revista á las habitaciones, tomaba medida de las ventanas y daba órdenes á un tapicero. Quedóse muy sorprendido, pero ella le dijo que acababa de ver á su hermano, el señor Béulin-d'Orchère; el magistrado, enterado ya de la caída de Rougón, había querido anonadar á su hermana, anunciarle su próxima entrada en el ministerio de Justicia y tratar en fin de lanzar la tea de la discordia en el matrimonio. La señora de Rougón se contentó con mandar enganchar el coche, para ir á disponer, sin perder momento, lo necesario para su próxima instalación. No había sufrido alteración alguna su rostro gris y reposado de devota, su quietud inalterable de excelente ama de casa; con su andar silencioso, atra-

vesaba las habitaciones y tomaba posesión de aquella casa que ella había convertido en dulce y muda como un claustro. Su única preocupación se cifraba en manejar, como administradora fiel, la fortuna de que se encontraba encargada. Rougón se sintió enternecido ante aquella figura de mujer alta y delgada, sin más preocupación que la del orden más meticuloso.

En esto la tempestad estallaba con inaudita violencia. Oíase el fragor del trueno y el agua caía á torrentes. Rougón tuvo que esperar cerca de tres cuartos de hora. Quería volverse á pie. Los Campos Elíseos estaban convertidos en un lago de lodo, un lodo amarillo, fluido, que, desde el Arco de Triunfo á la plaza de la Concordia, parecía como el lecho de un río vaciado de golpe. La avenida quedaba desierta, con escasos transeuntes que se arriesgaban, buscando las pasaderas empedradas; y los árboles, chorreando agua, destilaban las gotas en la quietud y frescura de la atmósfera. En el cielo, la tempestad parecía haber dejado un reguero de cobrizos harapos, todo un nublado sucio, bajo, atravesado por alguno que otro girón de claridad melancólica.

Rougón volvía á su vago ensueño de porvenir. Recias gotas de lluvia, que caían aquí y allá, le mojabán las manos. Sentía más y más aquel enervamiento de todo su ser, como si hubiese tropezado con algún obstáculo que le interrumpiese el camino. Y de súbito, detrás de él, oyó un grande y cadencioso galopar de caballos, que hacían retemblar el pavimento. Volvió la cabeza.

Era una comitiva que se acercaba, en el barrizal del arrecife, á la melancólica claridad de un cielo cobrizo, un regreso del Bosque, animando con el

esplendor de los uniformes las oscuras profundidades de los Campos Elíseos. A la cabeza y á la cola, galopaban piquetes de dragones. En el centro rodaba un landó cerrado, tirado por cuatro caballos; mientras que, á cada uno de los lados de las portezuelas, marchaban dos caballerizos en gran uniforme bordado de oro, recibiendo, impasibles, las incesantes salpicaduras de las ruedas y cubiertos de una capa de lodo líquido, desde las botas de campana hasta el sombrero de clac. Y, destacándose de la obscuridad del landó cerrado, tan sólo un niño aparecía, el príncipe imperial, mirando á la gente, con los dedos separados y con su naricita aplastada contra el cristal.

—¡Mira qué escuerzo!—dijo sonriendo un peón caminero que empujaba un carretón.

Rougón se había parado, pensativo, siguiendo con la vista el cortejo, que se deslizaba por entre los baches, salpicando hasta las hojas bajas de los árboles.

XV

Tres años después, en un día de marzo, tenía lugar una borrascosísima sesión en el Cuerpo legislativo. Discutíase el mensaje por la primera vez.

En el bufet de la Cámara, el señor La Rouquette y un viejo diputado, el señor Lamberthon, esposo de una hermosísima mujer, bebían sendos *grog*s, en frente el uno del otro, con toda tranquilidad.

—¿Qué le parece á usted? Si volviésemos al salón...—decía el señor de Lamberthon, que prestaba oído atento.—Estoy en que la cosa se caldea.

De vez en cuando oíase un lejano clamoreo, una tempestad de voces, brusca como un vendaval; después todo volvía al gran silencio. Pero el señor La Rouquette continuaba fumando, como si todo le importase un comino, y contestó:

—No, dejémoslo por ahora, deseo acabar de fumar el cigarro... Ya vendrán á avisarnos en caso de que se nos necesite. Ya he encargado que se nos avise.

esplendor de los uniformes las oscuras profundidades de los Campos Elíseos. A la cabeza y á la cola, galopaban piquetes de dragones. En el centro rodaba un landó cerrado, tirado por cuatro caballos; mientras que, á cada uno de los lados de las portezuelas, marchaban dos caballerizos en gran uniforme bordado de oro, recibiendo, impasibles, las incesantes salpicaduras de las ruedas y cubiertos de una capa de lodo líquido, desde las botas de campana hasta el sombrero de clac. Y, destacándose de la obscuridad del landó cerrado, tan sólo un niño aparecía, el príncipe imperial, mirando á la gente, con los dedos separados y con su naricita aplastada contra el cristal.

—¡Mira qué escuerzo!—dijo sonriendo un peón caminero que empujaba un carretón.

Rougón se había parado, pensativo, siguiendo con la vista el cortejo, que se deslizaba por entre los baches, salpicando hasta las hojas bajas de los árboles.

XV

Tres años después, en un día de marzo, tenía lugar una borrascosísima sesión en el Cuerpo legislativo. Discutíase el mensaje por la primera vez.

En el bufet de la Cámara, el señor La Rouquette y un viejo diputado, el señor Lamberthon, esposo de una hermosísima mujer, bebían sendos *grog*s, en frente el uno del otro, con toda tranquilidad.

—¿Qué le parece á usted? Si volviésemos al salón...—decía el señor de Lamberthon, que prestaba oído atento.—Estoy en que la cosa se caldea.

De vez en cuando oíase un lejano clamoreo, una tempestad de voces, brusca como un vendaval; después todo volvía al gran silencio. Pero el señor La Rouquette continuaba fumando, como si todo le importase un comino, y contestó:

—No, dejémoslo por ahora, deseo acabar de fumar el cigarro... Ya vendrán á avisarnos en caso de que se nos necesite. Ya he encargado que se nos avise.

Hallábanse solos en la cantina, reducida sala de café, muy bonita, situada en el fondo del estrecho jardín que forma esquina entre el malecón y la calle de Borgoña. Pintada de verde claro, cubierta con un enrejado de bambúes, y dando con sus anchos ventanales acristalados á los macizos del jardín, parecíase á una estufa convertida en bufete de lujo, con sus testers de espejos, sus mesas, su mostrador de marmol rojo y sus asientos de reps verde apuntado. Uno de los ventanales abiertos dejaba penetrar la claridad de la hermosa tarde, tibieza primaveral que refrescaba los calurosos efluvios del Sena.

—La guerra de Italia ha venido á colmar su gloria—repuso el señor La Rouquette, continuando una conversación interrumpida.—Hoy, al devolver al país su libertad, demuestra toda la fuerza de su genio...

Hablaba del emperador. Durante unos instantes, estuvo poniendo en las nubes el alcance de los decretos de noviembre, la participación más directa de los grandes Cuerpos del Estado en la política del soberano, la creación de ministros sin cartera, encargados de representar al gobierno ante las Cámaras. Era aquéllo la vuelta del régimen constitucional, en lo que tenía de sano y razonable. Abríase una nueva era, el imperio liberal. Y el señor La Rouquette sacudía la ceniza del cigarro, transportado de admiración.

El señor de Lamberthon movía á un lado y á otro la cabeza.

—Ha ido demasiado de prisa—decía por lo bajo.

—Podíase haber esperado todavía. No corría ninguna prisa.

—¡Bueno, bueno, yo se lo aseguro á usted, había que hacer algo—dijo con viveza el joven diputado.—Ahí precisamente es en donde se ve el genio...

Bajó la voz y explicó la situación política con profundos golpes de vista. Las pastorales de los obispos, referentes al poder temporal, amenazado por el gobierno de Turín, inquietaban en grado sumo al emperador. Por otra parte, la oposición se despertaba, el país atravesaba momentos de malestar. Había llegado el momento de intentar la reconciliación de los partidos, atraerse á los hombres políticos, siempre de punta, haciéndoles prudentes concesiones. En estos momentos, tenía al imperio autoritario por muy defectuoso, y transformaba el imperio liberal en una apoteosis, con el cual Europa entera iba á verse ilustrada.

—No importa, ha obrado demasiado precipitadamente—insistía el señor de Lamberthon, que continuaba meneando la cabeza.—Entiendo muy bien lo que es el imperio liberal; pero es lo desconocido, querido señor, lo desconocido, lo desconocido...

Y pronunció esta palabra en tres tonos diferentes, y pasando la mano á uno y otro lado, en el vacío. El señor La Rouquette no dijo una palabra más; estaba concluyendo su grog. Ambos diputados permanecieron allí, perdida la vista en el espacio, mirando al cielo por el vano de la ventana abierta, como si buscasen lo desconocido más allá del male-

cón, del lado de las Tullerías, en donde flotaban inmensos vapores grises. Detrás de ellos, en el fondo de los corredores, el huracán de voces rugía otra vez, con el ronco estruendo de la tempestad que se avecina.

El señor de Lamberthon volvía la cabeza, pasto de viva inquietud. Al cabo de un instante de silencio, preguntó:

—Es Rougón quien debe de contestar, ¿no?

—Así lo creo—respondió el señor La Rouquette, frunciendo el labio y en tono de discreción.

—Bien comprometido se hallaba—masculló de nuevo el antiguo diputado.—El emperador ha hecho una peregrina elección, al nombrarle ministro sin cartera y al encargarle la defensa de su nueva política.

El señor La Rouquette no se apresuró á dar su parecer. Acariciábase su rubio bigote con despa-ciosa mano. Por fin dijo:

—El emperador conoce á Rougón.

Después exclamó con distinto acento:

—Diga usted, estos grogs no son cosa del otro jueves... Tengo una sed rabiosa. Deseo tomar un vaso de agua con jarabe.

Y pidió un vaso de agua con jarabe. El señor de Lamberthon titubeó, y se decidió por último, por un madero. Y pusieronse á hablar de la señora de Lamberthon; el marido reñía á su joven colega por la escasez de sus visitas. Habíase éste recostado en el asiento embutido, y se miraba oblicuamente en los

espejos, gozando con la vista del suave verde de las paredes de aquel fresco pabellón, que tenía semejanza con un bosquecillo á lo Pompadour, instalado en alguna encrucijada de bosque de príncipes, dedicado á citas de amor.

Llegó un ujier casi sin aliento.

—Señor La Rouquette, se le llama á usted en seguida, sin perder un instante.

Y como el joven diputado hiciese una mueca de contrariedad, el ujier se inclinó á su oído y le dijo á media voz que era enviado por el mismo señor de Marsy, el presidente de la Cámara. Y agregó en voz más alta:

—En fin, que se necesita á todo el mundo; vengan ustedes en seguida.

El señor de Lamberthon se había precipitado al salón de sesiones. El señor La Rouquette le siguió cuando pareció venir á mejor consejo. Era su idea la de reclutar á todos los diputados que andaban papando moscas, para enviarlos á sus bancos. Empezó por lanzarse al salón de conferencias, hermosa pieza que recibía la luz por un techo acristalado; tenía una gigantesca chimenea de marmol verde, adornada con dos mujeres de marmol blanco, desnudas y acostadas. No obstante la templada temperatura de la tarde, ardían en ella verdaderos troncos de árboles. Alrededor de la enorme mesa, tres diputados dormitaban, con los ojos abiertos, mirando los cuadros de las paredes y el famoso reloj al que se daba cuerda tan sólo una vez al año; el cuarto

de ellos, ocupado en calentarse los riñones, en pie, delante de la chimenea, parecía examinar con semblante de ternura, al lado opuesto de la estancia, una estatuita de Enrique IV, de yeso, que se destacaba sobre un trofeo de banderas ganadas en Marengo, en Austerlitz y en Jena.

Al ser llamados por su colega, que iba de uno á otro gritando: ¡Pronto, pronto, á la sesión! aquellos señores, despertando sobresaltados, desaparecieron más que de prisa.

Después, llevado por su impetuosidad, el señor La Rouquette corría á la Biblioteca, mas tuvo la precaución de volver atrás, para registrar con solo un golpe de vista el pasillo de los lavabos. El señor de Combelot, con las manos metidas en una gran jofaina, se las restregaba con toda suavidad, sonriendo de satisfacción al contemplar su blancura. No se alteró gran cosa, pero dijo que volando iría á ocupar su puesto en el salón. Tomóse, no obstante, el tiempo necesario para enjugarse bien las manos, con una toalla calentita, que colocó después en la estufa con portezuelas de cobre. Y hasta se acercó á un alto espejo, que había al otro extremo del corredor, para peinarse su hermosa barba negra, con un peinecito de bolsillo.

En la Biblioteca no había un alma. Los libros dormían el sueño de los justos en sus estantes de roble; sin nada encima, las dos grandes mesas ostentaban la severidad de sus tapetes verdes; en los brazos de los sillones, colocados en el mejor orden,

los pupitres mecánicos se doblaban, grises por ligera capa de polvo. Y, en medio de aquel recogimiento, en el abandono de aquella galería en que se percibía olor de papeles, el señor La Rouquette dijo en alta voz al cerrar la puerta con estrépito:

—¡Nunca hay nadie aquí dentro!

Entonces, se lanzó á la hilera de corredores y de salas, atravesó la de distribución, pavimentada con marmol de los Pirineos, en donde resonaban sus pasos como bajo la bóveda de una iglesia. Como un ujier le dijese que un diputado amigo suyo, el señor de la Villardière, acompañaba á visitar el palacio á un caballero y á una señora, se empeñó en irles á ver. Corrió á la sala del general Foy, aquel severo vestíbulo, en donde las estatuas de Mirabeau, del general Foy, Bailly y Casimiro Périer, constituyen la admiración de los burgueses de provincias. Pero allí al lado, en la sala del trono, fué en donde se encontró por último con el señor de la Villardière, defendidos ambos sus lados por una muy gruesa señora y un no menos grueso caballero, gente de Dijon, en donde su amigo y él eran notarios y electores influyentes.

—Se le llama á usted—dijo el señor La Rouquette. Pronto, á ocupar su sitio, ¿no es eso?

—Sí, en seguida—contestó el diputado.

Mas no pudo desprenderse así como así. El gordo caballero, impresionado por el lujo de la sala, por el resplandor de los dorados y de los espejos que cubrían las paredes, habíase quitado humildemente el sombrero; y no soltaba á su «querido diputado»,

pedíale explicaciones de los cuadros de Delacroix, de los Mares y de los Ríos de Francia, de las altas figuras decorativas, *Mediterraneum Mare, Oceanus, Ligeris, Rhenus, Sequana, Rodanus, Garumna, Aravis*. Aquellas palabras latinas le ponían en pretina.

—*Ligeris*, el Loira—dijo el señor de la Villardière.

El notario de Dijon movió vivamente la cabeza; había comprendido. Entretanto su señora no quitaba los ojos del trono, un sillón algo más alto que los demás, provisto de su funda y colocado sobre amplia plataforma. Habíase situado á alguna distancia, respetuosamente y muy conmovida. Concluyó por acercarse, por atreverse; y con mano furtiva levantó la funda, tocó la madera dorada y palpó el terciopelo rojo.

Ahora el señor La Rouquette recorría el ala derecha del palacio, los interminables corredores, las habitaciones reservadas á las oficinas y á las comisiones. Volvió por la sala de las cuatro columnas, en donde los jóvenes diputados sueñan en frente de las estatuas de Bruto, de Solón y de Licurgo; cortó oblicuamente la sala de los Pasos perdidos, costeó rápidamente el circuito del edificio, una especie de cripta aplastada, con descolorida desnudez de iglesia, iluminada con gas noche y día; y, falto ya de aliento, llevando en pos de sí el corto número de diputados que había podido reunir en su batida general, abrió de par en par la ancha puerta de caoba, con estrellas doradas. El señor de Combélot,

con sus manos blancas y su correcta barba, iba detrás de él. El señor de la Villardière, que se había desembarazado de sus dos electores, seguía también á sus alcances. Todos subieron de un solo arranque y se lanzaron al salón de sesiones, en donde los diputados, en pie sobre sus bancos, furibundos, con los brazos extendidos, amenazaban á un orador impertérrito en la tribuna, y gritaban:

—¡Al orden, al orden, al orden!

—¡Al orden! ¡al orden!—gritaban aún en voz más alta al señor La Rouquette y sus amigos, á pesar de que no sabían de qué se trataba.

La batahola era espantosa. Oíase un furioso pataleo, un rugido de tempestad producido por las tablillas de los pupitres agitadas violentamente. Algunas voces chillonas, agudísimas, lanzaban notas de pífano, en medio de otras voces retumbantes, prolongadas como acompañamiento de órgano. A veces los ruidos parecían ahogarse é interrumpirse el tumulto; y entonces, en medio del clamoreo moribundo, la rechifla se elevaba y se oía gritar:

—¡Eso es odioso, intolerable!

—¡Que retire esas palabras!

—¡Sí, sí, retírelas!

Pero el obstinado grito, aquél que aparecía sin interrupción, como acompañado por el golpear de los talones, era el de: «¡Al orden, al orden, al orden!» que se gritaba, se estrangulaba más y más en los secos gaznates.

En la tribuna el orador se había cruzado de brazos.

Miraba cara á cara á la furiosa Cámara, á aquellos rostros que parecían ladrar, á aquellos puños amenazadores. Por dos veces, creyendo que el silencio se restablecía, abrió la boca; lo que produjo un aumento de tempestad, una crisis de loco frenesí. La sala parecía estallar.

El señor de Marsy, en pie ante su sillón de presidente, con la mano en el registro del timbre, tocaba por modo continuo, un repiqueteo de alarma en medio de un huracán. Su pálido rostro mantenía una sangre fría inalterable. Dejó por un instante de tocar, tiró de los puños de su camisa tranquilamente, y después volvió al repiqueteo. Su delicada y escéptica sonrisa, una especie de contracción que le era habitual, movía las comisuras de sus finos labios. Cuando las voces se cansaban, contentábase con decir:

—Señores, permitan ustedes, permitan ustedes... Por último, obtuvo un relativo silencio.

—Invito al orador—dijo,—á que explique las palabras que acaba de pronunciar.

El orador, inclinándose y apoyándose en la baranda de la tribuna, repitió su frase con testaruda afirmación.

—He dicho que lo acontecido el 2 de diciembre fué un crimen...

Y no pudo proseguir. La tormenta volvía á empezar. Un diputado, más colorado que unas brasas, le trató de asesino; otro le soltó una indecencia tan de á folio, que los taquígrafos se echaron á reir,

guardándose bien de escribirla. Las exclamaciones se cruzaban y se sofocaban á un tiempo. Oíase, no obstante, la atiplada voz de La Rouquette, que repetía:

—¡Insulta al emperador, insulta á la patria!

El señor de Marsy, con ademán digno, volvió á sentarse, diciendo:

—Llamo al orador al orden.

Siguió á esto una prolongada agitación. No era ya aquél el Cuerpo legislativo adormilado que había votado cinco años antes un crédito de cuatrocientos mil francos para el bautizo del príncipe imperial. A la izquierda, sobre un banco, cuatro diputados aplaudían la frase lanzada á la tribuna por su colega. Cinco eran ahora los diputados que atacaban al imperio. Le conmovían con sacudida incesante, le negaban, le rehusaban su voto, con obstinación de protesta, cuyo efecto debía, poco á poco, de levantar al país entero. Aquellos diputados se mantenían en pie, y constituían un grupo ínfimo, perdido en medio de una mayoría aplastante; y contestaban á las amenazas, á los cerrados puños, á la tumultuosa presión de la Cámara, sin desconcertarse un solo punto, inmóviles y acérrimos en su desquite.

Hasta el mismo salón parecía cambiado, apareciendo sonoro, estremecido de fiebre. Habíase restablecido la tribuna, al pie de la mesa presidencial. La frialdad de los mármoles, el imponente desarrollo de las columnas del hemiciclo, se caldeaban con la ardiente palabra de los oradores. Sobre las gradas, á lo largo de los bancos de terciopelo rojo, la luz

del acristalado vano que caía á plomo, parecía fulgor de incendio en las fragorosas tormentas de las grandes sesiones. La monumental mesa presidencial, con sus severos tableros de caoba, se animaba con las ironías y las insolencias del señor de Marsy, cuya correcta levita, ceñida á su delgado talle de vividor exhausto, cortaban con pobre línea las antiguas desnudeces del bajo relieve que se veía á su espalda. Y tan solo en sus hornacinas, entre sus apareadas columnas, las alegóricas estatuas del Orden público y de la Libertad conservaban sus muertos rostros y sus ojos vacíos de divinidades de piedra. Mas lo que sobre todo respiraba allí vida, era el público, mucho más numeroso, inclinado ansiosamente sobre su antepecho, atento á los debates, llevando allí sus pasiones. La segunda fila de las tribunas había vuelto á ser habilitada. Los periodistas contaban con su tribuna particular. En la parte más alta, al borde de la cornisa sobrecargada de dorados, veíanse cabezas que se tendían, una invasión tal de multitud, que á veces hacía levantar los inquietos ojos de los diputados, como si bruscamente hubiesen creído oír el pisotear del populacho un día de sedición popular.

Entre tanto, el orador, en la tribuna, seguía esperando poder continuar. Y dijo con la voz apagada por el murmullo que reinaba todavía.

—Señores, resumiendo...

Pero se detuvo para poder hablar en voz más alta, dominando el rumor:

—Si la Cámara se niega á escucharme, protesto y bajo de la tribuna.

—¡Hable usted! ¡hable usted!—se gritó desde muchos bancos.

Y una voz gruesa, como enronquecida, resonó:

—Hable usted; se le sabrá contestar.

El silencio reinó de repente. En las gradas, en las tribunas, todo el mundo extendía el cuello para ver á Rougón, que acababa de lanzar aquella frase. Hallábase sentado en el primer banco, con los codos apoyados en la tablilla de marmol. Sus anchas espaldas mantenían una inmovilidad, apenas alterada de tarde en tarde por ligero balanceo de los hombros. No se le distinguía el rostro, oculto entre sus anchas manos. Hallábase escuchando. Su primer discurso era esperado con viva curiosidad, ya que desde su nombramiento de ministro sin cartera, no se había presentado aún ocasión para que tomara la palabra. A no dudarlo, tenía conciencia de todas aquellas miradas que se fijaban sobre él. Levantó la cabeza y miró á su alrededor. En frente, en la tribuna de los ministros, Clorinda, en traje color de violeta, apoyada en la baranda de terciopelo rojo, mirábale con intensidad, con su audacia tranquila. Por unos segundos permanecieron con los ojos fijos en los ojos, sin sonreirse, como si no se conocieran. Rougón después volvió á su posición y escuchó de nuevo, con el rostro oculto entre sus abiertas manos.

—Resumiendo, señores—dijo el orador.—El decreto de 24 de noviembre otorga libertades pura-

mente ilusorias. Nos hallamos todavía muy lejos de los principios del 89, inscritos con tanto énfasis al frente de la constitución imperial. Si el gobierno queda armado con leyes excepcionales, si continúa imponiendo sus candidatos al país, si no libera á la prensa del régimen de la arbitrariedad, si, en fin, tiene siempre á Francia á merced suya, todas las aparentes concesiones que pueda hacer son ilusorias, falaces...

El presidente le interrumpió:

—No puedo permitir que el orador emplee palabras semejantes.

—¡Muy bien, muy bien!—se susurró á la derecha.

El orador repitió la frase, dulcificándola. Esforzándose ahora en presentarse muy moderado, redondeando su discurso con elocuentes períodos que resultaban con grave cadencia y con pureza de lenguaje perfecta. Pero el señor de Marsy se encarnizaba y discutía todas y cada una de sus expresiones. Entonces el orador se elevó á altas consideraciones, á una fraseología vaga, sobrecargada de grandes palabras, en medio de las cuales su pensamiento se ocultó tan bien, que el presidente tuvo que abandonarle. En seguida, y de repente, volvió á su punto de partida.

—Resumo, pues. Mis amigos y yo, no votaremos el primer párrafo del mensaje en contestación al discurso del trono...

—Prescindiremos de ustedes—dijo una voz.
Ruidosas carcajadas corrieron por los bancos.

—No votaremos el primer párrafo del mensaje—repitió placenteramente el orador,—si nuestra enmienda no es aceptada. No podríamos asociarnos á felicitaciones exageradas, cuando el pensamiento del jefe del Estado se nos presenta tan lleno de restricciones. La libertad es una; no puede cortársela en pedazos y distribuirla en raciones, ni más ni menos que como una limosna.

Al llegar aquí, partieron exclamaciones de todos los ámbitos de la sala.

—La libertad de ustedes no es más que licencia.

—No hable usted de limosna, ustedes mendigan una popularidad peligrosa.

—Esas son las cabezas que ustedes cortan.

—Nuestra enmienda—continuó, como si no oyese,—reclama la revocación de la ley de seguridad general, la libertad de la prensa, la sinceridad de las elecciones...

Las risas volvían á empezar. Un diputado había dicho, lo bastante alto para ser oído por sus adláteres: «¡Anda, anda, pobre hombre, no obtendrás nada de eso!» Otro soltaba frases picarescas á cada una que bajaba de la tribuna. Pero la mayor parte, para tomarlo á broma, medía los períodos dando con disimulo precipitados golpes con la plegadera sobre sus pupitres; lo que producía una especie de redoble con palillos de tambor, en medio del cual la voz del orador resultaba apagada. Este, á pesar de todo, luchó impertérrito hasta el final. Habíase erguido y

lanzaba con voz de trueno estas últimas palabras, que dominaban el tumulto:

—Sí, somos revolucionarios, si con esta palabra comprendéis á los hombres de progreso, decididos á conquistar la libertad. Negad la libertad al pueblo; llegará un día en que él la tomará.

Y bajó de la tribuna en medio de un nuevo alboroto de vociferaciones é injurias. Los diputados ya no se reían como una banda de colegiales en asueto. Habíanse levantado, vueltos hacia la derecha, lanzando otra vez el grito de: «¡Al orden, al orden!». El orador había vuelto á su banco y permanecía en pie, rodeado de sus amigos. Hubo empujones. La mayoría parecía querer arrojarse sobre aquellos cinco hombres cuyos pálidos rostros les desafiaban. Pero el señor de Marsy, incomodado, tocaba el timbre con mano temblorosa y miraba á las tribunas en donde las damas se echaban atrás, dominadas por la pavora.

—Señores—dijo de Marsy,—esto es un escándalo...

Y habiéndose restablecido el silencio, prosiguió en voz alta con su autoridad mordaz:

—No quiero hacer un llamamiento al orden por segunda vez. Diré tan solo que es en realidad escandaloso el venirse á esta tribuna con amenazas que la deshonoran.

Una triple salva de aplausos acogió aquellas palabras del presidente. Gritábase ¡bravo! Y los cuchillos de cortar papel golpeaban con firmeza, entonces con muestras de aprobación. El orador de la

izquierda quiso contestar; pero sus amigos se lo impidieron. El tumulto se fué apaciguando y se perdió en el murmullo de las conversaciones particulares.

—Tiene la palabra Su Excelencia el señor Rougón—repuso el señor de Marsy con voz sosegada.

Sintióse un estremecimiento, un suspiro de curiosidad satisfecha, que dió lugar á una atención religiosa. Rougón, con sus redondeados hombros, había subido pesadamente á la tribuna. En un principio no dirigió la vista á la sala; ponía delante de él un fajo de notas, apartaba el vaso de agua azucarada, y movía á un lado y á otro las manos como para tomar posesión del estrecho compartimiento de caoba. Por último, adosada á la mesa presidencial, levantó la cabeza. Rougón no envejecía. Su cuadrada frente, su gran nariz bien formada y sus largas mejillas sin arrugas, conservaban una rosada palidez, una fresca tez de notario de pequeña ciudad. Sólo sus cabellos que encanecían, más abundantes siempre, se aclaraban hacia las sienes, dejando al descubierto sus anchas orejas. Con los ojos medio entornados, dirigió una mirada al salón, que esperaba aún. Por un instante, pareció buscar y encontró el atento é inclinado rostro de Clorinda, y luego dió principio á su peroración, con la lengua un tanto pesada y pastosa.

—Nosotros también somos revolucionarios, si con esta palabra se comprenden los hombres de progreso,

decididos á devolver al país, una por una, todas las prudentes libertades...

—¡Muy bien! ¡muy bien!

—Y bien, señores, ¿qué gobierno en mayor grado que el imperio ha realizado jamás las reformas liberales, cuyo seductor programa acabáis de oír trazar? No combatiré el discurso del honorable preopinante. Me bastará con demostrar que el eminente genio y el gran corazón del emperador se han adelantado á las reclamaciones de los más encarnizados adversarios de su reinado. Sí, señores, por su propia voluntad, el soberano ha devuelto á la nación ese poder con que le había investido en un día de público peligro. ¡Espectáculo magnífico, tan raro en la historia! ¡Oh! comprendemos muy bien el despecho de ciertos hombres de desorden. Vense reducidos á atacar las intenciones, á discutir la cantidad de libertad restituida... Vosotros habéis comprendido el gran decreto de 24 de noviembre. Quisistéis, en el párrafo primero del mensaje, testimoniar al emperador vuestro profundo agradecimiento por su magnanimidad y por su confianza en la sabiduría y prudencia del Cuerpo legislativo. La adopción de la enmienda que os ha sido sometida, constituiría una injuria sin fundamento, y, hasta diría, una mala acción. Consultad vuestras conciencias, señores, y preguntaos si no os consideraríais libres. La libertad en el día de hoy es completa, sin cortapisas, yo os respondo de ello.

Vióse interrumpido por prolongados aplausos. Ha-

bíase acercado lentamente al borde de la tribuna. Ahora, con el cuerpo algo inclinado, con el brazo derecho extendido, alzaba la voz, que se desprendía con extraordinaria pujanza. A su espalda, el señor de Marsy, retrepado en su sillón, le escuchaba con la vaga sonrisa de un aficionado, que se maravilla ante la magistral ejecución de algún poderoso esfuerzo. En la sala, en medio de la tempestad de «bravos», algunos miembros se inclinaban y cuchicheaban, sorprendidos, mordiéndose los labios. Clorinda había dejado caer los brazos sobre el terciopelo rojo de la baranda, y su semblante aparecía serio.

Rougón continuaba:

—Hoy día, la hora que todos nosotros hemos esperado con tanta impaciencia, ha llegado por fin. No hay ya ningún peligro en hacer de una Francia próspera una Francia libre. Las pasiones anárquicas han muerto. La energía del soberano y la solemne voluntad de la nación han rechazado para siempre y reducido á la nada las abominables épocas de perversión pública. La libertad ha venido á ser posible, el día en que ha sido vencida esa facción que se obstinaba en desconocer las bases fundamentales del gobierno. Por esto es por lo que el emperador ha creído deber retirar su poderosa mano, rehusando las excesivas prerrogativas del poder como carga inútil y estimando su reinado indiscutible hasta el punto de dejarlo discutir. Y no ha retrocedido ante la idea de comprometer el porvenir; irá hasta el fin en su tarea de liberación, y devolverá las liber-

tades, una tras otra, en las épocas señaladas por su sabiduría. En lo sucesivo, este programa de progreso continuo es el que tenemos la misión de defender en esta Asamblea...

Uno de los cinco diputados de la izquierda se levantó indignado, diciendo:

—Usted ha sido ministro de la represión á todo trance.

Y otro agregó apasionadamente:

—Los pobladores de Cayena y de Lambessa no tienen derecho á hablar en nombre de la libertad.

Una explosión de murmullos se alzó en la Cámara. Muchos de los diputados no entendían, se inclinaban é interrogaban á sus vecinos. El señor de Marsy hizo como que no había entendido, y se contentó con amenazar á los interruptores con llamarlos al orden.

—Se me acaba de reprochar...—repuso Rougón.

Pero nutridos gritos se alzaron de la derecha y le impidieron proseguir.

—¡No, no, no conteste usted!

—¡Esas injurias no podrían llegar hasta usted! Entonces apaciguó á la Cámara con un ademán; y, apoyándose con ambos puños en la orilla de la tribuna, volvióse hacia la izquierda, en actitud de jabalí acorralado.

—No contestaré—dijo con todo sosiego.

Aquello no era aún más que el exordio. Si bien había prometido no refutar el discurso del diputado de la izquierda, entró á renglón seguido en una dis-

cusión minuciosa. Empezó por hacer un detalladísimo análisis de los argumentos de su adversario; empleaba una especie de coquetería, una imparcialidad cuyo efecto resultaba inmenso, como desdénando todos aquellos buenos argumentos y dispuesto á darles de lado con solo un soplo. Después, pareció como que se olvidaba de combatirlos, no contestó á ninguno, y la emprendió con el más débil de ellos con inaudita violencia, con tan elocuente flujo de palabras, que lo anonadó. Se le aplaudía con entusiasmo y su triunfo era seguro. Su enorme corpulencia llenaba la tribuna. Sus hombros, balanceados, seguían el vaivén de las frases.

Su elocuencia era trivial, incorrecta, erizada de cuestiones de derecho, henchida de lugares comunes, mas hacíalos estallar como rayos. Tronaba y blandía frases estúpidas. Su única superioridad de orador estribaba en su aliento, aliento poderoso, inmenso, infatigable, meciendo los períodos y discurriendo por modo magnífico durante horas, sin temor de zozobrar.

Después de haber hablado durante una hora de un solo aliento, bebió un sorbo de agua, respiró un poco y puso en orden las notas que había colocado delante de él.

—Descanse usted—dijeron muchos diputados.

Pero Rougón no se sentía cansado, ni mucho menos, y quiso terminar.

—¿Qué es lo que se os pide, señores?

—¡Oíd, escuchad!

Una profunda atención hizo enmudecer nuevamente todos los semblantes; todos se volvían hacia él. Al oír ciertos arranques de su potente voz, grandes movimientos agitaban la Cámara de un lado á otro, como por recio vendaval.

—Se os pide, señores, que revoquéis la ley de seguridad general. No haré memoria de la hora maldita en que esta ley fué un arma necesaria; tratábase de tranquilizar al país, de salvar á Francia de un nuevo cataclismo. En el día de hoy el arma se halla metida en la vaina. El gobierno, que se ha servido siempre de ella con la mayor prudencia, y hasta diré con la mayor moderación...

—¡Es verdad!

—El gobierno que no la aplica sino en determinados casos del todo excepcionales. No molesta á nadie, á no ser á los sectarios que alimentan todavía la culpable locura de querer retroceder á los peores días de nuestra historia. Recorred nuestras ciudades, recorred nuestros campos, y por doquiera no veréis sino la paz y la prosperidad; interrogad á los hombres de orden, ninguno de ellos siente pesar sobre sus hombros esas leyes excepcionales que se nos echan en cara como un gran crimen. Lo repito, las paternales manos del gobierno, continúan protegiendo á la sociedad contra las odiosas empresas, cuyo éxito, por otra parte, es en adelante imposible. La gente honrada no tiene para qué preocuparse de su existencia. Dejémoslas en donde duermen, hasta el día en que el soberano estime deberlas romper por

su propia voluntad... ¿Qué es, señores, lo que se os pide todavía? la sinceridad en las elecciones, la libertad de la prensa, todas las libertades habidas y por haber. ¡Ah! permitidme reposar aquí en el espectáculo de las grandes cosas á que el imperio ha dado ya cima y cumplimiento. En torno mío, á donde quiera que vuelva los ojos, veo las libertades públicas crecer, desarrollarse y ofrecer ópimos frutos. La emoción que de mí se apodera no tiene límites. Francia, tan aherrojada, se yergue y ofrece al mundo el ejemplo de un pueblo que conquista su emancipación por su conducta ejemplar. En la hora presente, los días de prueba terminaron. No se trata ya de dictadura, de gobierno autoritario. Todos somos los obreros de la libertad...

—¡Bravo, bravo!

—Se pide la sinceridad en las elecciones. El sufragio universal, aplicado bajo la más amplia base, ¿no es acaso la condición primordial de existencia del imperio? Es indudable que el gobierno recomienda sus candidatos. ¿Por ventura la revolución no apoya los suyos con imprudente audacia? Somos atacados, nos defendemos, nada hay más justo. Se nos querría amordazar, atarnos las manos, reducirnos al estado de cadáveres. Esto es lo que no aceptaremos jamás. Por amor al país, estaremos siempre aquí, dispuestos á aconsejarle, á demostrarle en dónde están sus verdaderos intereses. Queda, por lo demás, dueño absoluto de su suerte. Vota, y nos inclinamos. Los miembros de la oposición que per-

tenecen á esta asamblea, en donde gozan completa libertad de palabra, constituyen una prueba más de nuestro respeto á los fallos del sufragio universal. Los revolucionarios deben echar la culpa al país, si éste aclama el imperio por mayorías abrumadoras... En el parlamento, todas las trabas para la libre intervención quedan en el día destruídas. El soberano ha querido conceder á los grandes cuerpos del Estado una participación más directa en su política y un brillante testimonio de su confianza. Podréis en adelante discutir los actos del poder, ejercer en toda su plenitud el derecho de presentar enmiendas, y emitir aspiraciones motivadas. Todos los años el discurso de la corona será como una cita entre el emperador y los representantes de la nación, en donde éstos gozarán de la libertad de decirlo todo con entera franqueza. De la discusión á la clara luz del día es de donde nacen los Estados fuertes y robustos. La tribuna queda restablecida, esa tribuna ilustrada por tantos oradores, cuyos preclaros nombres ha conservado la historia. Un parlamento que discute es un parlamento que trabaja. ¿Y queréis saber toda la extensión de mi pensamiento? Siéntome satisfecho al ver aquí un grupo de diputados de la oposición. Siempre habrá entre nosotros adversarios que procurarán cogernos desprevenidos, y que por tal modo demostrarán en plena luz nuestra honorabilidad. Pedimos para ellos las mayores inmunidades. No tememos ni á la pasión, ni al escándalo, ni á los abusos

de la palabra, por peligrosos que se puedan ofrecer... En cuanto á la prensa, señores, asegurar puedo que jamás ha disfrutado de más omnimoda libertad, bajo ningún gobierno decidido á hacer que se le respete. Todas las grandes cuestiones, todos los serios intereses cuentan con sus órganos especiales. La administración sólo combate la propaganda de doctrinas funestas, que inoculan el veneno en la sociedad. Pero, entendedlo bien, nos sentimos llenos de deferencia hacia la prensa honrada, que es la gran voz de la opinión pública. Nos ayuda en nuestra tarea, es la palanca del siglo. Si el gobierno ha tomado su dirección, ha sido tan solo para no dejarla en manos de sus enemigos.

Dejáronse oír risas de aprobación. Rougón entretanto se acercaba á la peroración de su discurso. Con sus crispados dedos oprimía la baranda de la tribuna; lanzaba el cuerpo hacia adelante y agitaba el aire con su brazo derecho. Emitía la voz con sonoridad de impetuoso torrente. Súbitamente, en medio de su idilio liberal, sintióse pasto de jadeante furor. Con el puño extendido, lanzado á modo de catapultas, amenazaba á algo, allá lejos, en el vacío. Aquel adversario invisible era el fantasma rojo. En breves frases dramáticas, señaló al fantasma rojo agitando su ensangrentada bandera, paseando su incendiaria tea, dejando en pos de sí ríos de cieno y de sangre. Todos los toques á rebato de los días de asonadas lanzábanse en su voz, con el silbido de las balas, las cajas de los Bancos destrozadas, el di-

nero de los ciudadanos robado y repartido. Los diputados palidecían en sus bancos. Luego Rougón apareció sosegado, y terminó á grandes rasgos con alabanzas que llevaban en sí el susurro de balanceos de incensario, y terminó hablando del emperador.

—Gracias á Dios sean dadas, nos encontramos bajo la egida de ese gran príncipe que la Providencia nos ha deparado para salvarnos en un día de misericordia infinita. Descansar podemos al abrigo de su elevada inteligencia; nos tiene por la mano y nos conduce paso á paso hacia el puerto de salvación, por en medio de los escollos.

Resonaron estruendosas aclamaciones, y suspendióse la sesión por espacio de unos diez minutos. Una oleada de diputados se precipitó al paso del ministro, quien se dirigía á su banco, con el rostro empapado de sudor y con el pecho agitado aún con su aliento de gigante. El señor La Rouquette, el señor de Combelot, y cien más, le felicitaban, extendían los brazos para lograr darle un apretón de manos al pasar. El movimiento alcanzaba á toda la sala. Hasta en las tribunas se hablaba y se gesticulaba. Bajo la asoleada claraboya del techo, entre aquellos dorados, aquellos mármoles, todo aquel lujo que participaba del templo y del gabinete de negocios, una agitación de plaza pública reinaba, risas de duda, ruidosas exclamaciones, exaltadas frases de admiración, el clamoreo de una muchedumbre movida por la pasión. Las miradas del señor de Marsy y de Clorinda se habían cruzado, y ambos se en-

tendieron con un movimiento de cabeza; confesaban la victoria alcanzada por el grande hombre. Rougón, con su discurso, acababa de dar comienzo á la prodigiosa fortuna que á tan altas esferas había de llevarle.

Un diputado, entretanto, se hallaba en la tribuna. Llevaba el rostro afeitado, blanco como la cera, y unos largos cabellos amarillos, cuyos bucles le caían sobre los hombros. Rígido, sin el menor gesto, recorría con la vista grandes hojas de papel, manuscrito de un discurso que se puso á leer con voz débil. Los ujieres gritaban:

—¡Silencio, señores!... ¡Sírvanse guardar silencio!

El orador tenía explicaciones que pedir al gobierno. Mostrábase irritadísimo con la actitud expectante de Francia en presencia de la santa sede, amenazada por Italia. El poder temporal era el arca santa, y el discurso de la corona debía contener una promesa formal, hasta un mandato expreso para su íntegro mantenimiento. El discurso se engolfaba en consideraciones, demostraba que el derecho cristiano, muchos siglos antes que los tratados de 1815, había establecido el orden político en Europa. A seguida venían frases de una retórica terrorífica, el orador decía que veía con espanto á la vieja sociedad europea disolverse en medio de las convulsiones de los pueblos. De vez en cuando, al oirse ciertas alusiones sobrado discretas contra el rey de Italia, alzábanse rumores en el salón. Mas, á la derecha, el compacto grupo de los diputados clerica-

les, cerca de un centenar de miembros, en extremo atentos, acentuaban con su asentimiento los menores pasajes de su discurso y aplaudían desafortadamente cada vez que su colega pronunciaba el nombre del papa, haciendo una ligera salutación devota con la cabeza.

El orador, al terminar, lanzó una frase, que quedó apagada entre el fragor de los aplausos.

—Me causa grima—exclamó,—el que Venecia la soberbia, la reina del Adriático, se halla convertida en obscura vasalla de Turín.

Rougón, con la cabeza todavía bañada en sudor, con la voz enronquecida y con su enorme cuerpo destrozado por su primer discurso, se empeñó en contestar sin perder un instante. ¡Qué espectáculo tan bello! No ocultó su cansancio, púsolo antes bien de manifiesto, y arrastróse á la tribuna, en donde empezó por balbucear apagadas palabras. Quejábbase con amargura de encontrar, entre los adversarios del gobierno, hombres dignos de consideración, tan consagrados hasta allí á las instituciones imperiales. Sin duda había oído mal; era seguro que no querían engrosar las filas de los revolucionarios, conmovier un poder cuyo constante esfuerzo se cifraba en asegurar el triunfo de la religión. Y, volviéndose á la derecha, dirigióles patéticos acentos, hablábales con humildad de astucia llena, cual si se tratara de enemigos poderosos, á los únicos enemigos ante los cuales temblaba.

Mas, poco á poco, su voz fué revistiendo todo su

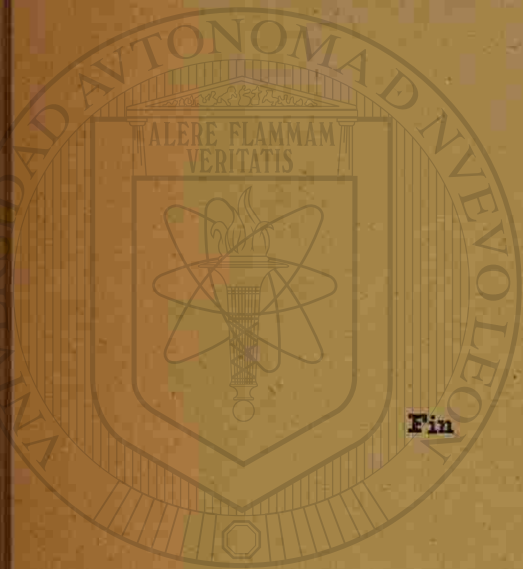
acostumbrado énfasis. Hinchía el salón con su mugido y se golpeaba el pecho con efusión.

—Se nos ha acusado de irreligiosos, y se ha dicho una gran falsedad. Nosotros somos los respetuosos hijos de la Iglesia y tenemos la gran dicha de creer... Sí, señores, la fe es nuestra guía, nuestro sostén, en esta tarea del gobierno, tan ruda á veces de soportar. ¿Qué sería de nosotros si no nos entregásemos en manos de la Providencia? La única pretensión que nos anima es la de ser humildes ejecutores de sus designios, los dóciles instrumentos de la voluntad de Dios. Esto es lo que nos permite hablar alto y hacer un poco bien... Y, señores míos, siéntome feliz en esta ocasión, que me permite postrarme aquí, con todo fervor de corazón de católico, ante el soberano pontífice, ante el anciano augusto, de quien Francia seguirá siendo por siempre hija vigilante y sumisa.

Los aplausos no esperaron al fin de la frase. El triunfo se convertía en apoteosis.

A la salida, Clorinda esperó á Rougón. Tres años hacía que no habían cambiado una sola palabra. Cuando apareció, rejuvenecido, como aliviado de un gran peso, habiendo desmentido en una hora toda su vida política, y dispuesto á satisfacer bajo la ficción del parlamentarismo, su inagotable afán de autoridad, Clorinda cedió á un impulso irresistible, dirigióse á él, le tendió la mano, y con los ojos húmedos y enternecidos, como una caricia, exclamó:

—Sea como sea, siempre resultará usted un hombre superior.



EXTRACTO DEL CATÁLOGO

Ouida. — Célebre escritora inglesa que en su largo peregrinar en tierra extraña llevó como precioso aluvión á su prosa, un arte de colorista fastuoso tan bello como real, tan exuberante como justo.

Bebé

La Princesa Xenia

El Correo de la Reina

La Conspiradora

La Condesa de Vassalis

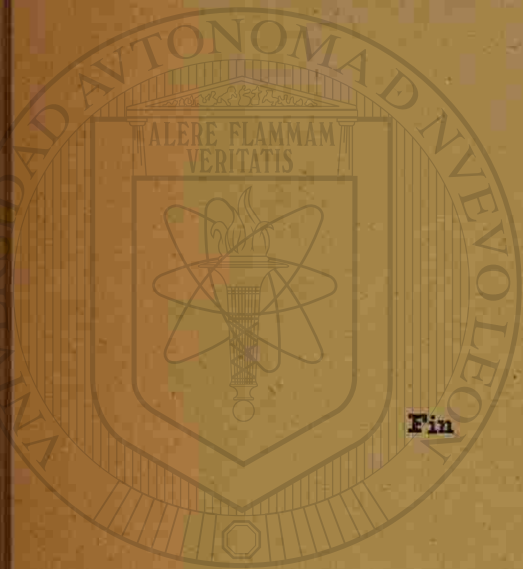
El Secreto de Idalia

La Rodrigona

Edición económica, en rústica con
cubiertas en colores. 1 peseta tomo

Edición lujo encuadernada. 3 » »

—Sea como sea, siempre resultará usted un hombre superior.



EXTRACTO DEL CATÁLOGO

Ouida. — Célebre escritora inglesa que en su largo peregrinar en tierra extraña llevó como precioso aluvión á su prosa, un arte de colorista fastuoso tan bello como real, tan exuberante como justo.

Bebé

La Princesa Xenia

El Correo de la Reina

La Conspiradora

La Condesa de Vassalis

El Secreto de Idalia

La Rodrigona

Edición económica, en rústica con
cubiertas en colores. 1 peseta tomo

Edición lujo encuadernada. 3 » »

